



LAS SOMBRAS

Llamas, J.M.

LAS
SOMBRAS

Llamas, J.M.

Índice

1. <i>El cortijo abandonado</i>	9
2. <i>La mota gris</i>	27
3. <i>Manos Largas</i>	49
4. <i>La batalla de la fábrica de ladrillos</i>	79
5. <i>El túnel</i>	107
6. <i>Regreso a la historia</i>	137
<i>Epílogo. Feliz cumpleaños, Ani</i>	179

Gracias a aquella edad primera, ochentera, sencilla:
a todos los que caminaron buscando vías
y enseñaron vías mientras caminaban.
Somos gracias a ellos,
y no seremos sin ellos.

Gracias a *Charcuman*,
por perder el tiempo leyendo el borrador
y ofreciéndome su sabia perspectiva.

Gracias a Dios,
porque Sí.

- I'm the monster.

11, *Stranger Things*

1. El cortijo abandonado

Una noche cualquiera de otoño a las afueras de un barrio de las afueras de una ciudad pequeña, el ruido del motor de un Vespino rompió, acelerando a irregulares intervalos, el silencio del paraje.

El paraje era la cuneta de un camino, justo a la entrada de un vasto plantío de caña de azúcar. La Luna, en cuarto creciente, brillaba vaporosa, rodeada de niebla. La enorme copa de un eucalipto recordaba que poco más allá un arroyo cruzaba bajo el puente de la pequeña carretera sin asfaltar por la que se acercaba el motorista, que tomó el desvío de la derecha, bajó hasta la cuneta y frenó levantando una nube de polvo.

- Es tarde. ¿Qué te ha pasado? -dijo un adolescente pelirrojo, de rosada piel picada por el acné y entrado en carnes, que esperaba junto al cañaveral con los brazos cruzados.

- A ver si te crees que es fácil salir de la casa y llevar la moto sin arrancar hasta el final de la calle. Sobre todo, con el oído de lince que tiene mi madre -contestó una muchacha, quitándose el casco y dejando caer una melena corta de color azabache-. Espero que haya merecido la pena.

- Y yo qué sé. Este es el de la gran idea de venir aquí a escondidas y sin permiso a estas horas -le replicó él.

- Ya veréis. Esta noche dejamos el trabajo casi listo -dijo el tercero, otro jovencito alto, de pelo castaño y enmarañado, nariz aguileña y ojos marrones-. Solo hay que llegar hasta el cortijo, echar unas fotos y salir pitando. Por cierto, ¿habéis visto el Telediario hoy? No veas tú la pelotera que se ha liado en Berlín. Se han puesto a derribar el muro ese que parte la ciudad. Mi padre dice que es una noticia buenísima.

- ¿Qué telediarios ni qué ocho cuartos voy a ver yo? -contestó el pelirrojo- Bastante tengo con lo del trabajo. Ya lo veré mañana.

- ¿Y qué pasa si está el guarda? -preguntó ella, rascándose una de las sonrosadas mejillas y entornando los ojos negros.

- ¡Vamos: el cortijo está abandonado, Ani! Confía en mí -exclamó el de la pelambreira-. Además, lo importante es que no haya perros, y, por lo que yo sé, no hay. Parece que el vigilante viene una vez o dos por semana para asegurarse de que todo anda bien, y poco más. Dicen que quieren venderlo. Aunque no sé yo si alguien querrá comprarlo: con las cosas tan raras que se escuchan últimamente sobre el sitio...

- ¡Vaya! Con esa seguridad que estás dándonos, lo mismo termina persiguiéndonos una jauría de pastores alemanes seguida de ocho pistoleros con escopetas de caza -repuso, sonriendo, Ani-. Si tu intención, oh gran

maestro Miguel, era tranquilizar a una pobre muchacha asustada, la has cagado.

- ¿Una pobre muchacha asustada? No me digas que has traído a una amiga -le respondió, también sonriente, Miguel.

- Hombre, eso de “con las cosas tan raras que se escuchan últimamente de este sitio” no es que dé mucha tranquilidad, campeón -recalcó Ani.

- Bueno, ya sabes -se explicó Miguel-, la gente suelta muchas tonterías: que si se han visto luces, que si tíos raros haciendo cosas raras, que si esto, que si lo otro... Pero seguramente, digo yo, son parejitas que vienen a echar un polvete aquí a la luz de las estrellas, oh sí, oh tú, oh sí...

- Vamos a ver si dejamos las chorradas y nos ponemos al tajo, que el martes como mucho tenemos que entregar el trabajo y, como suspendamos Ciencias Naturales, se nos cae el pelo. Por lo menos a mí -dijo el gordito-. Y ya que nos lo estamos inventando porque cada vez que hemos quedado para trabajar en mi garaje hemos terminado jugando al chinchón, o a la brisca, o al pimpón, o... a otra cosa, por lo menos habrá que hacer unas fotos buenas. A todo esto, ¿te has traído una cámara, no, niña?

- Claro que sí, Luisito -se burló Ani, enseñándole una Pentax con un enorme flash y un objetivo todavía más grande-. Esto de tener a un empollón como amigo es un coñazo.

- Pero tía, ¿te has vuelto loca? ¿Te has traído la cámara de tu hermano? ¿El fotógrafo de paredes blancas y flores del campo? -preguntó, llevándose las manos a la cabeza, Miguel.

- Os dije que nos os preocuparais por la calidad de las fotos, ¿no? Pues eso. Procurando no romperla, mañana se la dejo en el mismo cajón del que la he sacado, y ya está. El carrito lo he comprado yo, ¿eh?

- En fin, allá tú. Pero, como pase algo, los chillidos del raro son para ti. Enteritos -le recordó Luis.

- Mira quién fue a hablar de raro, el primo empollón de Bastián Baltasar Bux que querría volar con un dragón blanco de la suerte por encima del barrio -protestó Ani.

- ¿Y qué tiene de raro leer *La historia interminable*? -preguntó, con los párpados entrecerrados, Luis.

- A mí no me lo preguntes, Figura, yo no me la he leído. Eso sí, me la sé casi de memoria porque la has contado doscientas veces -le replicó, dando una palmada al aire, Ani.

- Bueno, a ver si nos aclaramos: recuento de lo que tenemos, y adelante -dijo Miguel-, que ya no es tarde, sino lo siguiente. Aunque en eso le doy la razón a Ani, Figura: la verdad es que eres un tío raro. Un buen tío raro, entiéndeme, un raro perita, pero raro, raro.

- Vale, señor “no puedo quedar los sábados a las diez, están echando *La bola de cristal*” -repuso, poniéndole un dedo en el pecho a Miguel, Ani-, ya vale, ¿no? Cada uno

tenemos nuestras tonterías, pero vamos a tranquilizarnos un poquito, porque veo el ambiente muy cargado. Y como se te ocurra ahora decir que el *Sparkle in the rain* es un disco de mierda, te pego un guantazo.

- Eh, tranquila, señorita “flipo con la música rara” -le respondió Miguel-. Yo eso lo digo por meterme contigo, ya lo sabes, Nomepongofalda Porquemedasco; la verdad es que me gusta más la música en español, pero bueno, me aguanto con las cintas esas que te traes siempre. Eso sí: el *Sparkle in the...*

- ¡Eh, mucho cuidado! -gritó Ani, levantando la mano con la palma abierta.

- Oye, ya vale con tanta discusión tonta, ¿no? ¿Se puede saber cómo ha empezado todo esto? -exclamó, abriendo mucho los brazos, Luis- Ah, vale: retiro lo de haber llamado raro a tu hermano.

- No, si es tela de raro -le reconoció Ani-. Es que me habéis pillado con ganas de discutir, ya está. Será porque es viernes. Yo qué sé. Bueno, ¿qué hemos traído? “Nomepongofalda Porqueme...”, ¿cuándo he dicho yo eso, Lopo? -preguntó mirando a Miguel, con los brazos cruzados.

- A lo mejor no con esas palabras, pero vamos, mentira no es... -se excusó Miguel.

- ¿A que ahora cojo y voy a la próxima fiesta que montemos con falda pija, tacones y los labios pintados?

- Ni se te ocurra. Dicen los expertos -soltó, en un tono de voz muy agudo, antes de reírse a carcajadas, Luis- que cosas como esa crean traumas que no se superan en años. Como te presentes así, ¡me vas a tener que pagar después el médico de la cabeza!

- Sois dos pedazos de cabrones -terminó la discusión Ani-. En fin, ¿Qué tenemos? Yo he traído mi mochila. ¡Vaciad las bolsas!

Tres linternas grandes, una libreta y un bolígrafo, un paquete de tortas de aceite y tres Locas envueltas en papel de plata, chaquetas por si refrescaba demasiado, un tirachinas, un paquete de canicas, una baraja de cartas, un walkman y tres cintas de casete, una bolsa de chicles y un pitón de moto.

- ¿Para qué queremos el pitón? -preguntó Luis.

- Por si tenemos que liarnos a ostias. Nunca se sabe -respondió Miguel.

- Pues tú mismo. Yo prefiero correr, ya me entiendes. Mientras tú pruebas con los pitonazos, ya estoy yo lejos de los palos -dijo Luis.

- Mira que eres cobarde, Figura -le recriminó Ani.

- No soy cobarde -respondió Luis-: soy un gordo realista. Lo que no veo necesario es traer una baraja de cartas. A no ser que pienses invitar al vigilante a echarse una partidita...

- No, pero, como has dicho con lo del pitón, Lopo, nunca se sabe. No salga usted sin ella -respondió Ani, sosteniendo la baraja en la mano-. En fin, tampoco era necesario traer tanta comida... ¡Y todo dulce! ¿Qué hay dentro del papel albal?

- Oh, perdona, me iba a traer un táper de a quilo con potaje de garbanzos -respondió Luis-, pero lo de los dulces me pareció menos complicado. Dentro del papel de orillo vienen Tortas Locas.

- Hombre, entre los garbanzos y una mochila de dulces hay un término medio: unas avellanitas o unas pipas. Aunque lo de las Locas me ha gustado, Figura -repuso Ani.

- Total, está claro que somos unos inútiles para preparar excursiones -concluyó Luis, encogiendo los hombros-. Tampoco es nuevo: siempre nos pasa lo mismo. En fin, Lopo, ve abriendo camino. Yo cargo con la mochila.

Lopo era el mote de Miguel. En realidad no tenía nada que ver con su nombre, sino más bien con su pelo ensortijado, recio y revuelto. En aquel barrio todos, o casi todos, tenían sobrenombre. Era tradición. El de Luis, *el Figura*, se lo pusieron en el colegio: un buen día, espoleado por los compañeros, se animó a jugar al fútbol, pero era incapaz de darle dos toques seguidos al balón. Y en esto su equipo saca un córner, él tropieza, cae de espaldas, le da sin querer a la pelota y mete un gol de

chilena, convirtiéndose así en el Figura, aunque siguió jugando igual de mal al fútbol. En cuanto a *Ani*, no era este su verdadero nombre, sino Josefa Mercedes, por parte de sus dos abuelas. Sin embargo, hasta el año y medio de vida solo había aprendido dos palabras, “Ani” y “No”, y Ani terminó llamándose. Ella siempre decía que había tenido suerte, o que quizás lo había hecho así aposta para que le cambiaran el nombre. Desde luego, “Ani” era mucho mejor que “Josefa Mercedes”. Su madre la llamaba Merche, por razones obvias, pero en cualquier otro lugar se la conocía como Ani.

Ani, Miguel y Luis, por tanto, se adentraron en el camino que atravesaba el cañaveral y desembocaba en el patio de entrada del enorme cortijo que se divisaba a mitad de la colina que subían. Este había sido en otro tiempo una gran hacienda, pero la industrialización y las herencias mal empleadas habían llevado a la quiebra a la familia. En aquella época era solo una sombra ruinoso, recuerdo de tiempos mucho mejores. Las cañas de azúcar habían dejado de cortarse hacía cuatro o cinco años, y se estaban convirtiendo en un enmarañado amasijo de retorcidas garras que crujían con la brisa nocturna. Los tres amigos, cada vez menos seguros de que ir a hacer fotos allí a aquellas horas de la noche fuera una buena idea, caminaban juntos, iluminando cada uno una parte de la senda, procurando atisbar a lo lejos la entrada del cortijo por si había alguien vigilando.

Se conocían desde niños. Habían ido juntos al colegio, habían hecho juntos la comunión, a los tres les había parecido horrible aquella foto “con esa ropa de marinerito o princesita tan fea”, y habían comenzado juntos el Bachillerato Unificado Polivalente hacía muy poco tiempo.

Ani era una adolescente rebelde y segura de sí misma, inteligente y con el nivel de responsabilidad necesario para no pasar apuros en los estudios. No podía salir sin su walkman, que en aquellos días rodaba al ritmo del *Disintegration*, lo último de The Cure. Por supuesto, quien quisiera ser su amigo tenía que jurar que el *Sparkle in the rain* de sus amados Simple Minds era el mejor disco de la historia.

A Miguel se le daban especialmente bien las habilidades sociales, era un chaval risueño y solía estar siempre de buen humor, aunque también era el primero en meterse en una bronca si llegaba el caso. Había descubierto hacía poco el concepto de “salir de marcha”, los sábados por la noche en la recién abierta Casa de la Juventud del barrio, y cada vez le gustaba más. Eso, por supuesto, había hecho que estudiar le gustara cada vez menos. Seguía preguntándose por qué habían quitado de la tele, hacía ya más de un año, *La bola de cristal*.

En cuanto a Luis, era, por así decirlo, el más juicioso del trío, un auténtico empollón de gafas redondas y carnes rollizas, devorador de libros y cine de ciencia ficción y fantasía, inconformista en los estudios hasta más allá de los límites soportables por sus dos amigos,

tímido y poco abierto con quien no tuviera su confianza. En aquellos momentos le rondaban dos preocupaciones claras: terminar el trabajo a tiempo para poder entregarlo el lunes o, como mucho, el martes, y comerse alguna de las Locas que había traído, aquellas tortitas de hojaldre y crema cubiertas de una deliciosa capa naranja y una guinda confitada, porque el estómago le gruñía escandalosamente después del viaje en bicicleta desde el barrio.

- Joder, podríamos haber llegado hasta el cortijo con la bici, ¿no? -se lamentó.

- Claro. Y Ani en el Vespino, haciendo un caballito. Pero tío, si has sido tú el que has dicho que había que esconderlas allí abajo para no llamar la atención... -le recordó Miguel.

- Ya, pero me están entrando hambre y sudores subiendo la cuesta -le respondió Luis, tocándose el estómago.

- Qué queréis que os diga. Estas cañas tienen cara de pocos amigos -dijo Ani tragando saliva, iluminando a derecha e izquierda.

- No lo digas, quilla, que yo estaba pensando lo mismo... Cuanto más me acerco al caserón, más acojonado estoy -reconoció Luis.

- ¿No habéis sentido eso? -preguntó Miguel, dirigiendo la linterna a una enorme pared de cañas- Ahí, justo al lado.

- Yo no he escuchado nada -dijo Ani con un hilo de voz, iluminando también el lugar.

- Sooooooy el moooooonstruo de la cañaaaaaadúúúú secaaaaaa -susurró Miguel con voz de ultratumba, iluminándose la cara con la linterna desde el pecho.

- ¡Eres imbécil, Lopo! Anda, aligerad, que cuanto antes empecemos antes nos vamos -protestó Ani, y se adelantó a los otros dos.

El camino llegaba hasta el cortijo después de un par de curvas. Alcanzaron juntos la explanada de la entrada principal, cerrada con un muro, y entraron a través de un enorme portón de hierro desvencijado y medio podrido que se agarraba con desgana a las dos columnas que lo sostenían. Recorrieron con los haces de luz el terreno, pero no vieron perros, ni vigilantes, ni nada sospechoso. Ani sacó la cámara, la encendió, probó el flash e hizo varias fotos de la portada y otras tantas de las paredes del muro exterior.

La explanada y la fachada del edificio estaban bien conservadas. Dos enormes robles dominaban el solar, en el que descansaban un tractor abandonado y un carromato que se caía a pedazos. El muro había comenzado a venirse abajo por una de las esquinas más cercanas al extremo izquierdo de la construcción, pero, por lo demás, no parecía sufrir mucho el abandono. La fachada principal tenía dos pisos de altitud, terminando

en una buhardilla. Dos balcones abrían las estancias de la primera planta a través de sendas puertas de cristales destrozados, posiblemente a base de pedradas. El piso bajo tenía un enorme portón de madera y dos grandes ventanas a derecha e izquierda que, curiosamente, parecían intactas. A ambos lados de esta fachada principal se abrían las dos secundarias, una para los corrales y los graneros, y la otra con los garajes y los talleres.

- Impresionante -acertó a decir Luis.

- Mira. Esa puerta está abierta -dijo Miguel, iluminando la entrada.

- ¿Qué? -preguntó Luis.

- Que está abierta, Figura. O por lo menos entornada. Habrá que entrar, ¿no?

- ¿Pero qué estás diciendo? -preguntó Luis, iluminándole la cara a su amigo- ¿Estás tonto?

- Vamos, tío. No me dirás que no tienes el gusanillo se saber lo que hay ahí dentro -le contestó Miguel.

- Hombre, la verdad es que yo voto por entrar -terció, apoyando la propuesta, Ani-. Sabe Dios cuándo volveremos a pasar por aquí. Habrá que aprovechar y echar unas cuantas fotos dentro. Además, si hubiera alguien peligroso ahí seguro que ya nos habríamos enterado.

- Pues nada, Figura, decidido: entramos. Si quieres nos esperas aquí fuera. ¡Andando! -decidió, comenzando a caminar, Miguel.

- ¡Sois unos...! ¿No os acordáis ya de lo que nos pasó el día de la fábrica de ladrillos? -intentó frenar la tentativa Luis, aunque siguió a sus amigos de cerca.

Claro que se acordaban. Tenían poco más de ocho años. Salieron a jugar con otros dos niños, el Liso y la Cari, y decidieron andar a la fábrica abandonada de ladrillos que había al oeste del barrio, detrás del polígono industrial. Miguel se puso a contar hasta cien, los demás se escondieron y, de pronto, la tarde se convirtió en memorable por una razón diferente al juego. Llegó el guarda, después de haberse tomado un par de cervezas o tres en el bar de la gasolinera. Creyó que se había colado alguien para robar y entró decidido a tomarse la justicia por su mano. En vez de intentar explicar lo que estaban haciendo y ganarse una buena pelea, Miguel gritó “¡Saliiiiiiiiida! ¡Guaaaaaaaaaarda!” y cada uno corrió lo más rápido que pudo desde su boquete hasta el agujero de la valla por el que habían entrado. A Ani, que se había escondido en lo más profundo del sótano, no le dio tiempo, y se quedó detrás de una pared mientras el guarda se acercaba peligrosamente. Fue entonces cuando Luis, que había llegado el último a la salvación, volvió a entrar haciéndose el héroe, y corrió hacia el lado contrario al que estaba Ani. Corrió con todas sus fuerzas, tropezó y cayó, se arañó las rodillas, las palmas de las

manos y la nariz, se levantó y siguió corriendo. El guarda lo vio a lo lejos y lo persiguió, momento que aprovechó Ani para salir a escape y alcanzar el boquete. Luis se metió dentro de la boca de una hormigonera, de cabeza. El guarda le perdió la pista, entró dentro del edificio y subió al primer piso. Como Luis estaba con la cabeza hacia abajo y las piernas colgando y no podía salir de la máquina por su propio pie, Miguel, sigiloso, entró, le ayudó y, justo cuando atravesaban de nuevo el patio, el vigilante los vio desde el primer piso. No pararon hasta llegar al barrio, salvos y casi sanos.

- De aquello hace mucho tiempo. Además, ya lo has visto: ¡aquí no hay nadie! -gritó a pleno pulmón Miguel.

- No sé yo. Tengo un mal presentimiento con esto -suspiró Luis.

Llegaron al portón de entrada, de madera maciza. Estaba, efectivamente, entreabierto. Empujaron los tres a la vez hasta agrandar la abertura cuatro o cinco palmos. Dirigieron los haces de luz hacia dentro.

El recibidor era un cuadrado de unos diez metros de diámetro. Desde allí se accedía a una salita, a la izquierda de la entrada; justo al lado de la puerta de esta habitación comenzaba la escalera hacia el piso superior, que subía de frente y luego torcía hacia la derecha; el comedor estaba al otro lado del vestíbulo, tras un gran arco, y después las cocinas. Al fondo, frente a la entrada a la que estaban

asomados, había un pasillo interno que circundaba el patio, en el centro de la construcción, y que comunicaba también con la puerta interior del salón, cocinas, servicios, garajes, corrales y otras habitaciones.

Durante un tiempo se sucedieron entre los tres amigos las expresiones de asombro, y pronto se olvidaron del miedo y la oscuridad y se pusieron a figonear cada uno por una esquina. Luis entró en el salón, donde todavía se conservaba en pie un enorme mueble-bar con algunas piezas rotas de cerámica, cristal y porcelana. Ani estuvo haciendo fotos en el descansillo de entrada y luego en la salita, aunque salió a escape en cuanto su linterna fue a iluminar una butaca que le daba la espalda. Miguel caminó una vuelta completa por el pasillo interno, enfocando los cuadros, de colores apagados y rostros tétricos, que aún colgaban de las paredes.

- Eh, venid aquí. Mirad esto -escucharon decir a Luis, y se reunieron con él en el salón. Su linterna iluminaba el retrato de una mujer ojerosa, envejecida, de mirada torva y penetrante, que sostenía un gato negro entre sus manos huesudas.

- Esto sí que es acojonante, y no el vigilante de la fábrica de ladrillos -dijo Miguel, con los ojos muy abiertos.

- Vámonos de aquí por patas. No sé si me he cagado encima, pero seguro que he estado a punto -dijo Ani, mientras descargaba el flash sobre el cuadro.

- ¿Cuántas fotos has hecho? Para el trabajo tenemos más que de sobra -dijo Luis.

- Con esta van... -contestó Ani, apretando el disparador. Era la última. El mecanismo de rebobinado automático comenzó a sisear.

Miguel cogió a Luis del hombro y pidió silencio con el dedo. El siseo de la cámara continuaba.

- ¿Habéis escuchado eso? -dijo- No sé. Como si alguien respirara fuerte más allá.

- No empieces otra vez con tus tonterías, Lopo -le contestó Ani, iluminándole el rostro. Desde luego, no tenía cara de estar bromeando.

- Es en serio. Algo se ha movido ahí al lado.

- No me asustes, tú -le dijo Luis, pegándose a él como una lapa.

- Seguidme -sentenció, y dejaron el salón. La cámara paró, y Ani la metió en la mochila.

Salieron por el arco que conducía a la entrada. A Ani le pareció ver algo por el rabillo del ojo.

- ¿Qué demonios es eso? -preguntó, e iluminó la zona con su linterna. Se escucharon unos pasos apagados hacia el pasillo del patio interno. Lo que fuera había huido de la luz.

- ¡La escalera! -gritó Luis, dirigiendo hacia allí su haz. No había nada en la subida, pero algo parecía reptar por la pared.

- Es una cosa... gris. No sé, eran como unas manos largas -susurró Ani.

- ¡Andad! Poco a poco, hacia la puerta. Dame el pitón, Figura -dijo Miguel. Los tres se pusieron espalda contra espalda.

- Yo qué te voy a dar. Busca tú -le contestó Luis, al que le temblaban las piernas mientras movía la linterna por toda la subida de la escalera y las paredes.

- ¡Ahí creo que he visto algo! ¿Qué cojones es... eso? -murmuró, con voz queda.

- ¿Dónde? ¡No veo nada! -exclamó Ani.

- ¡Por el techo! ¡Por el puto techo! -gritó él, temblando. Miguel seguía buscando el pitón en la mochila.

- Aquí está. ¿Quién eres? ¡Sal de ahí si tienes...! -vociferó Miguel.

Se escuchó un ronroneo ronco que subía de volumen. De pronto sintieron un golpe seco, justo entre ellos y la salida.

- ¡Ahí! ¡Ahí, justo delante! ¡Está ahí! -gritó, desesperada, Ani.

La rendija de la puerta de entrada se hacía cada vez más pequeña. La extraña sombra que la empujaba se movió delante de la ventana de la derecha. La luz de la Luna que iluminaba el suelo se apagó por un momento. Corrieron desesperadamente. Ani sintió unos dedos fríos que la agarraban del hombro.

Lo último que se escuchó, desde la explanada del cortijo, fueron los gritos de terror de los tres amigos y el crujido del vetusto portón de madera al cerrarse de un golpe.

2. *La mota gris*

Mercedes se había levantado temprano, como la mayoría de los días. Después de limpiar la cocina, revisar el servicio, rezar sus oraciones, hacer la cama, calentar café y leche, se disponía a llamar a sus tres hijos. Su marido Juan estaba trabajando; le tocaba el turno de mañana en la empresa, y vendría, como la mayoría de los días, tarde para el almuerzo.

- ¡Juan, Merche, Pablo, vamos, a desayunar!

- ¡Ya voy! -contestó el mayor, desde su dormitorio. A sus diecisiete años, Juan era el más responsable y el más peculiar. Hablaba poco, soñaba mucho y se podía pasar horas contemplando un caracol que subía por la rama de un árbol, o una pared blanca. *“En fin: yo también fui joven una vez”*, pensó Mercedes mientras se secaba las manos en el delantal.

- ¡Ahora mismo! -contestó Pablo, el menor, cerrando la puerta de su habitación, con un portazo, y bajando las escaleras a trompicones hasta la cocina. Se presentó en pijama, rascándose la cabeza, dio un beso a su madre y se sentó bostezando.

- Pero bueno, ¿es que tu hermana está sorda, o todavía sigue dormida? ¡Son casi las nueve! ¡Y esta mañana toca limpieza! ¡Merche de Dios! ¡Otra vez voy a tener que ir a sacarte de la cama?

- No sé, mamá -dijo cansinamente, como queriendo responder a una pregunta que nadie le había hecho, el niño-. Anoche me desperté y escuché unos ruidos raros en su habitación. Como que se caía algo y alguien gruñía, y luego hubo una especie de fogonazo. Pero después se puso a roncar, como esas veces que está durmiendo malamente, y ya está.

- ¡Un momento! ¡Tengo... voy a ducharme! -se escuchó la voz de Ani. Poco después otro portazo, y los pasos de Juan bajando.

- ¿A ducharte ahora? Esta niña me va a volver loca. ¡Se te va a enfriar el desayuno! -le gritó su madre.

- ¡No... No tardo nada, de verdad, mamá! -chilló Ani con la voz quebrada.

Se miró al espejo. Se palpó la cara y la ropa. La misma ropa con la que había ido al cortijo. La camisa estaba rasgada, tenía el hombro izquierdo lleno de profundos arañazos, y barro seco en el pelo. Y olía fatal, como si se hubiera orinado encima. Debía llegar al servicio sin que vieran aquel estropicio, pero tenía que pasar por la puerta de la cocina. No podía pensar claro. Todo estaba confuso: llegaron al cortijo, hizo fotos, vieron aquella cosa extraña, una especie de monstruo, les cerró la puerta y después...

Nada. Pero ahí estaba, frente al espejo. Había llegado a casa sin saber cómo.

- Vale. No te han secuestrado, ni te han comido -le dijo a su imagen-. Una ducha. Una ducha, y después ya vemos. Venga. ¡Dúchate, joder!

Cogió el albornoz, se quitó la camisa y el pantalón. Lo olió.

- ¡Qué asco, te has meado encima de verdad!

Después miró hacia la cama. No había sido mientras dormía: la sábana no estaba manchada por aquella zona, aunque la almohada y la parte de los pies se veían llenas de tierra. *“Seguramente fue allí, en el cortijo”*. Se volvió otra vez hacia el espejo y se tocó, atónita, la cintura. Justo a la izquierda del ombligo tenía una mancha. Una mancha grande, redonda y gris. Demasiado grande, demasiado redonda, y demasiado gris. Se mojó los dedos con saliva y restregó bien, pero aquello seguía allí. *“Parece que está debajo de la piel. Lo tengo dentro de la barriga...”*.

- ¡Qué mierda es esto? Madre mía, ¿qué es esto? -exclamó, dando paseos por la habitación cubriéndose la cara con las manos.

Se puso el albornoz y las sandalias y bajó la escalera tropezando con las paredes. Pasó como una exhalación por la puerta de la cocina y se metió en el baño.

- ¡Eso, no saludes! -le dijo Mercedes.

Se volvió a mirar aquella extraña mancha antes de ducharse, y después. Ahí seguía, perfectamente redonda, a pesar de que se había restregado bien con la esponja embadurnada de jabón.

Salió en silencio y subió otra vez. Le temblaban las manos. Se vistió con lo primero que encontró en el armario, bajó y desayunó sin decir ni una palabra. Después pidió permiso para hablar por teléfono, y llamó a la casa de Luis.

- ¿Sí? -le contestó Susana, la madre.

- Buenos días. Soy Ani. ¿Está... Está Luis en casa?

- Sí, por aquí está -Ani respiró tranquila al escuchar la respuesta-. Está muy raro, cualquiera diría que se ha pasado estudiando toda la noche. Pero está por aquí. ¿Te lo paso?

- Sí, gracias.

- ¡Buenos días, Ani! -gritó Luis con un extraño tono de alegría en la voz- Estaba a punto de llamarte. Hay fuegos fatuos en el cementerio, ya sabes.

- ¿Qué dices...? Ah, vale. Fuegos fatuos. Ya -de repente se acordó de que aquella era la forma en clave de decir que había que tener cuidado con la conversación porque no estaba solo-. Que tenemos que vernos esta mañana otra vez para lo del trabajo, ¿verdad? Casi lo había olvidado. ¿Tú estás bien para estudiar, o no?

- Estoy hecho una mierda -respondió él-, pero vente en cuanto puedas. Dile a tu madre que echaremos todo el día aquí. O que no. Yo qué sé, dile lo que te parezca.

- Vale -Ani sonrió ante la proposición-. Anda, llama al Lopo.

- Ya lo he llamado. También ha pasado una mala noche. Qué coincidencia, ¿eh? Cualquiera diría que hemos soñado con lo mismo.

- Sí, ya ves tú. Bueno, nos vemos en un ratito. Adiós.

- Adiós.

Ani colgó el teléfono y miró hacia algún lugar indeterminado más allá de la pared. *“Hemos vuelto los tres a casa”*, pensó. *“A lo mejor me he desmayado y me han traído hasta el dormitorio... Pero, ¿cómo?”*. Entonces se acordó de algo. Fue hasta el garaje. Encendió la luz y paseó la mirada a lo largo y a lo ancho: el Vespino de su hermano no estaba.

- ¡Joder! ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¡Joder!

La cabeza le empezó a doler con fuerza. Probó a excusarse de la limpieza, pero su madre era inflexible cuando se trataba de la tarea de los sábados por la mañana. Así que preguntó qué le tocaba aquella semana, barrió y fregó los dormitorios lo mejor que pudo, cogió la mochila, metió algunas cosas y se despidió.

- Mamá, no sé si voy a venir a comer. Tenemos que terminar un trabajo importante, el de Ciencias, ya te he hablado de él. Lo mismo almorzamos ancá Luis.

- Si es que siempre te pasa lo mismo, hija: dejarlo todo para el final. ¿Cuándo echarás luces?

- No sé, mamá. Dentro de unos años, supongo. Bueno, que me voy. Hasta luego.

- Remétete la camisa, por Dios, niña. Qué facha me llevas siempre, con esa ropa tan oscura.

- Me gusta así, mamá. Ya lo sabes.

- Nada, que no puede ser. En fin. Si ves que te vas a retrasar mucho, avisa. Que no tenga que estar yo llamando para ver por dónde andas. Habrás terminado de barrer y fregar, ¿no?

- Barrido y fregado, sí. Se puede comer en el suelo, mamá. No te preocupes.

Sonó el timbre. Se escucharon pasos rápidos, se abrió la puerta y surgió la cara desencajada de Luis.

- ¡Por fin! Aquí estamos. Fatal. Entra. Gabinete de crisis.

- Yo estoy que me va a dar algo, Figura -dijo Ani, después de saludarlo echándose en sus brazos-. La cabeza me va a reventar. Llevo desde que me desperté dándole vueltas al tema, pero nada. Venga.

Llegaron al garaje, pasaron y cerraron el cerrojo por dentro.

- ¿Cómo estás, tía? ¿Qué cojones nos pasó anoche? -preguntó Miguel, con mirada aterrorizada. Luego los tres juntaron los brazos y gritaron a la vez hasta que, ya sin aire en los pulmones, acabaron tosiendo.

- ¿También os habéis despertado vestidos? -preguntó Ani, una vez sentados alrededor de la mesa redonda en la que se apilaban sin orden parchís, damas, ajedrez, juegos reunidos, pelotas y raquetas de pimpón.

- Qué susto, quilla -contestó Luis-. Vestido. Y con la mochila al lado. Con todo dentro, menos el pitón de la moto, claro.

- Hasta los zapatos, Ani. Menuda guarrería cuando he levantado las sábanas -añadió Miguel.

- ¿Y... tenéis también la mancha? -preguntó entonces Ani, a media voz.

- ¿Mancha? ¿Qué mancha? -dijo Luis, arrugando la nariz.

- Esta -Ani se levantó la camisa.

- ¡Madre mía! ¿Qué es eso? Yo no tengo nada -se apresuró a responder Miguel.

- No tienes nada aquí al lado del ombligo, pero ¿te has mirado todo el cuerpo? -le preguntó Ani.

- Pues no, a ver si te crees que tengo ojos en el culo. ¿Pero qué es eso? ¿Puedo tocarlo? -le preguntó Miguel, acercando un dedo.

- Sin pasarte, listo -le advirtió ella. El chaval dio con el dedo, y después le pellizó.

- ¡Oye!

- Perdona -se excusó-. Era... para ver si es una especie de parche o algo así. Pero no.

- ¿Qué parche ni qué perro muerto? No se va. Ya lo he intentado yo mientras me duchaba, pero no sale. No hay manera.

- Qué cosa. Parece... la mota negra -le dijo Luis, chasqueando los dedos-. Bueno, más bien la mota gris. Ya sabes, la que le dio el pirata ciego al capitán Bill en la posada *El Almirante Benbow*, al principio de *La isla del tesoro*.

- ¿Pero de qué estás hablando, Figura? -preguntó, atónita, Ani.

- Oh, olvídale -repuso Luis, viendo la reacción de su amiga-. Es que se me ha venido a la cabeza Jim Hawkins, el chaval de la novela, que también se mete en un lío de no te menees. Y con esa cosa que tienes ahí delante... Es que entran hasta escalofríos, quilla, en serio.

- Pues nada, quitaos la ropa, a ver si vosotros también la tenéis -dijo Ani, bajándose de nuevo la camisa.

- ¿Y por qué la íbamos a tener? -preguntó Miguel.

- ¡Yo qué sé! Pero es mejor asegurarse.

- Ahí llevas razón -reconoció Luis-. Vale. Voy.

Se quitó el jersey y dio una vuelta. Justo en mitad de la espalda tenía una marca exactamente del mismo tamaño que la de Ani.

- ¡No me jodas! ¡La mota gris, yo también! -se quejó- ¡Estamos malditos!

- ¡Haz el favor de no decir esas cosas, tío! -le dijo Miguel, mientras se levantaba también el jersey. Él no tenía nada en la espalda, ni en el pecho, ni en la barriga. Con desesperación, se quitó los pantalones. Su mancha estaba al comienzo del glúteo derecho.

- Pues sí que era difícil de ver: un poco más y me tengo que quedar en bolas. ¿Y ahora, qué? -preguntó, poniéndose de nuevo el pantalón.

- Vale: a lo mejor no estamos malditos -dijo Luis-. Pero no me iréis a decir que esto no es cosa del bicho malo ese que vimos anoche.

- Vamos a ver -Ani se puso a dar vueltas con los brazos extendidos-. Lo primero que tenemos que hacer es acordarnos de lo que pasó dentro del cortijo. Por cierto, ¿dónde están vuestras bicis?

- Supongo que en la cuneta, donde las dejamos -dijo, encogiéndose de hombros, Miguel-. A no ser que el bicho las haya cogido para pegarse un voltio por ahí en plan *Verano azul*.

- Muy gracioso, Lopo: me parto el culo de la risa -respondió Ani, dándose con la mano en el pecho-. Ya hablando en serio: ¿qué pasa, volvimos aquí por arte de magia? Es una tontería, pero a mí no se me ocurre otra cosa. ¿Qué es lo último que recordáis? Porque yo... ¿Tienes ahí mi walkman? -señaló a Luis- ¿Con las cintas?

- Claro. Aquí están -le contestó Luis, abriendo la mochila y sacando dos casetes y el pequeño aparato.

- Vale. Necesito música, para pensar. ¿Dónde tienes el loro?

- Donde siempre, hija -le respondió Luis, señalando la estantería. Ani sacó la cinta que había en el walkman, la miró, asintió, la metió en la pletina de la izquierda del radiocasete y le dio al Play.

- ¿Qué tenemos el gran placer de escuchar? -preguntó Miguel, irónico, cuando empezó a sonar una rítmica guitarra seguida de unos suspiros y una batería.

- Esta canción -informó Ani- va sobre... En fin, algo parecido a lo que nos pasó anoche: una araña gigante que se come a uno mientras se duerme. Se llama *Lullaby*. De los Cure.

- Vaya. Qué oportuno. Está guapa, sí. Me podría poner a bailar, si no estuviera tan acojonado -terció Luis-. En fin, volviendo al tema de anoche: entramos por allí, estábamos mirando el cuadro de la señora del gato negro, Lopo escuchó algo, salimos y vimos esa cosa... Yo creo que era algo gris, una especie de sombra que se movía por las paredes y por el techo.

- El monstruo de las manos largas. Fijaos lo que me hizo -añadió Ani, enseñándoles los arañazos del hombro.

- Vaya. Eso me dejaría con la boca abierta si no te hubiera visto antes la mota gris al lado del ombligo, amiga -le dijo, rascándose la barbilla, Luis.

- ¿Y entonces, qué pasó después de cerrarse la puerta? ¿Alguno se acuerda? -preguntó Miguel- Porque yo me debí dar un golpe fuerte. Lo siguiente que tengo en la memoria es despertarme esta mañana con un dolor de mollera horroroso.

- Yo sí me acuerdo -dijo Luis-. Como si fuera una pesadilla, pero me acuerdo. A ver: es verdad que tú fuiste el primero que dejaste de gritar. Se te cayó el pitón de la moto después de arrearle un golpe, aunque no sé si le diste. A lo mejor te diste a ti mismo en el cabezón. Tú, Ani, me parece que cuando sentiste las garras en el hombro tiraste la linterna, te volviste y saliste corriendo para el pasillo de dentro. Yo me quedé quieto, no podía moverme. Seguramente me había quedado como un palo, o el bicho me había paralizado, yo qué sé. Eso sí: pude ver por el rabillo del ojo que salió a correr detrás de ti. Luego volvió, y te llevaba arrastrando de una pierna, como un saco de patatas. Como si estuvieras desmayada.

- Estaba desmayada. Y me había meado encima -reconoció Ani, enrojando.

- Hubiera pagado por verlo -le dijo Miguel, guiñándole un ojo.

- Ja, ja, ja. Me sigo partiendo -Ani cerró el puño y levantó el dedo corazón.

- Bueno, y eso me parece que es casi todo -siguió Luis-. Después creo que vi como dos ojos brillantes, amarillentos, que se ponían justo enfrente y me miraban, y las cosas desaparecieron poco a poco.

- Conclusiones -dijo Ani, después de un momento de silencio-. Parece que el monstruo nos pescó, pero no quería matarnos. Si no, estaríamos con la boca fría. Nos... ¿hizo algo que nos creó estas manchas? Y luego... ¿nos trajo de vuelta a cada uno a nuestro cuarto, nos acostó en la cama y nos arropó? ¡Qué tontería!

- Completamente -comentó Miguel, repicando con los dedos en la mesa-. Pero dime tú qué otra explicación tenemos.

- Yo creo -propuso Luis- que hay que volver. Por lo menos, a recoger las bicis y la moto, está claro. Y tenemos que entrar otra vez en el cortijo.

- Pero tío, ¿tú no eras el gordo cobarde? -le preguntó, extrañado, Miguel.

- Exacto -dijo Luis-. Pero vamos a ver: si el monstruo nos ha metido cualquier cosa dentro, yo qué sé, un bicho como el de *Alien*, hay que ir a por él. Para que nos lo saque. Lo mismo vosotros estáis felices con la manchita gris, pero a mí lo de tener dentro de unos días una cosa corriendo por la espalda y bailando dentro del cuerpo no me hace ni puta gracia... Y si en vez de un bicho es otra cosa menos mala, yo no me acuesto esta noche sin saber

lo que nos pasa. ¡Joder, es que podemos ser un peligro para el barrio entero!

- Vale. Lo he pillado -dijo Miguel, con la mano en el mentón-. Pero claro, si queremos ir a por la cosa esa, sea lo que sea, habrá que llevar algo más que un pitón, ¿no? ¿Una escopeta?

- ¿Una escopeta? No sé vosotros, pero yo no tengo ninguna escopeta debajo de la cama, ni creo que haya alguna por aquí -dijo Luis, señalando el montón de cajas que había en la pared del fondo del garaje-. Esto no son los Estados Unidos, ¿vale? Como mucho, un cuchillo de cortar jamones, o la navaja de tu abuelo, Lopo, que tiene un filo que da gusto.

- Nos tendrá que valer, sí. Qué remedio -dijo este.

- Entonces, repasamos el plan. El plan es una auténtica mierda, pero qué vamos a hacerle -se resignó Ani-: pedimos bocadillos a tu madre, nos llevamos algo que pueda cortar un gazzate, recogemos las bicis y la moto, volvemos al cortijo y después... que sea lo que Dios quiera.

- Eso es -asintió Luis-. A mí no se me ocurre otra cosa. ¿Y qué pasa si... no sé, nos empiezan a salir uñas y dientes largos, y se nos ponen los ojos amarillos o rojos, y se nos alargan las orejas y se llenan de pelos?

- Joder, tío, te pones siempre en lo peor -se quejó Miguel-. Vamos a imaginarnos que esto que nos ha salido es una especie de sarpullido, y si es otra cosa, pues nada, sobre la marcha.

- Psé, bueno -aceptó Ani-. Tengo un sarpullido más raro que un perro verde. Como dice mi padre, es mejor no poner la venda antes de que salga la herida. Total, vamos a pedirle a tu madre los bocatas.

- Miradlo por el lado bueno -concluyó Miguel, dando una palmada-: ayer cuando nos escapamos de casa, ¿quién nos iba a decir que hoy estaríamos pensando en matar a un monstruo? ¡Viva la aventura!

- Sí, viva. Pero yo prefiero verla por la tele -respondió, con poco ánimo, Luis.

Pegaron en la puerta.

- ¡Va! -Luis abrió el cerrojo. Era su madre, una mujer gruesa, con grandes ojeras, cara redonda y sonrisa inacabable.

- ¡Hola, niños! Nada, que acabo de llegar de la tienda. ¡Madre mía, qué caras más largas, niños! Que estamos a sábado.

- Hola -contestaron Miguel y Ani.

- Nos vamos a tener que ir a comer fuera, mamá. A ver si podemos terminar hoy o mañana el trabajo para el instituto. Así que no sé si volveremos por la tarde, o por la noche. Digamos que... tenemos que ir al campo a coger apuntes, ¿verdad?

- Sí: y echar unas fotos... En fin, lo que es trabajar -dijo Ani, fijando la vista en una pila de cajas que había en una esquina.

- Del todo. ¡Menuda tarde nos espera! -añadió Miguel, sonriendo a Susana, la madre de Luis- Es como si tuviéramos que luchar contra un monstruo.

Susana quedó embarazada cuando tenía poco más de dieciocho años. Su novio, al saberlo, la dejó. Los padres la echaron. Las Religiosas Adoratrices la acogieron en una casa social, y allí pasó el tiempo necesario hasta que pudo conseguir un empleo, ahorrar algún dinero y pagar el alquiler de un piso, mientras Luis cumplía tres años. Tras otros dos, y después de pasar por momentos difíciles, llegaron al barrio: Susana alquiló una pequeña casa y, a fuerza de tiempo y trabajo, terminó por comprarla. El niño debía empezar a ir a la escuela; sin embargo, en la zona no había todavía ningún edificio destinado a ese fin, y los vecinos dejaban algunos locales de sus viviendas para que los más pequeños pudieran aprender. Así pues, los dos primeros cursos estuvo en un garaje y en el primer piso de uno de los bares de la carretera. Después construyeron el enorme colegio público, y en él terminaron la E.G.B. Luis, Miguel, Ani y los demás niños del barrio y las poblaciones cercanas. Susana había conocido a otro hombre, hacía tres años, pero nuevamente quedó embarazada, y el padre, nuevamente, se largó para no volver. Así que Luis, hijo único, responsable y lector empedernido, ayudó a su madre a llevar la casa y, desde hacía dos primaveras, a criar a su hermana pequeña, Marina.

- Dui zuhto -dijo la pequeña, que acababa de entrar en el garaje a la carrera, señalando a su hermano.

- Di que sí, mijilla. Está acojonado. Eres muy lista, ¿eh? -le dio la razón Ani, agachándose hasta su altura.

- Bueno, mamá -dijo Luis, mientras repasaba mentalmente las cosas que tenían que llevar-, vamos a ir echando los archeles en la mochila y yéndonos, a ver si terminamos la tarea lo antes posible.

- Yo voy a mi casa un momento y vuelvo enseguida -dijo Miguel-. Aprovecharé para saludar a mi abuelo -y le guiñó a Ani mientras hacía el gesto de abrir una navaja-. Echadme un par de bocadillos, ¿eh? ¡Nos vemos en un salto!

- ¿De qué lo quieres tú, Ani? -preguntó Susana, sonriendo- Hay que ver: pasado mañana cumples los catorce. Estás ya hecha una mujercilla. Seguramente tu madre te hará una fiesta, ¿no?

- ¡Anda, es verdad! Pues ni me había acordado. Últimamente tengo tantas cosas en las que pensar -le respondió Ani, mirando a Luis y encogiendo los hombros-. Espero llegar al lunes con todos los huesos en su sitio, je, je...

- No te preocupes, amiga: si nos encontramos esta tarde con, no sé, algún comerrocas chungo, te protegeré con mi vida -proclamó Luis, poniéndole un brazo sobre los hombros-. Eres la más pequeña, así que tus amigos mayores, ya sabes, siempre pendientes.

- Eso me tranquiliza una barbaridad, Figura... -le dijo ella, quitándose el brazo de encima.

Un cuarto de hora después salieron caminando, con una mochila repleta, rumbo al cortijo: la navaja del abuelo de Miguel, un cuchillo jamonero, otro amolado hacía pocos días, cinco vienas de pan llenas de jamón, queso, mortadela con aceitunas y otras ricas viandas, una botella de agua de un litro y algunas chucherías que Luis no pudo evitar añadir. Cortaron camino por el polígono industrial y después atravesaron un campo baldío; luego siguieron la cañada del arroyo durante más de una hora, hasta que divisaron al fondo la fachada posterior del caserón. Siguieron entonces el camino que rodeaba la propiedad, torcieron hacia la izquierda y subieron rumbo oeste hasta un cambio de rasante. Ya desde allí divisaron, al fondo de la cuesta, el puente, el eucalipto y la cuneta.

Ani miró al cortijo, que quedaba justo al sur, a poco más de trescientos metros atravesando el salvaje bosque de cañas.

- Cuanto más nos acercamos, más mala idea me parece eso de atacar con una navaja a un bicho gigantesco que camina por paredes y techos, y que se ha colado en mi casa y me ha dejado en mi cama sin que se entere mi madre.

- No te olvides del cuchillo jamonero -le recordó Miguel- ni del efecto sorpresa. En la vida se puede

imaginar el monstruo que somos tan tontos como para volver a enfrentarnos con él.

- Claro, Lopo -bromeó Ani-. El cuchillo jamonero es mucho mejor que la navaja. Dónde va a parar.

- Bueno, vamos por partes -dijo Luis, remangándose el jersey-. Lo primero, a por las bicis y la moto. Después, a por el bicho de las manos largas.

- Vamos allá.

Comenzaron a bajar la cuesta, trotando a la sombra por el lado del camino más cercano a las cañas, manteniéndose así ocultos en lo posible ante la amenazante presencia del edificio. Hacía calor. Luis sudaba abundantemente y resoplaba con el esfuerzo.

No les quedaban más de cien metros para llegar a su destino cuando vieron pasar tres coches a toda velocidad por la carretera sin asfaltar que cruzaba el arroyo; dando un frenazo, uno detrás de otro se internaron en la cuneta a la que se dirigían y pararon súbitamente.

- ¿Pero qué co...? -masculló Ani.

- ¡Escóndete! ¡Vamos, adentro! -susurró Miguel, tirándole del brazo y metiéndose en el bosque de cañas y arbustos. Luis hizo lo propio. Se agacharon y permanecieron en silencio.

Se oyeron las puertas de los coches. Luego hubo unas indicaciones que no entendieron, y después un tiempo de silencio. Las voces de los recién llegados eran monótonas. Se reanudó el diálogo, aunque cualquiera podría asegurar, desde la posición de los tres adolescentes, que había una sola persona hablando consigo misma.

- Agente Spiner-37, aquí están. Restos bajo el puente. Tal y como sospechábamos, pertenecen a la estructura sintética del cinturón del sujeto. Debió arrancárselo al llegar.

- Bien, agente Spiner-41. Tome muestras. Recuerden que hay que evitar cualquier contacto no imprescindible con el punto de llegada. Aún no podemos calibrar las consecuencias, y nuestros sistemas de localización e información están todavía desconectados de cualquier red.

- Agente Spiner-37, tengo un dato nuevo. Cerca de los restos hemos encontrado tres vehículos abandonados. Uno a motor. Restos de agua nocturna. Llevan aquí más de doce horas.

- Compruebe identidad con el decodificador genómico. Rastreen la zona.

- El decodificador es inútil sin la descarga de una base de datos fiable del punto de llegada. Hay varios sujetos genómicos, pero es imposible determinar las identidades. La única opción es comparar las huellas con otras próximas o con bases de datos de la zona. Los restos

indican que los sujetos han estado aquí alrededor de la medianoche de ayer. No han vuelto a por sus vehículos.

- Es un punto de comienzo. Agentes, alerta 5. Busquen en los alrededores a estos individuos. Envíen el mapa genómico en cuanto esté listo. Si vuelven a por sus vehículos debemos atraparlos y averiguar si tienen alguna relación con la Sombra.

- ¿De qué demonios están hablando? -susurró Miguel.

- Me parece que de nosotros, Lopo -contestó Luis-. No tengo ni idea de lo que dicen, pero deben ser una especie de cuerpo militar con... tecnología avanzada.

- Quillo, no me seas peliculero, que estamos en el culo del mundo -Ani abrió la cremallera de la mochila que llevaba Luis a la espalda- y déjame que coja la navaja, que yo ya no me fío de nadie.

- Si tú tienes otra teoría mejor, adelante, suéltala -le respondió Luis-. Pero a mí me parece que están hablando de la cosa esa que nos atacó, y de nosotros.

- Pues vamos a decirles que nos ayuden entonces -propuso Miguel.

- Tú estás majarón, Lopo. Ni por todo el oro del mundo le pediría yo ayuda a una gente que habla que parece que ha llegado de otro planeta -dijo Ani, comenzando a arrastrarse entre la maleza-. A la mierda: vamos a atravesar las cañas, nos metemos en el cortijo y nos cargamos al mamón ese de las manos largas.

- Hale. Mujeres: si te piden que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo -le dijo Miguel a Luis, con gesto de resignación, y la siguió.

- Atención. Creo que recibo signos humanos desde esa colina. Aún no puedo determinar el lugar exacto. ¡Adelante! -escucharon no demasiado lejos.

- ¡Corred! ¡Corred! -gritó Ani, intentando avanzar lo más rápido posible por entre las cañas. Detrás de ella tanto Miguel como Luis apartaban ramas y arbustos, procurando no trastabillar.

De repente, Ani comenzó a sentir los latidos del corazón bombeando en los oídos como si la sangre quisiera salirse de las venas. Se llevó las manos a las orejas. Se volvió, y vio a sus dos amigos, que la miraban con el mismo gesto de pánico. Se fijó en la cara y el cuerpo de Luis, y creyó que desaparecía: podía distinguir vagamente lo que había justo detrás del jersey. Se puso la palma de la mano delante de los ojos, y comprobó que veía a su amigo a través de ella. Gritó aterrorizada.

Entonces sintió cómo comenzaba a flotar y se desplazaba a velocidad endiablada por entre el bosque de cañas sin ni siquiera rozarlas. La cabeza le daba vueltas. Volaba cada vez a más distancia del suelo, sin poder controlar el cuerpo. Atravesó el muro exterior del cortijo sin chocar contra él. Subió hasta la altura de la buhardilla, pasó a través de la pared del edificio y cayó al suelo.

Después de rodar y chocar contra algo, quedó quieta, respirando entrecortadamente. Tocó el pavimento. Tocó la viga que quedaba justo a su espalda. Miró. Poco a poco fue recuperando el aliento, y la opacidad. Luego echó un vistazo a su lado: allí estaban Miguel y Luis. Gritaron con todas sus fuerzas.

Fue en aquel momento cuando escuchó el extraño ronquido. Entrecerró los ojos y se fijó en lo que había justo delante. Desde la oscuridad del fondo, poco a poco, vio cómo se acercaban aquellos dos grandes ojos amarillentos. Después distinguió las horribles extremidades negruzcas que avanzaban hacia ellos.

- Es... Manos Largas... -susurró mientras, venciendo el miedo, se palpaba el bolsillo, sacaba la navaja y la abría.

El monstruo dejó escapar varios gruñidos ininteligibles. Después, con voz áspera, muy despacio, pronunció una única palabra:

- A... yu... da.

3. Manos Largas

Un pájaro intentaba romper una nuez sobre el duro suelo del camino que se internaba en el túnel de la antigua vía del tren. El pico restallaba contra la dura cáscara, que no terminaba de abrirse. Dando un graznido, la cogió con una de las patas, se elevó en círculos en el aire matutino y, cuando le pareció que la altura era suficiente, lanzó el fruto seco, que dio un golpe en la tierra y se partió justo por la mitad. El pájaro se lanzó en picado a por el ansiado premio.

Fue entonces cuando salieron desde dentro del túnel, a asombrosa velocidad, tres automóviles negros, redondeados, sin aristas, aberturas o neumáticos visibles. Pasaron levantando una nube de polvo, piedras y pedazos de nuez, ante el pasmo del ave que acababa de ver desaparecer su sustento.

En el primer vehículo iban cuatro personajes asombrosamente idénticos: sombrero gris, gafas negras, pelo blanco, manos enguantadas, chaqueta y pantalón grises, camisa blanca, mocasines negros. El conductor habló en un tono absolutamente neutro:

- Atención, agentes. Aquí Spiner-37. Hemos atravesado la brecha con éxito. Según la información recibida antes del inicio de la misión, en las coordenadas de este punto de llegada es necesario realizar camuflaje. Envío el modelo de vehículo -el agente Spiner-37 tocó con el dedo el dibujo de un sobre cerrado, que flotaba en el aire delante del parabrisas, y lo trasladó hasta dejarlo dentro del signo de un buzón de correos. Siguió un prolongado silencio. Después, continuó-. Camuflaje en 3, 2, 1. Camuflaje.

El agente Spiner-37 colocó el pulgar encima de una pantalla a su derecha, y al momento el exterior del automóvil se transformó en el de un Renault 21 último modelo, igual que los otros dos.

- Camuflaje realizado con éxito, agentes -siguió hablando-. El siguiente paso es perseguir, atrapar y llevar de regreso a la Sombra huida. Recuerden: es un ser peligroso y, a pesar del entrenamiento, ha adquirido una inusual capacidad de tomar decisiones propias y, por tanto, evolucionar de manera incontrolable. Es imprescindible recuperarlo.

- Atención, agente Spiner-37 -se escuchó dentro del habitáculo.

- Adelante, agente Spiner-23.

- La ciudad está a nueve punto tres kilómetros de distancia. El camino que transitamos lleva a varias poblaciones y núcleos diseminados cercanos. Hemos

perdido la capacidad de conectar con la red global. Comprobaremos si hay formas de conexión paralelas.

- ¿Alguna novedad respecto al lugar donde se oculta la Sombra? -preguntó Spiner-37.

- Ninguna. Analizamos toda la información acerca del punto de llegada con la mayor rapidez posible.

- La Sombra lleva aquí varias jornadas. Debe haber huellas.

Los bólidos siguieron avanzando. El silencio era absoluto en el interior, y solo se oía el ronroneo de los motores, un zumbido regular muy tenue. De repente, volvió la comunicación.

- Atención, agentes. En el punto K-3864 se han rastreado restos que podrían pertenecer a la Sombra. Comenzamos la búsqueda en esa localización. Dos kilómetros al noreste. Ruta en pantalla.

En el cristal oscurecido del parabrisas apareció el mapa de la zona y, dentro, el punto al que se dirigían y el itinerario que tomarían. Continuaron el mismo camino, que les llevó a la falda de la montaña. Desde allí llegaron hasta una carretera secundaria, que siguieron en línea recta. Se desviaron hacia la derecha, luego tomaron a la izquierda y entraron en otra vía, que les acercaba a la ciudad. Volvieron a coger un desvío, que los llevó hasta un puente sobre un arroyo. Lo cruzaron, se apartaron a la

derecha y, con un exagerado frenazo, alcanzaron el destino. Pararon los motores.

Se abrieron las puertas. Bajaron once agentes, todos vestido como los del primer vehículo. Cuatro de ellos se colocaron en el ojo derecho, bajo las gafas, unos monóculos con una extraña línea de luz azulada en continuo movimiento.

- Rastreadores sincronizados -informó uno de ellos.

- Hemos de ser rápidos y efectivos -dijo otro-. Peinemos la zona más amplia posible. Comenzaremos desde este mismo punto. ¡Adelante!

Se empezaron a mover en círculo, analizando cuanto aparecía ante sus ojos y separándose con cada pasada. Mientras, dos agentes sacaron sendas armas cilíndricas de más de un metro de longitud, y se las cargaron sobre los hombros. Comprobaron los seguros, fijaron los puntos de mira y esperaron.

- ¿Alguna novedad? -dijo una voz diferente, grave y hueca, a través del canal interno de los agentes.

- Agente Spinner-37, aquí están -gritó el rastreador que se había acercado más al cauce del arroyo-. Restos bajo el puente. Tal y como sospechábamos, pertenecen a la estructura sintética del cinturón del sujeto. Debí arrancárselo al llegar.

- Bien, agente Spinner-41 -dijo Spinner-37, acercándose al lugar-. Tome muestras. Recuerden que hay que evitar

cualquier contacto no imprescindible con el punto de llegada. Aún no podemos calibrar las consecuencias, y nuestros sistemas de localización e información están todavía desconectados de cualquier red.

- Agente Spiner-37, tengo un dato nuevo -dijo otro de los portadores de los localizadores-. Cerca de los restos hemos encontrado tres vehículos abandonados. Uno a motor. Restos de agua nocturna. Llevan aquí más de doce horas.

- Compruebe identidad con el decodificador genómico -respondió Spiner-37-. Rastreen la zona.

Uno de los agentes que había quedado cerca de los coches fue hasta donde estaban las dos bicicletas y el ciclomotor, con una pantalla y un foco que pasó sobre los tres vehículos. Al cabo de poco más de un minuto se escuchó un extraño sonido agudo.

- El decodificador es inútil sin la descarga de una base de datos fiable del punto de llegada -informó-. Hay varios sujetos genómicos, pero es imposible determinar las identidades. La única opción es comparar las huellas con otras próximas o con bases de datos de la zona. Los restos indican que los sujetos han estado aquí alrededor de la medianoche de ayer. No han vuelto a por sus vehículos.

- Es un punto de comienzo -dijo Spiner-37-. Agentes, alerta 5. Busquen en los alrededores a estos individuos. Envíen el mapa genómico en cuanto esté listo. Si vuelven

a por sus vehículos debemos atraparlos y averiguar si tienen alguna relación con la Sombra.

Uno de los agentes que rastrea los alrededores comenzó a subir el camino que rodeaba el cañaveral, moviendo la cabeza a izquierda y derecha. Al poco tiempo, gritó:

- Atención. Creo que recibo signos humanos desde esa colina. Aún no puedo determinar el lugar exacto. ¡Adelante!

Los agentes dejaron lo que hacían y siguieron al que había dado la señal. Unos momentos después se oyó un murmullo en medio del frondoso ramaje salvaje que los rodeaba, seguido de unos gritos.

- ¿Qué es exactamente eso que estamos escuchando, agente Spiner-24?

El agente Spiner-24, que había dado la voz de alarma, creyó reconocer en la pantalla del rastreador, durante un momento, a uno de los sujetos genómicos que buscaban. Fijó la mirada para poder concretar la identidad, pero la imagen desapareció sin más.

- Acaba de ocurrir una anomalía en el rastreador, agente Spiner-37. He localizado a uno de los sujetos que aparecen en el mapa genómico. Concretamente uno femenino. Pero ya no lo veo.

La puerta del copiloto del tercer vehículo, aún cerrada, se abrió de golpe, y salió una mujer alta, muy delgada, de pelo rubio platino, mejillas extrañamente estiradas y manos esqueléticas, con las mismas gafas oscuras que todos los demás agentes. Vestía camisa blanca y falda gris, y un largo chaquetón negro. Calzaba tacones, también negros. Murmurando entre dientes, se colocó unos guantes de cuero.

- ¿Cómo que ya no la ves? -preguntó. Era la voz hueca y grave que se había escuchado antes.

- Mire usted misma, agente Nyma. Ha desaparecido. Se ha desvanecido en el aire.

- No ha podido desaparecer. ¡Estamos hablando de una adolescente, probablemente habitante de uno de estos barrios de las afueras! -atronó la agente Nyma, quitándose las gafas y dejando ver unos ojos de pupilas blanquecinas rodeados de profundas arrugas- ¡No ha podido esfumarse, agente Spiner-37! ¡Busquen! -y se colocó de nuevo las gafas.

Los agentes se introdujeron entre las cañas formando un perfecto semicírculo. Al cabo de diez minutos, uno de ellos habló por el canal interno:

- ¡Atención, agentes! Hay huellas de tres de los sujetos. Han estado aquí hace muy poco tiempo, pero han desaparecido. Repito: no están. Sin duda es una anomalía inexplicable.

- ¡Seguid ampliando la zona de búsqueda! -ordenó la agente Nyma, fuera de sí- ¡No han podido ir muy lejos! Tiene que haber una explicación racional. ¡Deben haberse escondido al oíros! ¡Buscad más arriba, llegad hasta el otro extremo del cañaveral!

Mientras los demás continuaban la búsqueda, la agente Nyma, con los brazos cruzados, se paseaba entre coche y coche.

- ¿A qué estáis jugando, niños? Ya sabemos que sois tres. Tenéis suerte de que no podamos acceder a vuestros datos... todavía. ¿Qué hacíais aquí? ¿Por qué no recogisteis las bicis anoche? ¿Quizás os asustó algo? Habéis venido a por ellas hoy, claro. Muy bien. ¿O tenéis otros planes? ¿Quizás sabíais que veníamos? ¿Cómo ibais a saberlo? No podéis, solo sois tres niños buscando aventuras en un descampado, al lado de un gran...

Paró en seco, volvió a quitarse las gafas y miró al cortijo, enarcando una ceja. La voz de uno de los agentes la sorprendió.

- Aquí no hay nada, agente Nyma. Hemos llegado hasta el otro extremo. La única posibilidad es...

- Ya sé la única posibilidad que hay. ¡Volved aquí ahora mismo!

Unos minutos después estaban todos de nuevo en la cuneta, junto a los automóviles.

- Está bien. Vamos a entrar en el edificio que vemos a mitad de la colina -dijo la agente Nyma-. Quizás los tres niños hayan huido hasta allí.

- Pero, agente Nyma -respondió el agente Spinner-24-, habría huellas del rastro que han seguido. Sin embargo, está muy claro que estas se pierden en un tramo muy determinado, en medio de la vegetación.

- Quizás los rastreadores estén cometiendo algún fallo. Recordad que estamos en un lugar extraño, y trabajamos únicamente a partir de la información que traíamos. Así que escuchad bien: iremos a pie hasta la entrada de la casa, que parece abandonada. Si los tres niños se encuentran allí, o bien la Sombra, actuaremos en consecuencia. Nuestro objetivo es prioridad absoluta. No podemos distraernos con situaciones o sujetos que no nos incumben. Además: estoy completamente segura de que nuestra sola presencia es causa de suficiente terror para ellos. Adelante.

Así pues, los doce agentes subieron el camino hasta el cortijo formando tres líneas de cuatro. Delante iban los que tenían los rastreadores. Cuando estaban a poco menos de diez metros del portón del muro, les salió al paso al otro lado de los barrotes, sonriendo, walkman prendido al cinturón y cascos sobre las orejas, Ani.

- Vaya, vaya, vaya. Así que aquí tenemos a los espectadores de hoy. ¡Bienvenidos -gritó con descontrolado énfasis- seáis todos al maravilloso

programa *Rockopop* en el especial de hoy, *Tu canción favorita!* Empiezo yo.

- ¿Qué...? -acertó a preguntar la agente Nyma. Los demás no abrieron la boca. Esperaban una orden para saber qué hacer, pero estaba claro que la agente se encontraba estupefacta. Ani, por su parte, comenzó a cantar a grito pelado:

- Get in, get out of the rain:

I'm goin' to move on up to the Waterfront.

Step in, step out of the rain:

I'm goin' to walk on up to the Waterfront.

Said, one million years from today,

I'm goin' to step on up to the Water...¹

Y, como por arte de magia, desapareció de la vista de los agentes, saludando con la mano.

- ¿Qué... ha sido eso? -preguntó uno de ellos, paralizado ante la escena.

1 Simple Minds, *Waterfront*, Virgin 1984.

No hubo tiempo para ninguna respuesta porque, casi de forma instantánea, se escuchó:

- ¡Eh, gilivattios! A mí me gusta más la música en español, ¿sabéis? Así que ahí va eso:

Los agentes miraban alrededor, buscando el origen de la voz, aturdidos. Sentado encima del muro, a la izquierda del portón, estaba Miguel, sonriendo. Sin más, y desentonando gravemente, vociferó:

- ¡Un día más me quedaré sentado aquí,

en la penumbra de un jardín tan extraño!

¡Cae la tarde y me olvidé otra vez

de tomar una determinación...!²

Y, como Ani, se esfumó en el aire.

- ¡Hay que atraparlos! ¡Atrapadlos! -gritó la agente Nyma.

- Pero, agente Nyma, esto no entra dentro de lo posible. ¿Cómo podemos atrapar a...? -dijo el agente Spiner-37.

2 Radio Futura, *La estatua del jardín botánico*, Hispavox 1982.

- ¡Apuntad, disparad, y después vemos lo que es posible y lo que no! -cerró la discusión la agente.

Mientras, desde lo alto del tejado llegó un silbido. Era Luis.

- ¡Eh, a mí me va más el cine, así que... -se puso a bailar encima del tejado, procurando no caerse-:

Si yo fuera rico,

yubi dubi dubi dubi dubi dubi dubi dú...

Todo el día, bidi bidi bum...!³

Y, antes de que ninguno tuviera tiempo siquiera de dirigir el arma hacia su puesto, se esfumó. Entre los agentes comenzó a cundir el pánico. Uno se atrevió a postular:

- ¡Son fantasmas!

Otro, sin embargo, corrigió:

- ¡Los fantasmas no existen!

Fue entonces cuando, desde atrás, les llegó de nuevo la voz de Ani:

3 Teveye, *El violinista en el tejado*, United Artist 1971.

- ¿Que no existen? Oh, qué desilusión... Ahí lleváis eso
-y contoneándose, moviendo el cuerpo entero al ritmo de
lo que cantaba, entonó, con bastante tino-:

- So I try to laugh about it,
cover it all up with lies.
I try to laugh about it,
hiding the tears in my eyes
because boys don't cry...⁴

Y desapareció justo antes de que una especie de red de
haces de luz verdosa fuera lanzada por uno de los agentes
armados hacia el lugar que acababa de ocupar.

Al momento, en el centro de la plazuela de entrada al
cortijo, apareció Miguel, que, para no dar oportunidades a
los repuestos tiradores, simplemente chilló:

- ¡Y yo tengo que inventar,
algo para poder hacer

4 The Cure, *Boys don't cry*, Fiction 1979.

la caca de colores, ay, ay, ay, a...!⁵

Desapareció como los anteriores. Un momento después, camino abajo, entre los agentes y la cuneta, se hizo visible Luis, que terminó la improvisada actuación diciendo:

- ¡Gracias por su atención, *ha sido mucho divertido, Indy!*⁶ ¡Aaaaaaad...!

Un nuevo rayo en red estuvo a punto de alcanzarlo, pero el chaval se evaporó justo antes.

Los agentes se movían de un lado a otro esperando un ataque por parte de aquellos estafalarios enemigos, en cualquier momento y desde el lugar más inesperado. Sin embargo, nada ocurrió. Nyma aprovechó el instante de tranquilidad para pensar, y ordenó rápidamente:

- ¡Todos dentro de la casa! Hay que buscar la tecnología arcaica con la que logran eso. Es como si... Un momento. ¡La Sombra! ¡Les está ayudando la Sombra!

- Según nuestros datos eso no es posible. Si la Sombra les ayuda según sus habilidades propias, debe portarlos consigo. Sin embargo, han aparecido y desaparecido solos -corrigió uno de los agentes.

5 Siniestro Total, *La caca de colores*, DRO 1983.

6 Tapón, *Indiana Jones y el templo maldito*, Lucasfilm 1984.

- ¡Ha evolucionado de alguna manera él, o ellos!
-chilló Nyma- ¡Os digo que es la Sombra! ¡Asalto a la casa! ¡Ya!

Todos a una echaron abajo el portón de hierro del muro, y entraron en tromba dispuestos a atrapar a la Sombra y sus tres fantasmas, si es que estaban allí.

Ni la Sombra ni ninguno de los tres adolescentes se encontraban ya en el cortijo. Manos Largas, como Ani había decidido llamar al monstruo de los ojos amarillos después de descubrir, tras un atropellado diálogo, que no quería hacerles daño, sino huir de los agentes, acababa de recoger a Luis con aquel extraño “poder”, según palabras del chico, que le permitía ir de un lugar a otro a una velocidad casi instantánea. Un momento después aparecieron todos juntos en la cuneta, al lado de bicis y moto, fuera del alcance de los ocupados enemigos. Ani se colocó el dedo índice sobre los labios, pidiendo silencio. Se moría por gritar de entusiasmo desatado, pero prefirió dejarlo hasta estar lo suficientemente lejos. Manos Largas cerró los ojos, extendió una de sus manos, que se volvió translúcida, la introdujo, a través del capó, en el motor del primer automóvil y arrancó una de las conexiones imprescindibles para poder ponerlo en marcha. Después hizo lo mismo con los otros dos. Luego, tocándose la cabeza y trastabillando, se dejó caer contra la tierra.

- ¿Estás bien, Manos Largas? -preguntó Luis- Jo, estoy hablando con el monstruo. ¡Estoy hablando con el monstruo! -susurró a Miguel.

- Can...sado -contestó este, con su áspera voz ronca.

- Tranquilo, amigo -lo animó Ani-. Se acabó lo de volar, ¿eh? Bueno, yo te llevo en la moto. Vamos, levántate: tenemos que huir antes de que lleguen esos. Ya luego nos sigues explicando cosas, porque vaya tela. ¡Ponte en pie!

- Sin mí. Id... sin mí -respondió Manos Largas, levantando uno de sus larguísimos dedos grises sin uñas.

- Que te crees tú eso -le dijo Miguel, ofreciéndole el brazo-. Si hace falta te llevamos entre todos, pero sin ti no nos vamos. Nos has salvado la vida. Así que venga, arriba.

Manos Largas se levantó con esfuerzo. Ani arrancó el Vespino; el monstruo se subió detrás, casi arrastrándose, y cruzó los dedos por delante de su cintura. Un escalofrío recorrió la espalda de la jovencita al sentir aquel roce sobre la camisa. Aceleró muy poco a poco, hasta que estaban lo bastante lejos; entonces apretó a fondo. Los dos chavales salieron en estampida con las bicis, y huyeron por el camino que se alejaba del cortijo en perpendicular, rumbo a la carretera general. Solo cuando se encontraban a varios kilómetros de distancia Ani, sintiéndose más segura, disminuyó la velocidad y paró en el aparcamiento de un mercado mayorista de frutas de uno de los polígonos industriales cercanos al barrio.

Cuando llegaron Miguel y Luis, unos minutos después, se ocultaron del paso de la carretera detrás de una pared, y prorrumpieron en gritos.

- ¡Increíble! ¡Madre mía, estoy empapada de sudor! ¡Quiero gritaaaaaar! -chilló Ani, abrazándose a sus dos amigos. Manos Largas se acurrucó en el suelo y guardó silencio.

- ¡Quillo, cuando te has arrancado cantando *La caca de colores* -dijo Luis, agarrándose a Miguel y riendo- pensé que me iba a dar algo! Solo imaginarme la cara que han debido poner los albinos esos....

- ¿Y lo que has dicho al final, Figura? ¿Qué era? -preguntó Miguel, secándose las lágrimas y los mocos con la manga de la camisa.

- ¿Qué? No me digas que no has visto *Indiana Jones y el templo maldito* -preguntó, extrañado, Luis.

- Pues no sé. Creo que he visto alguna por la tele y eso, pero no me acuerdo -respondió él, encogiendo los hombros.

- Lopo, eso hay que arreglarlo. La semana que viene quedamos en mi casa, la alquilo en el videoclub y la vemos. No se hable más -le respondió Luis-. ¡Oye, y mira esta! -se dirigió a Ani- Ya sabemos quién nos va a ayudar con el inglés, porque yo lo llevo fatal. Qué nivelazo, te sabes las canciones de memoria.

- Tampoco es que me sepa tantas -se excusó Ani-. Pero las que me gustan, me las aprendo. No sé por qué.

- En fin -dijo Miguel-, teniendo en cuenta que hemos estado a punto de morir, no lo hemos pasado mal, ¿eh? Y eso que el principio ha sido de jñarse vivo con el vuelo hasta el cortijo, y cuando aparecieron esos ojos amarillentos...

- Esto... Me parece que nos hemos olvidado de Manos Largas. Y no lo veo yo con ganas de mucha celebración -advirtió Ani, fijándose en aquel ser oscuro, extremadamente delgado, de piel suave y viscosa como la de un anfibio, sin pelo ni uñas y con las extremidades y la cabeza exageradamente alargadas, que seguía acurrucado-. Eh, Manos Largas. Manos Largas, ¿qué te pasa? -le preguntó, agachándose y tocándole la cabeza delicadamente.

- Can... sado -volvió a repetir, casi susurrando, levantando la vista-. Vosotros... locos.

- Eso se llama tener poco vocabulario -le dijo Miguel a Luis, al oído. Luego le respondió a Manos Largas:

- Oye, monstruo, has sido tú el que has dicho que había que salir de allí dejando a los agentes esos de mierda con tres palmos de narices, ¿no? Pues es lo primero que se me ocurrió. Estaremos locos, pero, desde luego, ha funcionado, ¿eh?

La Sombra no contestó. Simplemente volvió a agachar la cabeza.

- Vale. Hay que pensar rápido. Se ha debido quedar sin pilas con eso de llevarnos volando de acá para allá -dijo

Ani-. ¿Qué hacemos con él? Ya tendremos tiempo para el cachondeo más tarde.

- Para empezar, os recuerdo que está en pelota picada, aunque nada más que hay que mirarlo -reflexionó Miguel en voz alta-. La verdad es que es raro con avaricia. Y... bueno, nos ha salvado la vida, es verdad, pero no sabemos nada de él.

- Bueno, algo sí nos ha dicho. Lo del porqué de las motas grises, y que los albinos esos lo persiguen -le recordó Luis-. Mola tela eso de poder hacer lo mismo que él cuando está cerca: pim, pam, pum, y ya no me ves.

- Hombre, Lopo, no seas así: nos ha contado lo que ha podido con la lengua esa de estropajo que tiene -replicó Ani-. Tampoco era plan de poner un vasito de leche y galletas María para echar un rato de cháchara. Pero fíjate en cómo está el pobre. Yo creo que lo mejor será seguir hasta el barrio y... ¡Ya lo tengo! Lo dejamos en la antigua fábrica de ladrillos. El guardia hace tiempo que dejó de ir por allí, y no creo que haya nadie a estas horas. Después vamos a nuestras casas, nos cambiamos de ropa, le buscamos algo para que se vista, que es verdad que parece una rana gigante y negra, pero así como Dios lo trajo al mundo está muy raro, y le llevamos algo de comer.

- Y después que nos cuente qué hace aquí, cómo ha llegado, y quiénes son exactamente los del sombrero -dijo Luis-. Vale, no se le da bien hablar, pero algo nos tiene que decir. Que ya estoy más tranquilo porque sé que no

tengo un alien dentro, pero quiero saber lo que está pasando, que esto es cada vez más lioso.

- Qué está pasando, y qué va a pasar. Esos colgados de las armas raras, que parecía que habían salido de la nave de los Visitantes de V, seguro que vuelven. ¿Y qué hacemos entonces? ¿Seguir cantando canciones y bailando encima del tejado? No creo que cuele -sugirió Miguel-. ¿Estás de acuerdo, Manos Largas?

El monstruo no contestó.

- A ver si se nos muere o algo -advirtió Luis.

- Bien... bien -dijo al fin, alzándose y mirándolos con ojos vidriosos.

- Vale, amigo -Ani se rascó la frente-. Pobretico. Aguanta cinco minutos, que estamos ya casi ahí. Siguiente parada: la fábrica de ladrillos.

La fábrica de ladrillos, tal y como había predicho Ani, estaba vacía. Hacía tres años que el guarda había dejado su trabajo, y se encontraba entonces en un estado ruinoso, con la mitad de los cristales rotos, las puertas desvencijadas y los hornos agrietados. Escogieron una habitación de la parte trasera que parecía haberse conservado mejor, la despejaron, sacudieron un poco el polvo y se sentaron con Manos Largas, que casi no se tenía en pie. Almorzaron cada uno un bocadillo, le dieron los dos que quedaban al monstruo, que se los zampó en un momento masticando con sus afilados dientes grises, y

regresaron a sus casas. Ani entró en el dormitorio de su hermano Juan, abrió el armario y le cogió unos viejos pantalones de pana que tenía guardados, unos calzoncillos y una camiseta arrugada que hacía tiempo que no se ponía.

A media tarde se encontraron los tres en la puerta de la fábrica. No había ni rastro de los agentes. Manos Largas seguía en la misma habitación, pero estaba de pie, paseando, y parecía recuperado. Cuando entraron los miró con sus enormes ojos amarillentos y esbozó un gesto de saludo.

Miguel había traído de su casa un par de mantas. Luis un saco de dormir, un jersey de rombos y comida en abundancia. Las miradas de desconfianza y las medias sonrisas se sucedían ante el desconocido engendro. La curiosidad se mezclaba con el miedo: los dos jovencitos tenían demasiadas preguntas sin respuesta.

El caso de Ani, sin embargo, era muy distinto. Ella no mostraba temor. Desde el primer momento había estado cercana a la Sombra, aunque fue también la que abrió la navaja en la buhardilla y, de no ser por su poco tino al lanzar el tajo, le habría hecho un buen estropicio en la cara.

- Vamos a ver, Manos Largas -le dijo Ani, dándole los calzoncillos, los pantalones y la camiseta-. Ya hemos visto que no tienes mucho que enseñar, por lo menos que se vea a simple vista -Miguel carraspeó-, pero haz el favor

de taparte. Te he traído una ropa que he encontrado por casa. Yo creo que te estará bien.

- Gra... cias -contestó él, y se puso la ropa sin protestar.

- Aquí tienes también un jersey mío, y esto para pasar la noche. -le dijo Luis, alargándole el abrigo y poniendo en una esquina el saco de dormir, la bolsa de comida y las mantas que había traído Miguel.

- Y ahora, tío, vamos a ir aclarando los agujeros de tu historia -le soltó, de un tirón, Luis-, porque, por más vueltas que le doy, no me entero de nada. Poquito a poco, sin bulla, haz el favor de decirnos quién eres, de dónde vienes, por qué estás aquí, quiénes son esos que te persiguen, cómo son de peligrosos, y todo lo que se te ocurra. Yo no tengo nada que hacer hasta que me acueste. Por favor.

Y se sentó en el suelo, frente a la Sombra. Luis y Ani hicieron lo propio.

Así fue como se enteraron de la historia de aquella criatura llegada desde más allá de cualquier lugar que pudieran haber imaginado.

- Soy uno... como vosotros -comenzó a decir, con esfuerzo.

» No recordaba cuántos años tenía. Solo conservaba algunos retazos de imágenes deslavazadas que no podía recomponer, y que no llegaban más allá de la edad de Ani, Miguel o Luis: sus padres, una anciana que sonreía, un árbol grande encima de un monte, la orilla del mar... No sabía cómo había ocurrido, pero un día se encontró dentro de una oscura habitación sin ventanas, junto a otros como él. Los primeros recuerdos claros que permanecían imborrables en su memoria eran horribles: todos los compañeros de prisión fueron objeto de experimentos espeluznantes un día tras otro. Poco a poco perdió el color de la piel, se le cayó el pelo, le crecieron las extremidades... hasta llegar a convertirse en aquel ser que tenían enfrente.

- Un momento -cortó Ani, enseñándole los arañazos que tenía en el hombro-. Con esos dedos que parecen salchichas gigantes, sin uñas, ¿cómo me hiciste esto?

- Perdona. Uñas... Sí tengo uñas -contestó Manos Largas, levantando el brazo y dejando salir, como si fuera un gato, unas largas garras grises de la punta de los dedos.

- Vaya. Freddy Krueger se queda mamando a tu lado, tío -exclamó, después de un largo silbido, Miguel.

Manos Largas continuó narrando su historia, muy despacio.

» A base de extrañas terapias mentales, de las que prefirió no hablar, él y sus compañeros prisioneros olvidaron casi por completo la vida antes de que los

encerraran. Tenían prohibido comunicarse si no era con el personal del laboratorio, y el que desobedecía era castigado severamente. Poco a poco dejaron de hablar entre ellos, y fueron quedando en silencio en medio de la soledad de aquel lugar apartado de todo. Un cinturón atornillado al cuerpo los mantenía controlados y evitaba que pudieran escapar: si se alejaban demasiado de los lugares permitidos recibían una descarga que los dejaba inmediatamente inconscientes. Manos Largas les enseñó los dos agujeros que tenía en la espalda, consecuencia de haberse arrancado la correa de seguridad después de escapar.

» Tras meses, quizás años, de pruebas continuas en las que muchos compañeros murieron, fueron adquiriendo extrañas aptitudes. De algunas de ellas eran testigos los tres amigos: desplazarse a gran velocidad, atacar sin ser vistos, atravesar paredes y penetrar en la materia volviéndose casi invisibles... Su vista, su oído y su olfato habían evolucionado hasta lo imposible.

» Los que controlaban los laboratorios les fueron explicando los fines de todo aquello: en su lugar de procedencia la guerra era una cuestión empresarial. Formaban parte de una industria militar, que aportaba sus descubrimientos en campos de batalla a los que estaban destinados: ellos eran armas prácticamente invencibles dispuestas para la lucha. El entrenamiento llegó a su última etapa, y comenzaron las prácticas, con las Sombras como puntales de ataque en batallas relámpago. Llegarían

por sorpresa, masacrarían a los mejores soldados de la empresa enemiga y regresarían a la base.

» Sin embargo, sus captores no habían contado con aquellas imágenes del pasado, que se resistían a desaparecer. Aún recordaban, de forma muy débil y fragmentaria, que en otro tiempo habían sido humanos. Manos Largas descubrió que se podía comunicar mentalmente con algunos de sus compañeros de cautiverio, y convenció a varios para escapar de los laboratorios. Prepararon el golpe durante meses, en el más absoluto anonimato. Dedicaban noches enteras a recordar palabras para poder comunicarse con cierta soltura, o a inventar las que no podían traer a la memoria.

- Había... gente... -la Sombra calló.

- ¿Había gente? ¿Había gente que... no sé, os ayudaba? -preguntó, muy atento, Luis.

- No. No -pareció desdecirse-. Llegó momento...

» El momento propicio llegó cuando los sacaron a la superficie para probar, en conexión con una máquina nueva, una forma de desplazamiento que les habían insertado tras varias semanas de experimentos. Las Sombras dispuestas a huir unirían sus fuerzas y las usarían contra los agentes que controlaban el ensayo.

» El resultado fue desastroso: al intentar actuar todos a una en torno a la máquina experimental, abrieron un agujero en el espacio-tiempo.

- Perdón, ¿qué has dicho? -preguntó, abriendo mucho los ojos, Luis.

- Ha dicho un agujero. ¿En el tiempo? -dudó Ani.

- Eso -contestó Manos Largas.

- ¿Un tiempo... futuro? -siguió preguntando ella.

- Sí.

- Un momento, un momento -pidió paso Miguel-. Eso quiere decir que... ¿todo lo que estás contando pasará en el futuro? ¿Y tú vienes del puto futuro? ¿Pero qué mierda...?

- Sí -volvió a afirmar Manos Largas.

- ¡Joder! ¡Yo he visto una peli muy parecida, te lo juro! -le gritó Luis a Ani- ¡De un niño y unos enanos que viajan en el tiempo! ¡Y se encuentran con Robin Hood! ¡Me cago en la leche!

- Bueno, sigue, anda, Manos Largas, que esto cada vez es más... estafalarío -dijo tranquilamente Ani, sonriendo ante las ocurrencias del Figura.

» Antes de que los agentes pudieran conectar la descarga del cinturón, él huyó y se lanzó a través del

agujero sin saber siquiera qué era aquello o a dónde llevaba. Simplemente quería escapar, aunque tuviera que enfrentarse a la muerte. Aterrizó en el túnel de la antigua vía del tren. Ninguna de las demás Sombras pudo seguirlo, y no sabía si continuaban con vida o no. Los agentes tampoco lo persiguieron, al menos durante los primeros días. Una vez comprobado que el viaje era seguro, suponía, se habían lanzado a su caza y captura.

- ¿Entonces quieres decir que el agujero ese está todavía abierto? -preguntó Ani.

- Puedo cerrarlo. Desde allí -contestó Manos Largas.

- O sea, que sigue funcionando -dijo Miguel-. Pues eso sí que es un problema, tío. Pueden estar viniendo desde allí hijoputas albinos de esos cada vez que quieran.

- ¿Y quiénes son? Parecen como clones -preguntó Luis.

- Son falsos. Todos creados -dijo Manos Largas-. Mujer no. Ella es de verdad.

- Vale. Robots del futuro. Qué divertido -dijo Luis-. Y hablando de la mujer esa, la de las malas pulgas: mientras estábamos escondidos entre las cañas dijeron que habían descubierto nuestro mapa de genes, o algo así, pero que no sabían quiénes éramos. ¿Qué pasa, que el aparatito que utilizan tiene fallos?

- No fallo -respondió Manos Largas-. Allí hay red que... Todo conectado. Saben quién eres, con aparatos en el ojo. Aquí no red... No conectado. No saben.

- Eso lo he leído en algún sitio: dicen que están haciendo una red para que todos estemos conectados. A mí me pareció una tontería, pero se ve que tiene su aquello -siguió Luis-. A lo que vamos: a ver si lo he entendido bien. Tienen nuestra mierda esa de información de genes en los aparatos del ojo, pero no saben quiénes somos, porque no hay ninguna red que se lo diga. Así que tendrán que buscarse la vida como puedan, que, chispa más o menos, es así: nos miran con esos aparatos a nosotros, o a cosas nuestras, comparan los mapas, y les saldrá en una pantalla o donde sea: “es el mismo: ¡correcto!”. ¿No? Si estuviéramos conectados a esa red rara que tú dices, el mapa les llevaría del tirón a donde vivimos o, yo qué sé, donde estamos ahora mismo.

- Sí -contestó Manos Largas, mirando a Luis con atención.

- Qué listo es mi Figura. Luego me lo repites para que me entere yo también -se burló Miguel, poniéndose en pie y dándole un beso en la frente. Luis se limpió con cara de asco.

- ¿No te puedes tomar nada en serio, hombre? -le dijo Ani.

- Vaaaale, bonita, ya me callo -replicó este, metiendo las manos en los bolsillos.

- Recordadme en el futuro que no me conecte a esa porquería de red -pidió Luis, poniéndose también en pie y sacudiéndose el pantalón-. Una última cosa: si los albinos han analizado mi bici, la tuya, y la moto de tu hermano,

no solamente tienen nuestra información: ahí está también la de Juan, y seguramente la de sus colegas que hacen caballitos en el Vespino: el Cabeza, Lucía, Nico... Y sabe Dios quiénes más: la Toñi y el Largo se han montado en tu bici un montón de veces, y...

- ¡Eso es una putada, tío! -exclamó Miguel- Resulta que ahora hay un montón de gente en la lista. Imaginad que miran a tu hermano, por ejemplo, y les sale un cartelito que dice “ahí lo tienes”: ¿qué? ¿Lo secuestran hasta que les diga lo que quieran? Vaya tela, vaya tela.

- Bueno, pues nada -dijo Ani, levantándose y poniendo una mano en un hombro de cada uno de sus dos amigos-. Entonces está claro: tenemos que terminar con esos... lo que sea que sean. No sé cómo, pero hay que mandarlos al carajo. Con la ayuda de Manos Largas, claro. Y de los poderes que nos dio cuando nos pilló anoche, que ni puñetera gracia, pero bueno, no lo hizo por fastidiarnos, sino porque no se le ocurrió otra cosa. Hay que ver, hombre: ¿para qué nos dejaste esas manchas tan feas?

Manos Largas iba a contestar, pero de repente se quedó muy quieto. Luego levantó una mano y les pidió que guardaran silencio. Se puso en pie despacio, y desapareció. Un momento después se escuchó un grito fuera. Los tres salieron de la habitación, y vieron a la Sombra sosteniendo entre sus manos a un joven de melena despeinada. Comenzó a sacar las garras de los dedos, dispuesto a reducir a su presa.

- ¡No! ¡No le hagas daño, Manos Largas! ¡Es mi hermano! -dijo Ani.

- ¡Ani! ¡Figura! ¡Lopo! ¿Qué es esto? -gritó, aterrizado, Juan.

4. *La batalla de la fábrica de ladrillos*

Susana, Luis y la pequeña Marina se preparaban para ir a misa, como cada domingo a las diez. Él, en el cuarto de baño, se miraba al espejo con cara de preocupación. Abrió mucho la boca y sacó la lengua hasta el límite, para ver si había cambiado de color. Luego se arrastró hacia abajo, con dos dedos, los párpados y comprobó que la retina de las pupilas seguía siendo blanca.

- No pasa nada, Figura. Tranquilo. Respira hondo, sonrío y hale -se dijo.

El teléfono sonó en el salón. Lo cogió su madre.

- ¡Luis, es Ani! ¡Dice que te pongas!

- ¡Ya voy, mamá! -contestó.

“¿Ani, a estas horas? ¿Por qué, si hemos quedado a mediodía y ya está todo preparado? Problemas. Seguro”.

Dio una palmada contra el lavabo, salió del servicio y cogió el auricular.

- Dime -susurró, jugueteando con el marcador redondo.

- Asómate por la ventana y fíjate si ves cerca de tu casa una pareja de... no sé, parecen mormones de esos raros.

- ¿Qué dices?

- ¡Vamos, ahora!

- Ya voy, ya voy.

Dejó el aparato sobre la mesilla, fue hasta su cuarto, que daba a la calle, y miró a través del cristal. Cuatro casas más allá, efectivamente, había una pareja de hombres con camisa, chaqueta y maletín. Se fijó en el pelo que se veía debajo de los sombreros. Blanco.

- ¡Non son mormones, son los mamones! ¡Están aquí! -susurró, de nuevo al teléfono- ¿Qué hacemos?

- Luis, deja ya la cháchara, que llegamos tarde -advirtió su madre, mirando el reloj de pulsera.

- Mamá, salid vosotras, que yo ya os alcanzo -se le ocurrió a bote pronto.

- Venga, no te entretengas. Nos vemos allí.

- Vale, mamá. ¡Hasta ahora! -su madre y su hermana salieron cerrando la puerta- ¿Qué hacemos? Están a punto de llegar. Seguro que van pegando en todas las

casas y comprobando si la gente que sale coincide o no con sus aparatitos, así que, como se lleguen por aquí, me pillan seguro. Hay huellas mías por todas partes, supongo.

- “Los mamones, no mormones”. Eres un poeta, Figura -escuchó al otro lado del teléfono-. No te preocupes: está claro que van al tuntún. Si supieran dónde vivimos ya nos habrían pescado. Es más: seguramente no es el primer barrio que visitan. Bueno, salta el muro de tu patio, cruza por el solar de detrás de tu casa hasta mi calle y yo te espero en la esquina. Podemos despistarlos. Voy a coger la moto y a salir como un petardo por la puerta del garaje. Te doy tres minutos. Si cuando pase por allí no estás, tiro para la fábrica de ladrillos. Así que no te retrases, gordo. ¡Tres minutos!

Y colgaron los dos a la vez. Luis cogió el macuto que había preparado la noche anterior y salió al patio. *“Empezamos bien el domingo: en vez de ir a misa, a correr como un gallina”*. Cogió la escalera de mano, la puso contra el muro trasero, subió y se dejó caer al otro lado. Aquel solar era una especie de lugar de recreo para los niños, con sus cajas de madera apiladas, sus tubos de hormigón dentro de los que se arrastraban jugando al escondite, e incluso un columpio que colgaba de una viga de hierro clavada en la pared de uno de los vecinos.

Luis se resbaló, cayó al suelo y rodó. Se miró el codo derecho: desollado.

- ¡Mierda!

Se levantó, se sacudió la ropa y echó a correr. Escuchó una moto que aceleraba. Salió a la calle, siguió hacia la izquierda hasta la esquina y llegó justo cuando Ani, derrapando, paraba en seco.

- ¡Vamos, sube, Figura!

Se montó de un salto, y arrancaron. Desde el fondo de la calle venían dos agentes corriendo a una velocidad pasmosa. Ani bajó por la perpendicular hasta el fondo del barrio, y luego tomó hacia la izquierda. Al coger el puente que cruzaba el riachuelo un vehículo les salió al paso. Abrió gas y aceleró. El coche les pisaba los talones. Luis se cogió con fuerza a la cintura de la piloto, justo antes de que la moto se metiera, dando un salto, en el sendero estrecho que, bajando y cruzando entre dos grandes algarrobos, llegaba hasta la carretera general. El automóvil que los perseguía se detuvo al final del camino, y retrocedió buscando una vía alternativa.

Cruzaron la carretera sin mirar siquiera. Oyeron a sus espaldas una bocina y un frenazo, pero siguieron adelante. Subieron por el camino que cruzaba el olivar que había al otro lado del barrio. Ani echó un vistazo por el retrovisor: nadie venía detrás. Siguió serpenteando unos minutos cuesta arriba y cuesta abajo, siempre hacia el norte, entre carriles y veredas, volviendo la cabeza de cuando en cuando. Después viró hacia el este, bajó por un terraplén tocando el freno y paró justo detrás del enorme

tronco de uno de los árboles más viejos del monte. Luis estornudó justo sobre su espalda.

- Qué asco, por Dios, Figura.

- Es que me estabas haciendo cosquillas en la nariz con la melena al viento -se excusó este.

- Bueno, ya puedes soltarme -Ani miró hacia atrás.

- Perdón -respondió, abriendo las manos y poniéndose rojo como un tomate-. Que me he visto en el suelo. Unas pocas veces. Conduces que ni *El Halcón Callejero*.

- Qué más quisiera. En fin, estamos bien, que es lo que importa. Vamos a quedarnos aquí escondidos hasta que veamos que no hay peligro. Tenemos que llegar lo antes posible a la fábrica, para avisar a Manos Largas. Mi hermano ya sabe que la cosa se ha puesto más fea que pegarle a un padre, y va a decírselo a los suyos.

- ¿Y el Lopo?

- El Lopo también está avisado. Él se iba a buscar la vida con mi bici, en su calle no había todavía ningún mormón mamón de esos. Madre mía, estoy que me va a estallar el corazón. Bueno, vamos a tranquilizarnos un poquito.

- Vale. Yo me voy a echar aquí contra el tronco del olivo. Respira hondo...

- Yo no sé cómo puedes estar tan tranquilo. En serio.

- Que te lo crees tú. La procesión va por dentro, lo que pasa es que a mí se me nota menos. Oye, que gracias por avisar. Estás en todo, quilla.

- No te vayas a creer, ha sido pura casualidad. Iba a salir a por el pan, he abierto la puerta y he visto un coche aparcado más allá que me ha parecido sospechoso. Vamos, que tenía la misma pinta que los de ayer. Ya sabes tú que los coches de mi calle me los conozco todos. Entonces he mirado para la esquina y los he visto. Supongo que habrán empezado a figonear por los dos extremos y hacia dentro. Y nada: hemos escapado por un pelo. Y dos algarrobos.

- ¿Cómo se nos ocurrió la idea de ir al cortijo? Esta mañana me he despertado preguntándomelo -se lamentó Luis.

- Y yo qué sé. Fue cosa del Lopo, y los tres dijimos que sí. Pero claro, Figura, si yo no hubiera pasado tres quilos del trabajo y te hubiéramos hecho un poco más de caso no tendríamos que haber llegado a esos extremos. En fin, las cosas están así y, como dice mi padre: "si tiene solución, para qué vas a preocuparte. Y si no tiene solución, para qué vas a preocuparte". Escucha esto, y verás cómo se te quitan todas las peji gueras. Lo he descubierto hace poco tiempo. Son la leche -Ani sacó de su pequeña mochila el walkman, le acercó uno de los auriculares de los cascos a Luis, ella juntó su cabeza y se arrimó el otro, y apretó el botón de inicio.

- ¡Madre mía! ¡Cómo suenan! ¿Quiénes son? -dijo él al cabo de un minuto, abriendo mucho los ojos.

- Se llaman U2. Y esto es *I still haven't found what I'm looking for*. A esta gente les pasa como a nosotros: no saben de qué va la cosa, pero siguen corriendo. Escucha, escucha qué punteo.

- La semana que viene te doy una cinta y me haces una copia. Si todas las canciones son como esta, está flipante. Te ha dado por la música en inglés, ¿eh?

- Hombre, el mérito es de mi hermano. Él me abrió el camino. Pero ya sabes que tengo todas las cintas de los Cero. Y El Último de la Fila me gusta también.

- Ah, sí. Es verdad, me olvidaba del coñazo que has dado con los Cero este verano -bromeó Luis, y se ganó un coscorrón.

- Bueno, venga, en marcha -dijo Ani cuando terminó la canción-. Que hay que machacar a unos cuantos putos robots o androides o copias chungas de la misma persona o lo que quiera que sean esas cosas del futuro. Joder, tío, nunca en mi vida creí que podría estar diciendo algo así en serio -se echó a reír, apagó el aparato, recogió los auriculares y se puso en pie.

- Pues imagínate yo -añadió Luis-. Tengo en mi cuarto un póster de *Comando G*, y siempre he soñado que, no sé, animaba a un grupo de rebeldes con una frase de estas chulas, tipo: “tenemos que atravesar el agujero en el tiempo y derrotar a los robots enemigos que han invadido nuestro mundo”. Pero claro, ¡quién se iba a imaginar que

unos robots enemigos iban a invadir Málaga! En fin, que preferiría estar leyendo, sentado en mi cama, y que esto fuera solo una historia.

- No hay moros en la costa -cortó la reflexión ella, que ya había arrancado la moto-. Agárrate, Figura. ¡A la fábrica!

La puerta de aluminio se abrió con disimulo. Miguel asomó la cabeza muy poco a poco, miró a izquierda y derecha y respiró aliviado. Volvió adentro y cogió el teléfono, que había dejado en el suelo.

- No. Nadie en la calle. Seguro, Ani. Que no, tranquila. Sí, salgo pitando para allá y voy preparando las cosas con Manos Largas. Vale, esperamos a los demás. Ten cuidado, tú. Venga, hasta luego.

Colgó, se crujió los dedos y respiró hondo.

- Mamá, tengo que salir.

- ¿Tan temprano, niño? ¡Pero si hoy es domingo!

- Es que he quedado con Luis y Ani.

- Bueno, no vengas tarde, que hoy voy a hacer guisado de arroz, ¿eh?

- Vale, mamá. Si no pasa nada, estaré aquí para las dos como mucho. Aunque... si no he llegado, no me esperéis.

“Si no pasa nada. Esto es una locura. Bueno, no le des más vueltas. Bici, y arreando”.

Revisó el macuto. Asintió. Sacó la bicicleta del patio, pasó por el salón y el pasillo de entrada, abrió la puerta interior de madera y luego la de aluminio. Cerró, se montó y pedaleó hacia su izquierda.

Cuando llegó al final de la calle miró abajo, y vio un coche que arrancaba. Era uno de aquellos tres, estaba seguro. Se escondió tras la esquina. Aguzó el oído. Dos personas corrían hacia el coche. Debían ser agentes... Entonces escuchó el ruido de la moto. Habían visto a Ani. Asomó la cabeza. Al final de la cuesta, en lo hondo del barrio, vio pasar como un rayo un Vespino rojo con dos tripulantes. No pudo fijarse en quiénes eran, pero se lo imaginó: ella y el Figura. No podía hacer nada: el coche había arrancado y los perseguía.

Miró un momento al cielo cruzando las manos. Luego partió en dirección opuesta, salió del barrio procurando no mirar atrás, y se metió en el carril que llevaba hasta la zona industrial. Pasó como un rayo por la calle principal, siguió hasta el final y cogió el camino que desembocaba en la entrada de la vieja fábrica de ladrillos. No había encontrado un alma en todo el trayecto. Respiró aliviado. Se secó el sudor, miró por entre los barrotes del portón de entrada y gritó:

- ¡Eh, Manos Largas! ¡Ya estoy aquí! ¡No me vayas a arrancar la cabeza con esas uñaracas ni nada por el estilo! ¿Vale?

Nadie contestó. Se bajó de la bici, empujó el portón y se metió.

- ¡Vengo para ayudarte a preparar las cosas! ¿Dónde estás?

Desde la oscuridad que quedaba tras la puerta de acero de acceso al edificio principal le llegó un ronquido. Era la Sombra, que intentaba hablar. Siempre le costaba empezar. Era un sonido extraño, como el de un coche que arrancara muy poco a poco, tras varios intentos, porque había estado mucho tiempo parado. Miguel llegó hasta el vestíbulo.

- Buenos días -le dijo.

- Bue... nos días -respondió Manos Largas, al fin. Estaba sentado cerca, dentro del recinto.

- ¿Has dormido bien?

- Bien. Gra... cias.

-Bueno, supongo que los demás estarán aquí en un ratito. Los agentes están interrogando a los vecinos. Por eso hemos tenido que salir corriendo antes de tiempo. En fin, yo voy a ir preparando lo que dijimos ayer, y cuando veamos que estamos listos tú haces tu parte. ¿Seguro que hay que matarlos?

- No matar... Ellos no son vivos... -respondió Manos Largas-. Desconectar. Reventar. Apagar.

- Reventar. Ese es el espíritu, colega -le dijo el adolescente, chasqueando los dedos-. En fin, si hay que hacerlo, se hace. Bueno, tío: vamos allá.

- ¿Dónde Ani... y Luis? -preguntó Manos Largas, mirando hacia fuera de la verja.

- Despistando a uno de esos coches. Pero no te preocupes: conocen el barrio mucho mejor que esos albinos asquerosos. No hay problema. Lo que tarden en escabullirse y venir.

- Vale... Vamos.

Así pues, el chaval y la Sombra comenzaron a prepararse para defender la fábrica del próximo ataque de los agentes y su jefa Nyma. Miguel sacó una caja grande de canicas, otra de petardos, tres rollos de cuerda y el alfilerero de su madre, repleto de agujas y alfileres.

- Es todo lo que he conseguido en mi casa. Supongo que los otros traerán más cosas.

- Bien. Esto en cuerdas... -dijo Manos Largas, señalando las agujas- y cristales redondos... aquí.

Juan se levantó con los ojos llenos de legañas y se apartó el pelo de la cara. Había estado toda la noche navegando de pesadilla en pesadilla con un monstruo que decía que era bueno y unos agentes falsos de pelo blanco

y colmillos largos que se lo querían comer. Abrió la puerta del cuarto. El puño de Ani le dio en pleno pecho.

- ¿Pero qué haces, niña? -le preguntó, sorprendido.

- Vaya. Perdona, iba a pegar -contestó Ani, esbozando una risita. Luego se puso muy seria-. Me parece que vamos a tener que adelantar las cuestión. Los agentes están por las calles. Preguntando cosas. No sé qué, porque ni me he acercado, pero seguro que nos buscan.

- ¿Están aquí? Como se les ocurra entrar en esta casa, se van a enterar de quién soy yo.

- Bueno, no levantes la voz, que tampoco es plan de que se entere todo el mundo -susurró ella-. Yo me piro con la moto. Voy a llamar al Lopo y al Figura, a ver cómo nos las ingeniamos. Tú espera un momento. Si pegan en la puerta los agentes, te inventas cualquier cosa. No, mejor que ni contestes, porque seguro que te tienen en la lista. Avisa a los que nos iban a ayudar, y tirad para la fábrica lo antes posible. No se te olvide llevarte lo que dijimos ayer, ¿vale?

- Tú vete tranquila, niña, y ten cuidado. ¡Recuerda que la moto es mía!

- Ya, sí, claro. Bueno, nos vemos por allí. ¡Adiós! Y gracias.

Ani habló por teléfono, y después se metió en el garaje. Al poco tiempo se escuchó un acelerón. Juan movió la cabeza con desaprobación, camino de la cocina. Echó en la mochila una botella de aceite, el paquete de

cigarros que tenía en el cajón de la mesilla de noche debajo de los libros, un rollo de alambre, una caja llena de clavos oxidados que su padre tenía olvidados en el mueble de las herramientas, un martillo, un cincel, dos botes de silicona, varios tenedores y otros cuantos cuchillos.

- Madre mía. Esto va a parecer un capítulo de *El equipo A*. Esperemos que los planes salgan bien, por el bien de todos...

Telefonó a los dos amigos que se habían animado la noche anterior a acompañarlo hasta la fábrica de ladrillos y ayudar “a repartir guantazos y puñetazos hasta que nos sangren los nudillos”. Quedaron en la puerta de la casa de Francisco, un fanfarrón al que le gustaba presumir de musculatura y hombría delante de los compañeros y, sobre todo, las compañeras de clase.

Juan se echó la mochila al hombro, cogió la bici de su hermana y salió a la calle. Sus padres todavía dormían: era el único día en el que podían estar juntos hasta tarde.

Al cruzar la esquina y meterse en la calle donde vivía Francisco se dio casi de bruces con María, la abuela del Gurri, que estaba hablando con un par de vendedores de sombrero y traje gris.

- Les he dicho que no, y es que no. Que me importa un pimiento lo mal que esté el mundo. Bastante mal estamos por aquí, ¿saben? Además, ¿a ustedes qué les importa lo que les pasa a los chavales del barrio? Que no me

calienten más la cabeza, ¿ein? ¡Y no me pisen la acera, que acabo de barrer!

- Buenos días, María. ¿Cómo va la cosa? -saludó Juan.

- Pues nada, hijo, lo que hay que aguantar un domingo tan temprano. Estos testigos de yo no sé quién, que ni se quitan las gafas siquiera para hablar con una. Valiente poca educación.

- Bueno, ánimo. Yo tengo prisa.

- Pero hijo, ¿dónde vas con tanta bulla? ¡Que no se va a acabar el mundo hoy!

- Dios la escuche, María. ¡Hasta luego!

- ¡Buenos días nos dé Dios! Pero el de verdad, no el tontainas del que habla esta gente. ¡Venga, hopo! ¿Están ustedes sordos, o qué?

Juan pasó por delante de los dos personajes sin levantar la cabeza. Cuando María soltó lo de las gafas, lo supo: eran ellos. Siguió su camino a pedaleo acelerado y se detuvo en el portal de Francisco. Allí estaban esperando Nicolás y su novia, una rubia llena de pecas con el pelo recogido en una cola de caballo, que mascaba chicle con nerviosismo.

- Pero Nico, ¿te has traído a Lucía? -observó Juan- Que no vamos a echar un día de campo y amor...

- Eso díselo a ella, Juanillo -le respondió Nico-. Que dice que se viene y se viene; que si tu hermana está en peligro, allí va ella.

- Y ya está -dijo Lucía, antes de hacer una pompa de chicle y explotarla-. La pobre de la Ani teniendo que huir de unos rusos chungos mafiosos, ¿no? Pues aquí estoy yo, que donde pongo el ojo, pongo la flecha.

- ¿Unos rusos? ¿Pero qué le has dicho? -preguntó Juan a Nico.

- Yo qué sé, tío. Lo primero que se me ha ocurrido. Tú tampoco es que hayas concretado mucho, ¿sabes?

- Bueno, vamos adentro, que no me fío yo un pelo de esos dos que van de puerta en puerta vendiendo salvación calle adelante -dijo Juan, señalando a los dos predicadores que venían todavía lejos-. ¿Está este tío dentro, o no?

- No sé, yo acabo de llegar -dijo Nico-. Venga, pega.

Juan dio un par de toques en la puerta. Se escuchó un cerrojo, se abrieron dos palmos de la hoja de madera y salió una cabeza afeitada de grandes orejas.

- ¡Vaya, si hemos traído mujeres también! ¿Cómo va la cosa, compadres? ¿Y qué coño haces tú con esa bicicleta rosita, Juanillo?

- Buenos días, tonto del culo -lo saludó Lucía.

- Venga, Cabeza, abre la puerta y vamos para dentro, que tenemos muchas cosas que hacer -le dijo Juan.

Pasaron al cuarto de Francisco, que parecía una auténtica pocilga: ropa encima de la cama deshecha, calzado esparcido por el piso sin ningún orden, libros aquí y allá, la mesa a rebosar de folios, cintas, disquetes y carcacas variadas entre dos montones enormes de cáscaras de pipas...

- Eres un guarro, tío -le dijo Nico.

- Si no te gusta, vete. Es que no me ha dado tiempo de arreglarlo -le respondió Francisco, encogiendo los hombros.

- Llevas años sin tener tiempo, es verdad. Demasiado trabajo -le replicó irónicamente Lucía.

- Bueno, vamos a lo que vamos. ¿Qué nos hace falta? Yo estoy dispuesto a reventarle el hocico a quien sea -se envalentonó Francisco, enseñando bíceps.

- Vamos a ver: aunque quisiera explicaros a fondo lo que pasa, lo mejor es que lo veáis vosotros mismos, porque no me vais a creer -dijo Juan-. Olvidaos de todo lo que sabéis y... Yo qué sé, preparaos para cosas que no habéis visto nunca en vuestra puñetera vida. Yo ayer me quedé con la sangre cuajada, después de pegarme un susto... Todavía se me ponen los vellos como escarpías. Quién me mandaría a mí perseguir a mi hermana para que me devolviera la cámara. Fue una cosa... como si de repente me hubiera metido en mitad de *La guerra de las galaxias*.

- Ya será menos, hombre. En fin, a ver quién se atreve con estos puños -volvió a envalentonarse Francisco.

- De verdad, Cabeza -le advirtió Juan-, cuando veas aquello se te van a encoger los huevos hasta que no te los sientas. Pero bueno, allá tú. Lo dicho: recogemos lo que nos hace falta, y tiramos para la fábrica de ladrillos. ¿Cómo habéis llegado vosotros? -preguntó a Nico y Lucía.

- Ni que viniéramos de la Estación de Cártama, tío. Andando, ¿cómo vamos a haber venido? Vivimos ahí al lado -le contestó Nico.

- Esto... Pues tenéis que llegar hasta allí. Si queréis ir a patita, vosotros mismos. Yo me voy pedaleando -dijo Juan.

- Mi casa pilla de camino, Juanillo. Recojo mi bici y nos montamos los dos -informó Lucía.

- Vaya par de mariconas, yendo en bicis de tías. ¿Qué pasa, que tu hermana te ha robado la moto? Por llamarla "moto", porque esa mierdecilla de Vespino ni es moto ni nada -preguntó Francisco.

- Se la llevó esta mañana. Tuvo que salir pitando porque casi la pillan los... -quiso explicar Juan.

- Te lo digo como lo siento, chaval -lo interrumpió Francisco-: tu hermana es muy guapa, pero desde que le ha dado por volverse machorra está muy rara. Rara que te cagas. Aunque no me extraña, saliendo y entrando con esos monstruitos de su clase...

- Mira, Cabeza, el mote no te lo pusieron por el cerebro, ¿verdad? -le preguntó con retranca Lucía- Claro

que no, entonces te llamarían “Mosquito”. Haz el favor de dejar de meterte con Ani. Vamos a ayudarla, a ella y a los monstruitos.

- Nunca mejor dicho -añadió Juan, dándole un tortazo en un hombro-. Te lo voy a repetir otra vez, amigo: cuando veas de lo que son capaces ellos y su nuevo colega se te van a quitar las ganas de hacer bromitas. Así que vamos a dejarnos de tonterías y a coger las cuatro cosas que nos faltan. A ver, ¿qué tienes por aquí?

Cargaron un par de macutos con martillos, clavos, cuerdas, una escopeta de perdigones y una caja de balines, una botella de gasolina, un par de mecheros, trapos viejos, un guarrito, varios destornilladores, tornillos y tacos del 6.

- ¿Y con esto se supone que vamos a defendernos de qué? -preguntó Nico.

- Yo he quedado en que iba a animaros a ir: las dudas las consultáis con los niños -dijo Juan-. Lo primero es llegar al lugar, así que vamos. Yo me largo ya, que vaya que estén esperándonos, o que los malos aparezcan antes que nosotros.

- Yo cojo mi moto. Te lo repito: mi moto. Por si hay que salir cagando leches -dijo Francisco.

- ¡Vaya, el valiente de los músculos parece que se está convirtiendo en gallina, cooc, corocó! -exclamó Lucía,

moviendo los brazos y sonriendo- Nosotros vamos tirando también. Nos vemos allí.

Juan llegó hasta el portón de la fábrica y miró atrás. Desde el fondo del camino venía Francisco dando acelerones y haciendo caballitos. Había salido más tarde por un apretón de última hora. Poco después aparecieron Lucía y Nico montados en una bici con cestito.

- Bueno, aquí estamos. ¿Y ahora, qué? -preguntó Nico.

- Ahora -explicó Ani, apareciendo de la nada en medio del grupo- procurad no pisar las trampas que ya están puestas, y a preparar lo que falta.

- ¡Joder! ¿Habéis visto? ¿De dónde has salido, niña? -gritó Francisco, señalándola con el índice.

- Es una de las muchas cosas que tenemos que explicaros mientras trabajamos -respondió Ani-. Os va a sonar a trola, pero lo que está pasando es muy fuerte. Es mejor que sepáis lo más posible antes de que lleguen los malos, aunque me parece que vamos cortitos de tiempo.

- ¿Pero tú lo has visto? ¿Qué es esto, una especie de truco de magia? -siguió gritando Francisco, dirigiéndose a Nico.

- Eh... No lo sé, tío. ¿Qué le pasa a tu hermana? -dijo Nico a Juan.

Ani desapareció y se volvió a hacer presente dentro del patio de la fábrica.

- ¡Joder! ¡Otra vez! ¡Esto es cosa de brujas o algo así!
-gritó nuevamente Francisco.

- Cabeza, haz el favor de callarte -dijo Ani, muy seria-. Ahí voy, así que escuchad con atención: el Figura, el Lopo y yo entramos el viernes en el cortijo abandonado de las cañas de azúcar. Allí nos encontró un monstruo que al final se ha hecho amigo nuestro, y nos ha dado esta especie de poder raro de aparecer y desaparecer. Él está huyendo de unos agentes con sombrero, pelo blanco y traje gris que lo quieren capturar: lo mismo los habéis visto esta mañana por el barrio. Son unos cabrones, están dispuestos a hacer cualquier cosa para cogerlo y, según parece, quitarnos del mapa también a nosotros. Así que hay que procurar matarlos antes de que nos maten.

- ¿Pero qué cojones...? ¿Estás en serio? ¿Juanillo, está hablando en serio la colgada de tu hermana? -preguntó Francisco.

- Muy en serio -le contestó Juan-. Así que si quieres salir cogiendo leches como un cobarde, como dijiste antes, ahora es el momento. Y si no, cállate de una vez y deja que te expliquemos lo que falta.

- Por cierto, necesito que alguien me eche una mano -gritó Miguel, que acababa de surgir de la nada, en la entrada principal de la fábrica, cargando un enorme altavoz.

- ¡Eh! ¡Mis baffles! ¿Qué haces con mis baffles?
-Preguntó Nico.

- Perdona, pero no había tiempo para explicaciones. Como se supone que ibas a venir, he creído que no te importaría que los utilizáramos para la batalla -le respondió Miguel-. Por cierto, ¿me ayudas a llevarlos hasta aquella esquina?

- ¿Te has traído también el tocadiscos? -le preguntó Lucía.

- Ya está arriba. Bueno, si dais permiso, claro -dijo Ani.

- Qué remedio. En fin, ¿dónde está el monstruo amigo vuestro que os ha enseñado a hacer eso? Porque yo estoy alucinando en colores -preguntó, encogiendo los hombros, Nico.

Manos Largas salió a la luz y saludó. Lucía se tragó el chicle, y Nico lanzó un silbido de admiración. Francisco por su parte arrancó la moto y huyó despavorido. Mientras trabajaban en la defensa del edificio en ruinas, los tres adolescentes narraron en pocas palabras de dónde venía la Sombra y por qué tenían que eliminar a sus enemigos.

Luis fue el que dijo que Manos Largas iba a atraer a once robots muy malos con su jefa, que parecía *La bruja Avería*, hacia la fábrica convertida en trampa, a lo que Lucía respondió proponiendo echar agua al monstruo a ver si se multiplicaba como *Los gremlins*; Nico, por su

parte, siguiendo con la broma, preguntó si Manos Largas había evolucionado desde un gato como el de *El Enano Rojo*, chiste que Ani, que nunca había visto la serie, no entendió.

Después de más de una hora de trabajo, todo quedó preparado. Hicieron una última revisión para asegurarse de que cada cosa estuviera en su lugar y funcionara correctamente. Cada uno buscó un escondite seguro lejos de los invasores y cerca del lugar donde estaba la trampa que debía accionar. Cuando Manos Largas apareciera en medio del patio, después de haber encontrado y conducido a los agentes hasta allí, atacarían uno por uno, en estricto orden. Según la Sombra, las trampas que habían preparado eran las correctas, aunque los jóvenes se quejaron de que aquello no tenía pinta de ser demasiado mortífero para unos androides llegados de un futuro lejano.

Era casi mediodía, y ya Manos Largas estaba a punto de irse, cuando se escuchó un motor que aceleraba al fondo del camino que llevaba desde el polígono industrial hasta la puerta. Luis se asomó por encima del promontorio que habían formado en la parte interna del muro exterior y vio venir la moto de Francisco a todo gas.

- ¡Vienen! ¡Los he visto! ¡Me han visto! ¡Vienen detrás!
¡Vie...!

Fue lo último que pudo decir antes de que un rayo impactara en su vehículo, y moto y piloto volaran por los

aires; Francisco dio tres vueltas de campana y fue a aterrizar contra el portón de entrada, que habían cerrado y asegurado. Ani y Manos Largas aparecieron junto al joven, desvanecido y ensangrentado, lo cogieron y volvieron a desaparecer. Lo llevaron hasta la habitación en la que había dormido la Sombra y lo dejaron con delicadeza sobre una manta. Tenía un brazo partido, múltiples heridas en la cara, y sangraba por una pierna.

- ¿Está muerto? -preguntó Ani, preocupada.

- Mal. No muerto -contestó Manos Largas, tocándolo con los dedos.

- Vale. Qué pena, tanto cuerpo y tan poca cabeza... A ver si Nico le echa un vistazo: es el que más entiende de estas cosas. Le pego un toque. Nosotros a por esos hijos de puta, Manos Largas -dijo Ani-. Ya saben dónde estamos. Que entren.

- Vamos -respondió Manos Largas, sacando las garras.

Los tres coches se acercaron rápidamente. Cuando estaban a punto de entrar quitaron el camuflaje y derribaron el portón exterior de un certero disparo.

- Seguro que en vuestro limpito mundo de mierda no hay aceite ni porquería en el suelo, ¿verdad? -preguntó Luis, que se había metido dentro del edificio y se asomaba tras el cristal de una de las ventanas del primer piso, con el extremo de una cuerda en una mano.

El primer automóvil entró en el patio de la fábrica a toda velocidad. De repente, el sistema de navegación se volvió loco al pasar sobre un círculo lleno de aceite y cientos de canicas, justo tras el portón caído. Las pequeñas esferas de cristal reventaron con la presión del mecanismo de levitación y se convirtieron en astillas que, envueltas en el aceite e impulsadas por los campos magnéticos inferiores, se introdujeron por los conductos de refrigeración del motor. Luis tiró de la cuerda, y decenas de clavos oxidados cayeron justo desde encima del vehículo, acabando también dentro del mecanismo ya descontrolado. El automóvil empezó a dar vueltas sobre sí mismo, yendo a estrellarse de costado contra uno de los muros de la construcción. Manos Largas apareció justo al lado, introdujo las dos garras por el cristal que se había roto y arrancó la cabeza al conductor.

- Once -dijo, entornando los ojos y sosteniendo su trofeo, de cuyo cuello colgaban cables, restos de piel falsa y líquidos que escapaban de sus conductos.

Mientras tanto Lucía, que estaba en una de las habitaciones del primer piso, junto al equipo de música, había conectado el plato de disco. Los dos altavoces, escondidos en dos esquinas del patio tras montañas de escombros, atronaron a todo volumen con un susurro que exigía "*I want my MTV*"⁷ acompañado de la guitarra de Mark Knopfler y una batería aporreando insaciablemente cada recoveco. Los tres agentes que quedaban en el primer bólide salieron tapándose los oídos. Dos cayeron

7 Dire Straits (Ft. Sting), *Money for nothing*, Vertigo 1985.

bajo las garras de Manos Largas, y el tercero, que cargaba un arma, recibió un navajazo de Ani, que se había hecho presente justo delante y remató la faena hundiéndolo en el arma una y otra vez en el pecho del androide, hasta que la Sombra la cogió por el hombro y se la llevó más allá.

- ¡Leña al mono, niños! -gritó Juan, desde el tejado, mientras dejaba caer sobre el segundo vehículo una telaraña hecha a base de cuerda, alambre, alfileres y petardos, y conectaba luego el otro extremo al único enchufe disponible en la terraza. Un chisporroteo eléctrico cubrió el coche. La extraña red alcanzó el suelo, que prendió con la gasolina que habían esparcido anteriormente, y sobre la que había ido a detenerse: en pocos instantes se convirtió en una bola de fuego mientras los petardos explotaban en todas direcciones. Los cuatro agentes salieron despavoridos con la piel y los vestidos en llamas.

- ¡Perfecto! -gritó Nico, que venía, escopeta en mano, subiendo las escaleras de hierro que daban al primer piso desde el fondo del edificio, después de haber hecho una cura de urgencia a Francisco-. ¡Me toca!

Fue hasta una de las ventanas de la habitación que daba al patio de entrada, hincó la rodilla en tierra y apuntó a uno de los agentes que ardía consumiéndose. Entonces vio, a través del punto de mira, un tremendo fogonazo que surgió de la nada. La música dejó de sonar de repente. Dirigió la vista hacia el tercer automóvil, que había frenado justo antes de llegar al muro exterior, y vio

a la agente Nyma con un cañón al hombro, sonriendo. Escuchó su oscura voz:

- ¡Salid ahora mismo con las manos en alto! ¡Vuestro amigo el monstruo ha caído!

- ¡Salid, gente! ¡Le han dado! ¡Está atrapado! -gritó Ani.

Nico dejó la escopeta apoyada contra la pared y se asomó al cristal. Vio una red de luz verde; en su interior, retorciéndose de dolor, se debatía Manos Largas. Ani estaba en mitad de la explanada, con las manos alzadas. Luis había intentado volar para ayudar a la Sombra antes del disparo, pero llegó tarde y cayó al suelo en mitad de su viaje. Juan venía bajando desde el tejado.

- Vamos. Se acabó -le dijo.

Por el rabillo del ojo, Nico vio, mientras se dirigía a la escalera para descender hasta la explanada, a Lucía dar un salto y desaparecer detrás de un muro.

Cuando llegaron abajo se colocaron todos en fila, con los brazos levantados. Miguel apareció desde detrás del círculo de fuego.

- ¿Estáis todos, niños? -preguntó Nyma.

- Sí, zorra -dijo Nico, escupiendo en el suelo y llevándose un puñetazo por parte de uno de los tres agentes que todavía quedaban en pie.

- Vaya. Os he subestimado claramente. No me imaginaba que tendríais esta capacidad de combate. No os preocupéis: no volverá a pasar. Pero vayamos por partes.

Agente Spiner-24, prepara el arma para matar y dispara -dijo Nyma, dándole el cañón-. Íbamos a capturar a la Sombra, pero se ha vuelto demasiado peligrosa. Así que acabaremos con ella, y luego ya veremos lo que hacemos con vosotros. Seguramente también os eliminaremos. Es mejor no dejar huellas en el pasado, nunca se sabe qué podrán hacer unos estúpidos así. ¡Apunta, Spiner-24!

- Apuntando -dijo el agente.

- ¡No! ¡No puedes! ¡Déjalo en paz! -gritó Ani.

- Fuego -ordenó Nyma.

El agente pulsó en la pantalla del mortífero cañón. Sin embargo, ningún resplandor se abatió sobre Manos Largas. Se escuchó un chasquido, y arma y agente estallaron y volaron por los aires.

5. *El túnel*

Nico dejó su arma apoyada en la pared, con la caja de plomos cerca. Lucía había levantado la aguja del disco, y escuchaba con atención. Pensó rápido: si se quedaba allí, la encontrarían. Debía esconderse, pero ¿dónde? Volvió la cabeza y vio una cuba de plomo que había en la siguiente estancia, detrás de un muro de poco menos de un metro de alto. Corrió hacia ella, saltó por encima de la pared y se tiró dentro. Esperó a que dejaran de oírse las pisadas de Nico y Juan, que bajaban la escalera. La espantosa voz de la agente Nyma llegaba desde el patio.

Salió de su escondrijo con sigilo y, arrastrándose, llegó junto a la ventana. Miró hacia abajo con calma y vio a Manos Largas atrapado en una especie de tela de luces verdes. Luego escuchó cómo aquella mujer daba señas a uno de sus androides para que acabara con él. Sin pensarlo dos veces Lucía cogió la escopeta, que Nico había dejado cargada, apuntó a la boca del cañón que apuntaba a la Sombra y, un instante antes de que este disparara, lo hizo ella. Arma y agente volaron en pedazos.

- ¿Qué ha sido eso? ¡Hay alguien más! -aulló Nyma, mirando hacia el edificio- ¿Por qué no lo habéis encontrado con los rastreadores? ¡Inútiles! ¡Buscad!

- Había desaparecido, agente Nyma. Ahí está. Justo detrás de esa ventana. ¡Cuidado! -dijo uno de los androides, mirando fijamente hacia un punto concreto.

- ¡Eliminadlo!

- ¡Trágate esto! -chilló Lucía, que había vuelto a meter un plomo en la escopeta y apuntaba a la agente. Disparó de nuevo. El balín atravesó la boca de la mujer, rompiéndole varios dientes, y se incrustó en la mandíbula, partiéndosela. Nyma cayó al suelo apretándose la cara, con un gemido ahogado.

Todo sucedió muy rápido. Manos Largas había quedado libre a causa de la explosión del cañón, y desapareció llevándose con él a Ani, Miguel y Luis. Juan agarró una barra de hierro que había en el suelo y pegó con ella al agente que tenía más cerca, con todas sus fuerzas; este saltó hacia atrás, con la piel de un brazo abierta, y sacó su arma. La Sombra apareció a la espalda del otro agente y le hundió las garras, atravesándole el cuerpo y arrancándole el corazón artificial; entre espasmos, agarrándose el pecho con las manos, este dio una voltereta y quedó inerte, de espaldas. El del brazo abierto disparó su arma contra Nico, y le acertó en un hombro. Sobre él se abalanzaron Ani y Luis, que aparecieron de improviso, y lo tiraron al suelo. Juan lo

atravesó con la barra de hierro, hundiéndola después en la tierra mientras gritaba desaforadamente.

Escucharon entonces el sibilante ruido del motor del automóvil enemigo que aún funcionaba. La agente Nyma, aprovechando la confusión, se había levantado, dejando un reguero de sangre, y huía, sosteniéndose la quijada con una mano.

- ¡Manos Largas! ¡Atrápala! -gritó Miguel.

Pero la Sombra apenas se tenía en pie. La red le había hecho cortes en la ropa y dejado marcas en la espalda y las extremidades. Cerrando los ojos, intentó desaparecer y alcanzar el coche, pero no pudo. Se agarró a Ani.

- Lo... siento -dijo, antes de desmayarse. Ani y Miguel lo sentaron contra el muro. Ella le acarició la frente.

- Pobrecillo. Con lo buena gente que parece, y qué rápido se viene abajo...

Llegó entonces franqueando la entrada del edificio principal de la fábrica, escopeta en mano, silbando, Lucía. Todos se volvieron.

- ¿Qué pasa? Ya os lo dije: donde pongo el ojo, pongo la flecha. Soy el Robin Hood de este tiempo, je je... ¡Vaya, uno que todavía se mueve!

Lucía cogió otro plomo del bolsillo, abrió el arma, la cargó y apuntó a la cabeza del único agente que aún funcionaba, uno de los que habían ardido envueltos en gasolina, que intentaba ponerse en pie moviendo el

amasijo de tela, cables, piel quemada y circuitos en que se habían convertido sus piernas.

- ¡Espera! -dijo Luis- Hay que sacarle información. Se nos ha escapado la jefa, así que tenemos que preguntarle qué es lo que querían hacer después de... eliminar a la Sombra, o a nosotros, o al barrio, o lo que sea. Suponte que quieren venir a reventarlo todo...

- Joder, tío, me duele mucho el hombro -se quejó Nico, poniéndose en pie con la ayuda de Juan.

- El disparo te ha quemado por aquí -dijo este, mirando la herida-. Se te ve el hueso. Pero no sangras ni nada. Qué raro.

- ¿Raro? ¿Después de todo lo que hemos visto, dices que eso es raro? -exclamó Lucía- Aquí tenemos arrastrándose a una especie de robot futurista que tiene toda la pinta del que sale en la película de *Alien*, no sé si la habéis visto...

- El Figura nos ha hablado de ella, pero yo no la he visto. Mi madre no me deja ver pelis de susto en casa -dijo Miguel-. Anda que, si supiera lo que estoy haciendo...

- Bueno, pues es una cosa así de asquerosa -repuso Lucía.

- Y eso me hace pensar que la humanidad tenemos poca imaginación, la verdad -reflexionó en voz alta Juan-. Fíjate tú que en el futuro copiaremos las películas del

pasado. Qué cosas... Menos mal que a Manos Largas no lo han hecho con el careto del bicho de esa peli.

- Juanillo, se nos va la pinza tela, ¿eh? -comentó Lucía- Hazme el favor de bajar de las nubes.

- Bueno, gente, a ver si nos aclaramos -concluyó Nico-. Vamos a coger al marica este y a sacarle lo que sabe, porque a mí cada vez me duele más el hombro.

- ¡Madre mía! ¿Estará bien el Cabeza? Voy a buscarlo -dijo Ani, dándose una palmada en la frente.

- Voy contigo -se sumó Luis. Los dos salieron corriendo hacia la habitación donde habían dejado al enfermo.

Los cuatro que quedaban en pie rodearon al androide. Lucía le metió el cañón de la escopeta en la boca. El agente dejó de moverse y la miró con expresión vacía.

- Vale, campeón. ¿A que sin esa red que dice esta gente que tenéis en vuestro tiempo, que lo controla todo, sois menos chulos? De todas formas, el futuro del que vienes tiene pinta de ser una porquería, porque unos cuantos niñatos de aquí os hemos meado a la cara, con todas vuestras cosas esas tan modernas y esos rayos tan molones. Pero nos ha quedado una duda: ¿qué es lo que pensabais hacer después de matarnos? ¿Matar a todo el barrio? ¿Conquistar esta tierra dejada de la mano de Dios, que no salimos ni en Canal Sur?

El androide hizo ademán de querer comunicarse.

- Vale, te quito el cañón. Habla.

- No tenéis ni idea de lo que habéis hecho -dijo, con un altisonante acento metálico-. Vendremos más. Esa Sombra nos pertenece. Solo teníamos que cazarla. Pero os habéis entrometido. Ahora... mori... réis.

El agente agarró el cañón de la escopeta y lo dobló con las dos manos. Luego le cogió el pie a Lucía, y apretó. Esta le golpeó el brazo con la culata. Juan cogió un ladrillo y lo estrelló repetidas veces contra la cabeza. Nico se hizo con los cables que le sobresalían del vientre y tiró con fuerza. Poco a poco fue soltando su presa, hasta que el brillo de los ojos se le apagó.

- ¡Hijoputa! ¡Me ha hecho polvo el tobillo! ¡Me cago en tus muertos! -gritaba Lucía, roja de ira, agarrándose la dolida articulación.

- No tiene muertos -le recordó Juan, sonriendo.

- ¿Qué? ¡Vete a tomar por culo! -le respondió Lucía.

- Vale, solo era un chiste -se disculpó él.

Desde el fondo aparecieron Ani y Luis.

- ¿Cómo está el Cabeza? -preguntó Nico.

- Vivo, que no es poco. Todavía no se ha despertado -informó Luis-. Eso sí: hay que procurar trasladarlo pronto, porque cuando vuelva en sí los dolores pueden ser horriblos.

Luis venía con una bolsa llena de Tortas de Archidona, que había traído desde casa en su macuto. Despertó a

Manos Largas y se la ofreció. La Sombra las devoró todas rápidamente.

- ¿Y cómo nos lo llevamos? -preguntó Miguel- Porque lo más grande que tenemos es el Vespino de Juan. Estaba también la moto suya, pero ha quedado para el desguace.

- Yo creo que lo mejor es que nos aclaremos rápido, volvamos a casa y después llamemos desde allí para que vengan a por él -dijo Nico-. Podemos decir que se ha caído haciendo trompitos. O contar la verdad.

- Lo de los trompitos es mejor idea -se apresuró a decir Miguel-. ¿Y qué hacemos con todo esto? Imaginad que llega una ambulancia y encuentra este desastre, fuego, humo, coches flotantes hechos candela, robots reventados... Esto se pondría que ni la casa de *E.T.* en hora punta.

- Ahí dentro quedan todavía sacos de arena sin abrir -sugirió Luis, chasqueando los dedos-. Se los echamos a todo esto por encima, y después agua y escombros. En media hora lo tenemos todo listo.

- Vale. Y ahora, lo más importante -dijo Juan-: ¿qué hacemos con la que ha huido, y con los que se supone que van a venir?

- ¿Van a venir más? -preguntó, abriendo mucho los ojos, Luis.

- Ya te digo. Eso es lo que nos ha dicho el cabrón del robot antes de apagarse. ¿Cómo ha sido? “Sooooooolo queríamos cazaaaaar a la Soooooombra -dijo Lucía,

imitando la voz metálica del agente-, pero os habéis metiiiiido por medio, así que ahoooooora os vaaaaaaaan a joder viiiiiiiivos...”. O algo así.

- Vaya por Dios. Pues habrá que pensar algo, y rápido. Que el coche ese del futuro no corre, vuela -dijo Ani, rascándose la melena-. La verdad es que estoy muy nerviosa. Y no sé por qué.

- Porque eres muy nerviosa, hermanita -le dijo Juan, dándole un toque en un hombro.

- Volver -se escuchó la voz rasgada de Manos Largas. Se habían olvidado momentáneamente de él. Estaba otra vez en pie.

- Siéntate, amigo, que esa cosa verde te ha dejado listo de papeles -le dijo Nico.

- Debo volver -repitió.

- ¿Qué? ¿No habías huido de allí? -preguntó Juan, sin comprender- Explícate, anda.

- Agente Nyma ha vuelto a túnel. Va a por más... como estos. Si viene otra vez, muerte.

- Oh, gracias por los ánimos, tú -dijo Miguel, cruzando los brazos.

- No conocéis. Yo sí. Ella no es jefa. Hay otras. Hay otros. Guerra es... negocio. Yo soy suyo. Si no vuelvo... vendrán. Si vuelvo, cierro túnel... desde allí. Nadie más viene.

- Ciérralo desde aquí, tío -le sugirió Nico-. Te quedas, y asunto arreglado. Bueno, habría que maquillarte un poco o buscarte una casa en la montaña, porque con ese careto y esas manazas a ver cómo nos vamos de cervezas los viernes. Pero todo se puede arreglar.

- Imposible desde aquí. He pensado. Sé cómo. Llegar hasta máquina, invertir, repetir, agujero cerrado. No es difícil. Tengo otros allí. Sombras. Algunos libres...

- Pues mira, Manos Largas: yo me voy contigo -dijo Ani, dándose una palmada en el pecho.

- Tú no te vas a ningún sitio, niña. Mañana es tu cumpleaños, así que aquí te quedas -replicó Juan, apuntándole con el dedo índice.

- Lo siento, hermanito. Ya lo tengo decidido, así que tienes dos opciones: o quererme como soy, o chivarte a mamá. Te aconsejo lo primero -le respondió ella, muy seria.

- Mierda de cortijo y de trabajo de Ciencias... -se quejó Miguel- En fin, el Lopo se apunta. Al carajo.

- ¡Oye! ¿No pensaréis llevaros toda la gloria vosotros solos, verdad? -dijo Luis- Los tres tenemos la mota gris, así que ahí voy yo también. Fortuna y gloria, chavalotes: ¡fortuna y gloria!

- Vale, doctol Jones -dijo Ani, resoplando-. Yo esa sí la he visto. Además, creo que en tu casa.

- No podéis venir. No es posible. No puedo -dijo Manos Largas, negando con la cabeza.

- Mira, Sombra: tú no conoces bien a Ani. Cuando a esta tía se le mete algo en la azotea, es mejor decirle que sí. Es más: no queda otra. Te lo digo en serio -le aseguró Luis.

- Ya. Ya sé. Pero os pido que no vengáis -suplicó Manos Largas.

- ¿Ya lo sabes? ¿Qué pasa, llevabas tiempo vigilándola, o es que la conoces de antes de venir? -preguntó Lucía, soltando una carcajada.

- Nnno. Lo sé... desde viernes -respondió Manos Largas, bajando los ojos al suelo.

- Manos Largas: ya sabes que voy a ir. Te lo he dejado bastante claro, ¿verdad? Bueno, que vamos a ir -dijo Ani, mirando fijamente a la Sombra-. Podemos ayudar a cerrar el agujero. Ya sabes, le hemos cogido el tranquillo a eso de desaparecer por aquí y aparecer más allá cuando estás cerca. Llegamos, te ayudamos, saltamos otra vez aquí, se cierra el boquete y asunto acabado. No es tan difícil. Y si es tan difícil, no haber saltado tú hasta aquí. Ahora te aguantas.

- Bueno, vamos. Que se deshilacha el día -terminó la conversación Juan, caminando hacia dentro para comprobar si podían utilizar arena o tierra para ocultar los restos de agentes y vehículos.

No encontraron ningún saco lleno que no estuviera solidificado por la humedad y el tiempo, así que

enterraron los restos del porvenir bajo escombros del pasado, dentro de uno de los hornos de ladrillos, asegurándose de que nada quedara al aire.

- En fin. Si lo encuentran algún día supongo que no podrán relacionarnos con ellos -dijo Lucía.

- Vamos, tía -le aseguró Nico-. Estamos en Málaga. ¿Quién va a venir a investigar, Mortadelo y Filemón, Anacleto, Superlópez? Si alguien lo descubre pensará que es un montón de porquería, hará un agujero, lo echará dentro y lo rellenará de asfalto. O de estiércol.

- Pero vamos a ver -preguntó Juan, mientras cerraban la puerta del horno-: ¿y si resulta que esto que hemos dejado aquí hace que en el futuro investiguen y salga como resultado esto mismo que nos ha atacado?

- Eso sería posible en no sé qué ciudad importante de una película futurista enrevesada que te cagas -dijo Luis-. Pero aquí va a ser que no. Estoy de acuerdo con Nico. Estamos en las afueras de Málaga. No creo que le importemos a nadie.

- En fin, era solo por poner todos los peros posibles. Vámonos -Juan se volvió y marchó hacia el portón de hierro destrozado.

- A todo esto, estaba yo pensando... -dijo Miguel.

- Toda una noticia -ironizó Ani.

- ... que no creo que sea muy buena idea -continuó él, obviando el comentario- lo de ir a casa, avisar de lo del Cabeza, que venga aquí una ambulancia... Demasiado lío.

Podemos llevarlo al hospital en un salto. Cuando pensamos todo esto Manos Largas estaba más malo que una perra recién parida, pero ahora que se ha repuesto digo yo que lo podemos ayudar nosotros tres, y nos ahorramos un rato grande. Y se lo ahorramos al Cabeza, que cuanto más tiempo pase peor se va a poner.

- Mira tú que creo que tienes razón -dijo Nico-, porque yo le he hecho una cura de urgencia, pero la cosa no pinta bien con la brecha que tiene en la frente, y en la pierna, y un brazo roto, y no sé qué más. Os voy a decir algo: me parecíais chavales de lo más raro, pero esto de matar bichos llenos de cables está haciendo que me caigáis mejor.

- Entonces vamos a por el Cabeza -concluyó Luis-, lo dejamos en Urgencias del Carlos Haya, volvemos, nos despedimos de la familia y nos largamos por el túnel ese.

- ¿Despedirse de la familia? Demasiado tiempo. Mejor nos vamos directamente -contestó Ani.

- Vete tú directamente -le replicó Luis-. Yo tengo solamente a mi madre y a mi hermana, que todavía casi no sabe hablar. Y si crees que me voy a ir, sin decir adiós, a no sé qué revolución de dentro de no sé cuántos años en la que me pueden freír con cien rayos como esos que hemos visto, estás lista.

- Reconócelo, Ani: no le ha sobrado ni una coma -añadió Lucía-. Y tú también te deberías despedir de los tuyos.

Ani miró a Juan y bajó la cabeza.

- Vale. Qué remedio. Primer punto. ¿Manos Largas?

-Mala idea -dijo Manos Largas, con los ojos entrecerrados-. No comprendo gente aquí. Así debe pasar, pero despedida... Cabeza... Esperan...

- Mmmmmmh... Estás diciendo cosas sin sentido, tío -dijo Miguel-. ¿Vas a ayudar a llevar al enfermo, o no?

- Sí. ¿Lugar sin gente cerca del hospital? -preguntó la Sombra, mirando al suelo.

- ¿Has visto? Ya se te va soltando algo más la lengua -reconoció Juan-. Veamos... Es fácil. Hay varios solares cerca del hospital. Así que podéis dar unas vueltas alrededor con esa velocidad supersónica que tenéis. Elegís un sitio, aterrizáis, y desde allí lleváis al pobre del Cabeza como podáis hasta la puerta de Urgencias. No es tan difícil.

- Hale. Es verdad eso que dicen de que dos cabezas piensan mejor que una -dijo Luis-. Pues venga, ¿a qué estamos esperando?

El grupo de amigos se metió en la fábrica como un solo hombre, llegó hasta la habitación y preparó a Francisco, que se quejaba sin estar consciente, para el viaje, atándolo con cuerdas a un palé de madera.

- Creo que es imposible que se desintegre o algo así -observó Juan, comprobando la seguridad de las ataduras.

- Oye, ¿no habéis visto esa peli en la que un científico se mete en un aparato para viajar de forma instantánea a

otro sitio, y se cuele una mosca con él, y se lía parda?
-preguntó Nico- ¿Qué pasa si el Cabeza se mezcla con el palé, o con uno de vosotros, o yo qué sé?

- Joder, no seas cenizo, Nico -dijo Lucía.

- No funciona así lo de Manos Largas. No vamos de un sitio a otro en plan *Pumuki*, aquí me hago invisible y allí aparezco con un tatachán, sino que viajamos tan rápido que no se nos ve -dijo Luis-: como en *El gran héroe americano*, volando y todo, pero distinto. Aunque yo, si te digo la verdad, tampoco lo comprendo del todo. Una locura.

- Ah, vale. Lo de la velocidad supersónica. Yo qué sé, tío, es la primera vez que veo gente que se esfuma de esta manera -respondió Nico.

- Y esperemos que la última -añadió Juan.

- Pues sí. Esperemos -dijo Miguel-. ¿Listos?

Ani, Luis, Miguel y Manos Largas cogieron el palé a hombros, ayudados por los demás, que luego se retiraron.

- Cómo pesa el cabrón -se quejó Miguel.

- En fin. Una, dos y tres -contó Ani.

Y desaparecieron.

Una brisa circular barrió el solar de tierra, vacío y abandonado. Las hierbas que crecían aquí y allá danzaron tenuemente. Al momento se escucharon unas voces:

- ¡No sueltes todavía! ¡Todavía no!
- ¡No puedo más! ¡El hombro me va a reventar!
- ¡Tres! ¡Abajo!

Aparecieron los cuatro portadores, que dejaron caer a Francisco amarrado al palé.

- ¡Madre mía! ¿Le hemos hecho daño? -preguntó Ani, mirando al joven, que seguía con los ojos cerrados.

- Yo creo que está igual que estaba -contestó Miguel.

- Vale. ¿Y ahora, qué hacemos? Menos mal que no había nadie en el solar. Hubiera sido un espectáculo -dijo Luis.

- ¡Un momento! -exclamó Ani- Si le decimos a un médico que se ha caído con la moto, ¿dónde está la moto? No hay moto, no hay historia. Qué fallo, ¿no?

- Esperad -dijo Manos Largas. Desapareció y, poco tiempo después, se volvió a hacer presente junto a una parte de la motocicleta de Francisco-. ¿Mejor?

- Un máquina -respondió Miguel, sonriendo.

- Y ahora -sugirió Luis-, digo yo que habrá que llevarlo hasta la puerta de Urgencias...

- Sí, claro. Nos hemos visto negros para cargarlo entre los cuatro, y ahora vamos a ir los tres solos hasta allí

-protestó Miguel-. A no ser que quieras que Manos Largas nos acompañe, pero esa idea es peor todavía: “hola, aquí traemos a un enfermo. ¿Quién es, el de gris? Tiene muy mala cara. No, el de gris es un amigo del futuro”.

- Vale. ¿Y qué quieres que hagamos? -dijo Ani, cruzándose de brazos.

- ¿Dónde... dónde estoy? -Francisco acababa de abrir los ojos. Habló con voz de ultratumba.

- Este... Te has pegado un porrazo horroroso con la moto, Cabeza -le dijo Miguel-. Te hemos encontrado cerca, y te hemos traído hasta aquí como hemos podido... Amarrado a un palé. Creo que tienes partidos unos pocos huesos. ¿Qué es lo último que recuerdas?

- No sé... No recuerdo nada... -contestó Francisco.

- Bien entonces -susurró Luis a los otros-. Manos Largas, ponte donde no te vea, por favor.

Manos Largas se fue caminando despacio a la esquina del solar más alejada.

- Esto... -empezó a proponer Miguel- El hospital está aquí cerca.

- ¿Y qué hacéis vosotros tres aquí? ¿Ahora... me junto con vosotros? -preguntó Francisco, sorprendido.

- No, solamente pasábamos por aquí. Ha sido todo... pura chorra -le dijo Ani.

- A lo que iba -siguió Miguel-: lo mejor será que llamemos a tus padres para que vengan y se hagan cargo de ti, si quieres. Que uno llame, y los demás vamos al hospital y pedimos una ambulancia para que se llegue y te recoja. La moto, por cierto, está hecha mistos.

- ¡No! Me harán pruebas. No llaméis a mis padres... -dijo Francisco, levantando la cabeza y gritando después de dolor.

- Pues no lo entiendo, Cabeza. ¿A quién llamamos entonces? -preguntó Miguel, extrañado.

- En el pantalón tengo suelto... Llamad al hospital... Decid mi nombre... que vengan a recogerme. Que mis padres no se enteren.

- No lo entiendo, de verdad. ¿Qué pasa? -dijo Ani, metiendo las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

- A vosotros os da igual. Llamad, y fuera -dijo Francisco entre lamentos.

Entonces Ani levantó la manga del brazo sano del jersey del joven y, echando una ojeada, dijo a los demás:

- Lo sabía. No sé por qué, pero lo sabía. Caballo.

- ¿Qué? -preguntaron sus dos amigos, desconcertados.

- Que se mete heroína. Que está enganchado. Y si llamamos a sus padres, y después resulta que le hacen pruebas, que se las van a hacer, lo mismo su secretito se va a la mierda. Aunque es una tontería, porque de todos modos sus padres se van a enterar.

- Vaya ruina tenemos, joder -se lamentó Miguel-. Está el barrio como para confiar en cualquiera. ¡El Cabeza, enganchado!

- No se os ocurra decir una mierda -dijo Francisco, que seguía bien atado-. Llamad... No aguanto los dolores...

- No te preocupes. Ahí te quedas. Pero cuando todo esto pase, ya hablaremos. ¿Mi hermano también se mete? -le preguntó Ani.

- No. Tu hermano... no sabe nada. No le digas nada... Es un buen colega -contestó Francisco.

- Yo no se lo digo si tú te olvidas de que nos has visto aquí esta noche, y de esta conversación que hemos tenido. ¿Hay trato? -dijo ella, apuntándole con un dedo.

- Mierda de niñata... -masculló Francisco- Vale, hay trato.

- Bueno, ahí te quedas. Te cojo diez duros del bolsillo -dijo Luis, metiéndole la mano y sacando dos monedas.

- ¡No me dejéis aquí atado! -protestó el joven.

- No te preocupes. Manos Largas te desata -le dijo de mala gana Ani-. ¡Manos Largas, ven, corta las cuerdas, por favor!

La Sombra se acercó, sacó las garras y cortó. Francisco lo miró aterrorizado.

- ¿Pero... qué coño... es eso?

- Eso no existe -le susurró Miguel-. Es el mono, que te hace ver cosas raras. Mamón.

Se volvieron y lo dejaron allí. Cogieron el pedazo de moto y lo tiraron a la entrada del solar. Después llamaron a la ambulancia desde una cabina cercana, e informaron de su nombre, del lugar, de que había tenido un accidente, de que parecía estar drogado, y de que estaba solo. Colgaron y volvieron con los demás, que iban saliendo de la fábrica camino del barrio.

- Ahí os hemos dejado mi Vespino y un par de bicis -dijo Juan-. A este paso la gente va a decir que la moto es tuya, Ani. Y eso que llevo prestándotela solamente un par de meses. Estás tú muy suelta...

- Madre mía, qué bochornazo se ha levantado -dijo Nico, secándose el sudor-. A estas horas del día, a estas alturas del año, y debemos estar a más de veinte grados. Esto no es normal.

- Hombre -le respondió Lucía, largándole un tortazo en el culo-, teniendo en cuenta que vamos caminando con tres chavales que aparecen y desaparecen con un monstruo negruzco de ojos amarillos y garras retráctiles, y que acabamos de destrozar a once loquesean que han llegado desde el futuro en coches que flotan, a mí lo del bochorno es lo que menos me preocupa, niño. Aunque sí, hace calor.

- En fin, a ver si no nos entretenemos mucho en las despedidas ni nos ponemos muy tiernos -recordó Luis-, que hay que acabar con esto antes de que termine el día. Mañana tenemos instituto, y pasado hay que entregar un trabajo de Ciencias Naturales, por si se os había olvidado.

- Joder, tío. Eres un cortarrollos -le dijo Miguel-. Además, ¿a quién le importa ahora el trabajo, con lo que hemos vivido? ¿No os dais cuenta de que puede que hayamos salvado a la humanidad?

- Bueno, tampoco te pases, ¿sabes? -le corrigió Juan-. Digamos que hemos hecho algo por el barrio, que ya está bastante jodido de por sí como para que vengan unos cabrones del futuro a terminarlo de joder. Y encima nos tenemos que quedar el secreto para nosotros solos, mira tú qué gracia. Nadie se va a enterar nunca de esto. Qué triste, ¿no?

- Por cierto: el Cabeza se ha despertado antes de que nos vengamos. No se acuerda de nada de lo que ha pasado, así que le hemos largado un rollo de un accidente que ha tenido -dijo Luis, mirando a Ani y haciéndole un gesto de "hasta ahí puedo contar". Ani asintió.

- En fin. Esperemos que no se quede descoyuntado -dijo Nico, tocándose la herida quemada-. Yo voy a ir también a Urgencias, porque estoy que rabio con el hombro, de verdad te lo digo.

- Bueno, ya estamos llegando al barrio. Aquí te quedas, Manos Largas. En un ratito estamos de vuelta: comer algo, decir adiós y ya está. -dijo Ani, frenando y volviendo la cabeza.

- Vale. Espero detrás esa pared. No lleguéis tarde -respondió Manos Largas, bajando de un salto.

- No podemos llegar tarde. Ni temprano, ¿no? -dijo Luis.

- Eso. Espero -se corrigió la Sombra.

En casa de Juan y Ani todo estaba tranquilo. Mercedes acababa de terminar de dejar la cocina arreglada, y se había quedado adormilada en su sillón. Juan, el padre, roncaba frente al televisor. Pablo estaba en su cuarto.

Los dos hermanos entraron sin hacer ruido. Llegaron hasta la cocina y se echaron un par de vasos de agua. La madre despertó de repente.

- ¡Pero bueno, qué horas son estas de venir! -exclamó- Os esperábamos para comer.

- Ya. Se nos ha hecho tarde -acertó a decir Juan-. Nos hemos puesto a hablar y ya sabes...

- ¿Habéis estado juntos por ahí? Eso está bien: que se note que sois hermanos. ¿Y dónde? Porque venís que da asco veros.

- Sí, se nos ocurrió dar una vuelta con el Nico, el Figura, la Lucía... Y nos hemos divertido mucho, la verdad -dijo Juan, sonriendo.

- Pues yo estaba preocupada. Han venido unos testigos de Jehová muy raros preguntando cosas de lo más estrafalario, la verdad. Prácticamente los he tenido que echar.

- Sí, nos hemos encontrado con ellos. Pero ya se iban. Y, por la cara que llevaban, no creo que vuelvan nunca más -saltó Ani, también con una sonrisa.

- Ahí en la olla os he dejado un poco de cazuela de fideos. Y al lado tenéis unos filetitos. Todavía debe estar caliente.

- ¿Y dices que te vas otra vez? Pero bueno, niño, date una ducha, que hay que ver cómo vienes -dijo Susana a Luis mientras este se comía a grandes cucharadas un plato de lentejas.

- Es que todavía no hemos terminado el trabajito ese del que te hablé, el de Ciencias. Es un coñazo -masculló Luis, mientras masticaba.

- ¡Niño, esa boca tan puerca! En fin, llévate algo para cenar. Porque seguro que no vienes a cenar, ¿verdad?

- Vale. No creo que llegue, no.

- Menos mal que vas con Ani, que es una niña responsable. Porque hay por ahí mucho maleante suelto. Está la cosa cada vez peor. Y este calor casi a finales del año...

- Bueno, mamá, ya he terminado. Que cojo algo por ahí y salgo pitando. Si llego pronto, nos vemos luego. Si no, mañana. ¡Me llevo la bici! ¿Está Marina durmiendo la siesta?

-
- Y eso, mamá: que te quiero -dijo Miguel a su madre.
- ¿Y eso ahora? ¿Qué quieres, dinero? -le preguntó Juana, con los brazos en jarras.
- Qué cosas tienes, mamá. Yo qué sé, se me ha ocurrido.
- No, si lo que me sorprende es que me lo digas. Os vais al instituto y os olvidáis de todo, como si una ya no existiera. Estos mocitos...
- Bueno, mamá, que tengo que irme. ¡Nos vemos!
- ¿Vas con Ani y Luis, no?
- Sí, vamos los tres. Ya te lo he dicho: a estudiar.
- Todo el día estudiando. ¡Qué fin de semana lleváis!
¡Descansad un poco, niño!
- Ya nos falta casi nada. Bueno, lo dicho: ¡hasta luego!
- Hasta luego, hijo mío. ¡Y no hagas tonterías!
- No te prometo nada -se despidió Miguel.
-

A las seis y media los tres jovencitos estaban reunidos a la salida del barrio, justo donde habían dejado a Manos Largas. Allí estaba él, y también Lucía. Juan había ido a

acompañar a su hermana, que esta vez iba montada en su bicicleta de paseo.

- Bueno, niña, ten cuidado. Si ves algo chungo, huye -le decía Juan.

- Ya sabes que no voy a salir corriendo. Yo no soy de esas -le respondió Ani.

- Ya lo sé. Pero qué quieres que te diga tu hermano mayor: pues eso. En fin, no me pienso acostar hasta que vuelvas.

- Hacía tiempo que no nos lo pasábamos tan bien juntos, ¿verdad? -le dijo, guiñándole un ojo, Ani- En fin, ya sabes que te quiero, aunque cuando me enfado es porque tengo razón.

- Venga, hay que tirar -dijo Miguel-. ¿Todo listo? Esta vez no llevamos nada para pelear, ¿no? Ya encontraremos algo por allí que nos sirva.

- Para pelear no, pero yo traigo medio pan cateto, morcilla y chicharrones -dijo Luis-. Por si nos da hambre y la comida del futuro sabe a rayos mohosos. Y dos linternas, que sabe Dios si tendrán luz.

- Estás en todo, Figura. Bueno, ¿nos vemos! ¿Cómo está Nico, Lucía?

- Se ha ido para el hospital. Quemado, pero no creo que sea nada grave. ¡Ánimo! ¡Hasta luego!

Los cuatro desaparecieron, como siempre, en el aire, entre remolinos.

Aterrizaron frente a la entrada del túnel. El interior estaba negro como la boca de un lobo.

- Cuando volvamos vamos a echar de menos esto de ir de un lado a otro en un abrir y cerrar de ojos -dijo Ani-. Se está convirtiendo en una costumbre. ¡Y ya ni nos mareamos ni nada: yo he venido hasta dándole a los pedales!

- Este agujero no debería estar así -Luis tiró la bici a un lado y señaló con mucha seriedad hacia dentro-. El túnel es recto. Se supone que al otro lado hay luz. Y todavía no es noche cerrada.

- Malo. Problemas -avisó Manos Largas.

Escondieron las bicicletas entre los matorrales de los márgenes del camino. Entraron y encendieron las linternas. El interior estaba lleno de polvo. Hacia la mitad del túnel una parte de la pared se había caído, y el paso estaba cortado. Bajo los pedazos de roca se veían los restos del automóvil de Nyma.

- Mira qué gracioso el putón verbenero ese: antes de irse nos ha dejado un regalito. Ha reventado el túnel -dijo Ani-. ¿Y ahora, qué?

- Aire aquí. Ayuda -Manos Largas señaló un punto concreto del amasijo de piedras.

- Pero vamos a ver: podemos, no sé, entrar por la otra punta del túnel y alcanzar el agujero ese, ¿no? Digo yo que estará en la parte de allá -sugirió Miguel.

- No. Agujero no está en medio túnel. Túnel más pequeño, detrás piedras -intentó aclarar Manos Largas.

- Vale. Mi madre me trajo por aquí alguna vez, cuando era más pequeño. Creo recordar que del túnel principal salía otro -reflexionó Luis, dejando la mochila a un lado-, no sé, uno de esos túneles de servicio, para escapar por si el principal se bloqueaba. Y el agujero del tiempo... debe estar ahí. Pues vaya una gracia. Ahora hay que liarse a quitar piedras de en medio. Menos mal que me he traído los chicharrones.

Los cuatro se pusieron a sacar las rocas que bloqueaban el acceso a la abertura en el espacio-tiempo. Manos Largas lo hacía con facilidad: movía sus dedos con descomunal fuerza, agarraba grandes pedazos con sus garras y los lanzaba lejos por el túnel. Ani, Luis y Miguel hacían lo que podían, retirando piedras más pequeñas. En menos de una hora habían abierto un agujero de poco más de medio metro de diámetro en lo más alto de la entrada al túnel de servicio.

- Yo paso. Si se puede, os traigo -dijo Manos Largas.

Como si fuera una lagartija metió las manos por el boquete, luego la cabeza, después desapareció entero. Nada se escuchaba al otro lado, así que, a los pocos segundos, Miguel alzó la voz:

- ¿Cómo está la cosa por ahí? ¿Hay sitio?

Nadie contestó, pero Miguel se desvaneció en el aire. Más allá se escuchó su queja:

- ¡Tío, no me pegues esos sustos, avisa!

- Era broma -contestó Manos Largas.

- ¡Ya ha aprendido hasta a hacer bromas, gente! -gritó Miguel, entre risas- ¡Este monstruo es más peligroso de lo que creíamos!

Poco después desaparecieron también Luis y Ani, y pasaron al lado de dentro.

- Fijaos en esto. Parece un espejo. Qué raro... -dijo Miguel, mirando fijamente una superficie negra que reflejaba su imagen, y que ocupaba por completo el ancho del túnel. Sopló, y la extraña pared se onduló levemente- ¿Por ahí tenemos que pasar, Manos Largas?

- Por ahí. Cosquillas. Después ciego. Pero al otro lado normal -explicó la Sombra.

- A mí lo de las cosquillas me parece bien, pero lo de “después ciego” no me termina de convencer -dijo Luis-. Vamos, que estoy acojonado.

- En fin, por aquí ha pasado la agente Nyma -susurró Miguel-, así que hay que cruzar queramos o no, porque si nos quedamos a este lado y ella vuelve no va a venir con un cochecito, sino con tanques o lo que tengan en el futuro que hay justo ahí enfrente.

- Lo mejor es que nos cojamos de las manos, contemos hasta tres y saltemos -propuso Ani-, porque, si no, no nos vamos a decidir nunca.

- ¡Un momento! -dijo Luis, dándose con la palma de la mano en la frente- Me tienes que llevar ahí fuera un segundo, Manos Largas.

- ¿Otra vez? ¿Y eso? -preguntó Miguel.

- ¡La mochila con la comida! ¡Se me ha quedado fuera!

- No se hable más entonces -le apoyó Ani-. Los chicharrones y la morcilla acompañados de pan cateto no son negociables. Adelante, Manos Largas. Todo tuyo.

Desapareció el pelirrojo del grupo, y reapareció al poco, mochila en mano.

- No se pueden malgastar estos manjares así como así -dijo, colocándose el macuto a la espalda.

- Ahora sí, equipo -sentenció, con el rostro muy serio, Ani, agarrando a Manos Largas y a Luis, mientras este hacía lo propio con Miguel-: ¡tres!

Y saltaron al espejo negro que les esperaba enfrente. Como había advertido la Sombra, al principio sintieron un cosquilleo por todo el cuerpo. Luego entraron en una especie de vórtice de coloridas líneas difusas y vieron cómo los demás y ellos mismos se alargaban en espiral, hasta que la vista se les nubló y se vieron empujados a un abismo ciego. Entonces escucharon llegar desde delante un griterío lejano y confuso, “como si alguien le hubiera dado al botón de reproducción lenta en un aparato de vídeo”, recordó días después Luis, hasta que, mientras al fondo aparecía un halo de luz que iba agrandándose, cayeron en la cuenta de que aquellos eran sus propios

aullidos de terror aún sin proferir. Saltaron fuera del agujero acompañados por ellos, como si hubieran recuperado la voz de repente, y cayeron dando vueltas contra una superficie dura y fría. Todo les daba vueltas. Miguel se acurrucó sobre sí mismo sin dejar de gritar. Al poco tiempo, Manos Largas le tocó en un hombro. El chaval abrió los ojos.

De pie ante ellos se encontraban cuatro jóvenes armados y serios, dos hombres y dos mujeres, con atuendos de lo más diverso: pantalones tejanos o de paño, jerseys o camisas oscuras o coloridas, pañuelos al cuello o gorras en la cabeza.

- Buenas tardes -dijo uno de ellos, negro de piel y ancho de espaldas-. Frederick, para servirlos. Lo primero de todo: tenéis que recordar esta fecha. Es imprescindible. Doce de noviembre del dos mil sesenta, a las diecinueve y siete minutos. ¿Está claro?

- ¿Perdón? ¿Quiénes sois? ¿Dónde estamos? -preguntó, todavía tumbado en el suelo, tocándose con las manos la cabeza y el pecho para ver si todo seguía en su sitio, Luis.

- Somos los buenos. Estáis en el futuro. Y os he dicho que tenéis que recordar este día como el más importante de vuestras vidas: el doce de noviembre del dos mil sesenta, a las diecinueve y siete minutos. Seguidnos. Túnel de la izquierda.

6. Regreso a la historia

- Míralo por el lado bueno -decía Luis mientras procuraba seguir a buen paso el ritmo de los cuatro jóvenes que iban delante atravesando una larga galería de un material blanquecino iluminado débilmente-: mejor ellos que la Bruja Avería.

- Oye, pues a mí me hacía gracia la Bruja Avería, con su “¡Viva el Mal, viva el Capital!”⁸ Me gustaba más que el Hada Vídeo -le respondió Miguel-. Yo creo que la agente Nyma es mala como el Hada Vídeo, pero mucho más fea.

- A ver si nos dejamos de parloteo, que esta gente corre que se las pela -dijo Ani-. Nos han dicho que son los buenos, y Manos Largas no ha salido huyendo, ¿no?

- Son buenos -reafirmó la Sombra.

- Pues nada: a ver si la carrera termina pronto, que este monte no era tan grande antes de que saltáramos -protestó Luis, resoplando.

Llegaron a una pared oscura y cristalina que se levantó al paso de los jóvenes. Cruzaron todos y se volvió a cerrar. Estaban al aire libre. Ya había anochecido, y una

8 La Bruja Avería, *La bola de cristal*, TVE 1984-1988.

densa niebla enrarecía el aire e impedía ver más allá de un tiro de piedra. El lugar era una pequeña explanada iluminada con un foco de luz azulada. Un vehículo, muy distinto a aquellos tres en los que habían viajado los agentes Spinner, los esperaba: este tenía cierto aire clásico, con aristas y esquinas, parachoques de brillo metálico, puertas con molduras negras y tiradores cromados, cristales transparentes, un volante redondo y ocho plazas con asientos de cuero.

- ¿Habéis visto? ¡La puerta de salida se ha abierto como en la peli de...! -exclamó Luis, pero se cortó en seco- Pues va a tener razón tu hermano, Ani: la humanidad tiene poca imaginación.

- Sí, mi hermano es un auténtico genio. Si no fuera tan así, nos llevaríamos mejor -le contestó Ani.

Uno de los cuatro jóvenes abrió atrás y los invitó a entrar. No se hicieron de rogar, ya que parecían tener cierta prisa, seguramente justificada, por salir de allí. Arrancaron rápidamente. En los seis asientos traseros iban Luis, Ani y Manos Largas y, justo enfrente, en medio de dos de ellos, Miguel. El primero en romper el silencio fue este último.

- Este también flota, ¿eh? -dijo, sin saber bien qué otra cosa soltar.

- Pues claro. ¿Cómo quieres que se mueva, si no? -dijo el joven de su izquierda.

- Jonathan, en el tiempo del que vienen esto no era lo normal -le replicó la de su derecha.

- Vaya. Es verdad. Sí, flota. A partir de los años treinta se empezaron a dejar de fabricar coches con rue... -dijo el joven.

- ¡Jonathan! ¡Recuerda lo que nos dijo el padre Guzmán! -gritó el copiloto, Frederick- ¡No podemos contar nada!

- ¿El padre Guzmán? -preguntó Ani- ¿Qué sois, gente de una parroquia? Madre mía, sí que han cambiado las cosas -le susurró a Luis.

- No te creas -le contestó, también susurrando, Luis-. ¿Tú no te acuerdas del padre Heras, que fue a cortar la carretera de Cártama con todo el barrio y los Civiles lo pillaron?

- El padre Guzmán es uno de nuestros líderes -dijo Jonathan-. Hemos venido a recogeros porque nos lo ha pedido él, pero debemos mantener la boca cerrada. No me preguntes por qué, porque, la verdad, no sabría explicártelo.

- Oye, esta niebla es rara por aquí, ¿no? -preguntó Miguel, señalando las afueras del coche.

- ¡Qué va! Desde que pasó aquello de... -comenzó a decir Jonathan.

- ¡Cállate! Maldito estúpido -masculló la joven de la derecha.

- Bueno, vale -replicó Jonathan-. Tampoco me parecía una cosa tan importante como para que no la puedan

saber. Además, hace ya mucho tiempo que pasó aquello. Yo ni había nacido.

- ¡Pero ellos vienen desde hace setenta y un años justos! ¡Y eso pasó después! ¡Mucho después! -protestó la conductora, una pecosa de nariz pequeña y fina, con una melena ondulada de mechas en un extraño tono anaranjado oscuro, que le caía hasta los hombros.

- Vale, colegas -dijo Luis-. Veo que tenemos un problemilla: nosotros nos vamos a dedicar a preguntar el porqué de todo lo que pasa aquí, porque todo nos parece raro, y vosotros no nos podéis decir el porqué de lo que pasa aquí porque os han dicho que no. Para no liarnos, yo qué sé, ¿cómo os llamáis? Eso sí lo podéis decir, ¿no?

- Trini -contestó la conductora.

- Sandra -dijo la que estaba junto a Miguel, alta, rubia y muy seria.

- Yo ya os lo he dicho antes. Frederick -dijo el copiloto.

- Y el mío ya lo sabéis: yo soy Jonathan, para lo que haga falta -recordó este, un joven pequeño de estatura, canijo de complexión y sonriente.

- Pues nada, nuestros nombres os los habrán dicho ya, ¿no? -dijo Ani- El de la Sombra seguramente no. Le hemos puesto Manos Largas.

- Lo sabemos. Aquí también lo llamamos así -dijo Jonathan.

- Raro, ¿no? ¿Se os ha ocurrido el mismo nombre que le pusimos nosotros? -preguntó Miguel.

- Está claro, Lopo -le explicó Luis, inclinándose hacia él-: si nosotros lo llamábamos así hace setenta y un años y ellos sabían que vendríamos, saben cómo llamarlo porque debe haber alguna conexión entre nosotros y ellos.

- Joder, tío: esto es muy complicado para mí a estas horas y después del día que llevamos -respondió Miguel, encogiendo los hombros-. Me voy a echar una cabezadita. Estoy reventado, y me parece a mí que hasta que no veamos al cura bandolero que lleva esto nadie me va a aclarar un mojón.

- Estamos a punto de llegar -informó Trini.

- Vale. Pues dejo para después la cabezadita -se resignó Miguel.

- ¡Mirad qué cosa! -exclamó Luis, con la cabeza pegada a la ventana.

Ante ellos se extendía un enorme horizonte de luces formando la cúpula gigantesca de una gran ciudad, aunque desde aquella distancia y rodeados de la extraña neblina que los seguía acompañando solo podían imaginar su interior. Viraron hacia la izquierda y tomaron una pequeña carretera entre dos paredes del mismo extraño material liso que ya habían visto al salir de la brecha en el espacio-tiempo. Bajaron durante un par de minutos a endiablada velocidad, aunque dentro del habitáculo prácticamente no sentían el movimiento. Dieron varias curvas, entraron bajo tierra, salieron

algunos kilómetros después, siempre descendiendo, y pararon el coche. Se abrieron las puertas.

- Bienvenidos a nuestra humilde morada. La rebelión de las Sombras os desea lo mejor -dijo Sandra, saliendo y colocándose muy recta y con la cabeza alzada.

- Gracias, bonita -le contestó Ani, sin muchas ganas de entablar amistad con aquella estirada joven-. Pero no hace falta tanta ceremonia. Veníamos aquí a reventar ese agujero de los cojones que nos ha dado un fin de semana que no se lo desea uno ni a su peor enemigo.

- Siempre igual -refunfuñó Trini, cerrando de un portazo la puerta del conductor-. En fin, vamos a ver al padre Gómez.

- Oye, esto es más raro de lo que me había imaginado, Manos Largas -le dijo Luis a la Sombra-. ¿Tú conocías a esta gente? ¿Habías visto todo esto antes? Qué tontería, claro que sí, tú eres de aquí. Aunque en verdad no nos habías dicho nada del padre Gómez ese y sus muchachos, que parece que han salido de *Curro Jiménez*, tío. Es, yo qué sé, como si hubiéramos venido a una de esas fiestas en las que el recién llegado lleva un monigote en la espalda y todo el mundo lo sabe y nadie le dice nada.

- Es... complicado -le respondió Manos Largas, agachando la cabeza.

- Vale. Entonces tú también sabes algo que no puedes contarnos. Supongo que ya lo sabías allí, en nuestra época. Pues muy bien. Perfecto -dijo, rascándose el cuello, cada vez más contrariada, Ani.

El lugar al que llegaron era un cálido barrio de casas matas, todas construidas a partir del mismo material, pero de distintos colores y con diferentes iluminaciones.

- ¡Coño, por lo menos esto se parece algo a aquello!
-exclamó Miguel.

Entraron en la casa que había junto al coche. La puerta se abrió hacia abajo.

- Mira tú. Una novedad de verdad en el futuro -dijo Luis.

Atravesaron el vestíbulo y el pasillo de entrada, y llegaron al salón. Allí, en un butacón, estaba sentado un anciano de abundante barba con un sombrero de piel, una chaqueta de paño y pantalones vaqueros. Tenía cara de bonachón, y mirada inteligente y pacífica.

- ¡Bienvenidos, queridos niños! Sentaos si queréis. Por favor, Trini, prepara las cosas para la cena. La comida está en lo alto del poyo de la cocina. ¡Gracias!

Trini asintió con la cabeza y salió por la puerta del fondo. Los otros tres jóvenes saludaron con la mano y se fueron. Manos Largas y los tres niños se sentaron en el sillón y el sofá que quedaban libres, esperando respuestas.

- Yo soy el padre Guzmán, para servir a Dios y a vosotros. Perdonad todo eso del silencio y de no poder responder a preguntas, pero comprended que es mejor

que no sepáis qué ha pasado desde vuestra época hasta ahora.

- ¿Y eso por qué? -preguntó, visiblemente enfadada, Ani.

- Porque sería muy cruel que tuvierais que vivir toda la vida esperando que llegaran cosas que no vais a poder evitar. Este mundo que veis está como está por... en fin, todo lo que ha pasado desde hace mucho tiempo, y lo último que conocéis, si la memoria no me falla y la enciclopedia que tenemos no miente, es que acaba de caer el muro de Berlín, ¿verdad?

- Un pelotazo, el jueves -dijo Miguel-. Hace un par de días se lo contaba a esta gente. Dice mi padre que eso lo cambia todo. No sé yo bien a qué se refería, pero él está que no cabe.

- Pues sí, eso lo cambiará todo para vosotros, y lo cambió todo para nosotros. Pero imaginaos... no sé, esto me lo estoy inventando ahora... que en el año dos mil diez a algún tonto le da por tirar una bomba atómica en mitad de Nueva York y se lían una guerra total, y que esto que estamos viviendo es consecuencia de aquella guerra. Sería verdaderamente horrible que tuvierais que vivir hasta ese año sabiendo lo que iba a pasar, que no pudierais impedirlo, y que después sufrierais todas las consecuencias sin tampoco poder hacer nada.

- Ahí no le podemos llevar la contraria, quilla -le dijo Luis a Ani. Esta asintió, con las cejas aún enarcadas-. Pero claro, eso que ha contado no ha pasado aquí, ¿no?

Quiero decir que en el dos mil diez nadie tirará una bomba atómica en Nueva York, ¿verdad?

- Te he dicho que me lo acabo de inventar, chaval. Y no me gusta mentir -le respondió el cura anciano.

- Pues mira, mucho mejor así -dijo Ani, algo menos tensa-. De todas formas, vamos a ver: estamos aquí porque hay que evitar que una hija de puta de nombre Nyma, que supongo que ha llegado ya al lugar donde estarán sus amigos de pelo blanco, entre otra vez por el boquete que abrió Manos Largas y arrase nuestro barrio. Eso está claro, ¿no?

- Está clarísimo. De hecho, aunque no os voy a explicar por qué, os estábamos esperando, como habéis visto. Lo que no hemos podido ver es la entrada de la agente Nyma: seguramente ha llegado antes que nosotros. Pero eso tampoco importa mucho: quizás era bueno que pasara. La vida es un misterio. Lo que sí está claro es que sabemos para qué estáis aquí, y hemos preparado bien lo que tenemos que hacer, creedme; pero hasta dentro de unas horas no podemos dar el golpe. Hemos dejado gente apostada en la entrada del agujero, por si pasa cualquier cosa, así que no os preocupéis: podéis relajaros un poquito. Me gustaría que conocierais a unos amigos, y tendréis que comer algo, que seguramente nos espere una noche movida.

- Yo me he traído chacina y pan del bueno -dijo Luis-. Porque si la comida de aquí es tan de plástico como las carreteras y las paredes de las casas, paso.

- ¿Plástico? ¡Qué ocurrencia, niño! El plástico se dejó de fabricar hace tiempo. Esto es... otra cosa.

- Que no nos va usted a explicar -respondió Ani-. Bueno, pero parece plástico. Total: a ver qué viene de comida, y ya veremos.

- ¡Ja! Todo un carácter, padre Gómez -dijo Trini, que entraba y salía del comedor con la vajilla y los cubiertos, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

- Tú a lo tuyo, jovencita. Esta gente de hoy no respeta ya a nadie -respondió el cura, mirándola fijamente-. A lo que íbamos: contadme algo de vuestro tiempo, por favor. Cuando los niños podían jugar en la calle, y la gente se saludaba y se respetaba, y no estaba todo tan controlado, y se vivía más...

- Pues verá -se puso a decir Miguel-: no se vaya usted a creer que allí se vive de jijí jajá y la gente va dando saltitos de alegría por las calles. Está todo mucho más viejo que aquí, aunque el tiempo es mejor, la verdad. Las fábricas están cerrando, y cada vez hay más paro. Mi padre está trabajando en Intelhorce, la textil, pero cada dos por tres tenemos que cortar la carretera porque quieren echar gente. ¡Un día incluso invadimos el ayuntamiento y todo! Y... ¿Pero qué es eso? ¿Una pantalla que sale ahí por toda la cara? -exclamó, señalando una especie de cristal que había aparecido justo detrás del anciano y mostraba unas letras de arranque de algún sistema operativo desconocido con el dibujo de una circunferencia anaranjada dividida en tres partes con tres

tonos distintos, y tres pequeños círculos en cada una de estas tres franjas que rotaban sobre sí mismos.

- Pues no, hijo. No es ninguna pantalla -dijo el anciano, mirando hacia atrás-. Eso de las pantallas también está pasando a la historia. En fin, no se puede esconder todo. Esto es... como una pantalla, pero sin pantalla. Es... aire que muestra imágenes, más o menos.

- Joder, macho. Y yo flipando con mi Spectrum -se quejó Luis.

Al otro lado apareció la cara seria de un hombre de frente amplia, pelo castaño peinado hacia atrás y nariz chata, que miraba fijamente hacia delante con los ojos entornados.

- ¡Vuélvete, que te veo el cogote! -gritó.

- Vooooy, José, ya voy -dijo el padre Gómez, dándose la vuelta tranquilamente.

- ¿Han llegado ya? -preguntó el hombre.

- Aquí están -respondió el padre Gómez.

- Pues nada, vamos para allá. ¡Dejad algo, que tenemos hambre! -dijo José, y apagó la pantalla.

- ¡Increíble! -exclamó Luis, silbando.

- ¿Increíble? ¿Qué? -preguntó el anciano.

- Pues eso, lo de la pantalla sin pantalla -contestó Luis.

- Ah, eso. Ya ves. Cuando la inventen, te podrás reír y decir: “¡Yo ya he visto una!”.

- Desde luego. Qué bueno -respondió distraídamente Luis, todavía mirando hacia el lugar donde había aparecido el hombre.

- En fin: ya está preparada la comida -dijo el sacerdote, dándose una palmada en las piernas, cogiendo su bastón y poniéndose en pie con esfuerzo-. Vamos a sentarnos a la mesa, que José y los demás tienen que estar al llegar. Por cierto, Manos Largas: hay ropa limpia y sin rajadas en el primer cuarto de la derecha, justo por este pasillo. Si quieres, puedes cambiarte.

- Gra... cias -dijo Manos Largas, y se metió en el dormitorio.

- Pobrecillo. Seguramente es el que más ha sufrido: se fue hace muchos días. Unos amigos nos hablaron de él, nos pusieron en contacto y tuvimos algunas conversaciones, pero con todo lo de la explosión y el agujero no dio tiempo a más. Y ahora es un mito: un grupo de Sombras se ha rebelado contra la empresa militar que los ha creado. Están escondidos, esperando que vuelva el que los animó a resistir, "el gran Manos Largas".

- Pues ya verá usted la sorpresa, padre. El pobre no tiene ni idea -dijo Ani- o, si la tiene, no nos ha dicho nada: es un monstruo guardando secretos. En el buen sentido de la palabra, claro. Por cierto, tengo un par de preguntas: el nombre me lo inventé yo. ¿Cómo es que todo el mundo lo llama así aquí? Y otra: ¿en serio ha montado usted una rebelión? Raro siendo cura, ¿no?

- Verás: respecto a la primera pregunta -le contestó el anciano tranquilamente, mientras se sentaban a la gran mesa que había en la parte derecha del salón, al otro lado del pasillo de entrada-, ya sé que a ti te parece que han pasado solo dos o tres días desde que se te ocurrió ponerle ese nombre. Pero hace muchísimos años de aquello, y lo que hiciste entonces no se ha olvidado. ¿Qué digo? La gente por aquí os recuerda: también sois una especie de mito para muchos jóvenes, y no tan jóvenes. Habéis sido muy valientes, y gracias a lo que acabáis de hacer este fin de semana, que para nosotros pasó hace tantísimo tiempo, hoy estamos aquí sentados. Respecto a la segunda cosa...

De repente llegó una ensordecedora música desde la calle:

“...Y nos limitamos a comer

lo que otros han guisado.

Y no sé si estamos preparados

para todo lo que vendrá...”⁹

Un coche paró en seco, y se cortó la canción.

- Creo que ahí llegan -dijo el anciano.

- ¿Eran los Cero? ¡Eran los Cero! -exclamó Ani.

9 091, *Todo lo que vendrá después*, Big Bang 1995.

- Seguramente. A estos jóvenes les ha dado ahora por la música clásica -respondió irónicamente el padre Gómez.

- Pues nunca había escuchado esa canción -dijo, arrugando la nariz, Ani.

- Eso va a ser porque en nuestro tiempo todavía no la habían sacado -dijo Luis-. ¡Vas a ser la primera, tú! Qué grande. Se lo cuenta uno a cualquiera y dice que nos hemos vuelto majaretas.

- Normal. Yo no pienso contárselo a cualquiera -concluyó Miguel.

Se escuchó la puerta de entrada, y aparecieron en el salón dos ancianos, dos adultos y un joven. José venía enfundado en una chaqueta de cuero. Cuando vio a los tres adolescentes, lanzó un estentóreo grito de alegría.

- ¡Aaaaaaaay qué bien, las ganas que tenía de veros, niños! ¡Anda, un abrazo! -exclamó, abriendo los brazos.

Los tres amigos se quedaron pasmados, sin saber qué hacer. Manos Largas salió del cuarto, vestido de limpio, y cerró la puerta. La mujer china que venía justo detrás de José lo miró y exclamó:

- ¡Madre mía, Manos Largas! ¡Ven aquí!

La Sombra se aproximó tímidamente, y la mujer le dio un abrazo y un par de besos en la frente. Entonces los tres chavales se levantaron y se acercaron, y el hombre y la mujer hicieron otro tanto con cada uno de ellos.

- Hijos, tenía muchas ganas de veros -dijo la mujer-. ¿Cómo estáis? ¿Ha ido todo bien por allí, por los ochenta?

- Sí, claro. ¿Y ustedes nos conocen de... qué? -preguntó Miguel, entrecerrando los ojos.

- Aquí entre nosotros sois famosísimos -contestó José-. ¡Preguntadle a cualquiera! Pero sentaos, sentaos, que se enfría la comida. Ya hablamos mientras movemos el bigote, ¿verdad, padre Gómez?

- Verdad, verdad. A cenar, que no sabemos cuándo habrá que ponerse en marcha. Os presento: María, Ernesto, Akame y Paco.

Los dos ancianos eran Paco y María. Ella, una mujer flaca de pelo grisáceo y ojos grandes flanqueados por hondas arrugas, caminaba a paso ligero. Paco era grueso, calvo y gruñón. En cuanto a Ernesto, el joven, estaba rapado al cero y venía fumando un cigarrillo, que apagó en un cenicero que había encima de la mesa de detrás del sillón del padre Gómez.

Se saludaron todos cariñosamente, los chavales todavía sin haberse acostumbrado a tanta efusividad, y se sentaron.

- ¡Cosas normales! -exclamó Luis, señalando lo que había encima de la mesa- Yo había creído siempre que la comida en el futuro sería rara, yo qué sé, a base de pastillas o algo así. Pero aquí hay papas fritas con pimientos, ensaladilla rusa, y hasta filetes empanados. ¡El futuro no es tan malo, Ani, Lopo!

- Bueno, la comida ha cambiado mucho desde vuestros días hasta hoy, no os vayáis a creer -dijo María-. Hay de todo. Pero no, no estamos a base de pastillas. Por lo menos aquí.

- Vamos a dar gracias, ¿os parece? -sugirió el padre Gómez. Asintieron- Una, dos y tres:

- ¡Gracias, Dios! -gritaron todos, y comenzaron. Los tres adolescentes no pudo evitar dar un respingo y después reír a carcajadas ante la ocurrencia de aquel extraño grupo tan diverso.

- ¡Una china hablando malagueño que te cagas de bien! -susurró Miguel a Ani- Otra cosa sorprendente, tía. Oiga usted, Ako... -dijo a Akame.

- Akame. Se llama Akame -le aclaró Ani.

- Eso, Akame. ¿Cómo es que está por aquí?

- ¿Qué? Porque soy de por aquí, hijo -contestó la mujer-. Vale: en tu tiempo los chinos todavía éramos gente rara que vivía nadie sabía dónde. Verás: mis abuelos llegaron a Málaga a principios de los ochenta. Mi madre ya nació aquí, conoció aquí a mi padre y yo... Bueno, yo soy más malagueña que el Cenachero.

Todos volvieron a reír ante la expresión de aquella mujer de cara fina, ojos rasgados y expresión bondadosa. La conversación se fue animando bocado a bocado.

- Una cosa -dijo Ani-. Todavía no ha contestado la segunda pregunta, padre Gómez.

- No me llames de usted, niña. Llámame... Gómez.

- En mi casa a la gente mayor siempre se le llama de usted -dijo Miguel-. Que se lo digan a mi abuelo: se me ocurre decirle de tú, y me gano un coscorrón seguro. Así que yo, pues eso. Dejando aparte que es cura, claro...

- Como quieras, niño -dijo el padre Gómez, sonriendo y encogiendo los hombros-. De todas formas, tampoco hace tanto tiempo que soy cura, ¿sabes?

- ¿Ah, no? -preguntó Ani.

- Soy lo que se suele decir una vocación tardía. Tenía ya sesenta años cuando me metí en esto. Y no fue una decisión que tomara yo solo, estuve mucho tiempo dándole vueltas después de... En fin, no viene al caso explicar ahora estas cosas -respondió el padre Gómez mientras se escuchaba una tos nerviosa de parte de algunos de sus vecinos-. Digamos que antes de cura fui fraile, je je.

- Sí, dejémoslo en eso -dijo Paco, muy serio-. Me alegro de que os guste la comida. Contesta, padre Gómez, que tienes a la zagala nerviosita. ¿Cuál era la pregunta, si puede saberse?

- Le estaba yo dando vueltas a cómo un cura había montado una rebelión con las Sombras -dijo Ani-. Pero viendo el personal que hay por aquí, no me extraña. Se os ve capaces de liarla gorda en cualquier momento, ¿eh?

- ¡Toma ya con la preguntita! Hale, adelante, padre Gómez. Conteste usted -Paco le dio un manotazo al cura en la espalda y sonrió exageradamente.

- Verás, Ani: hace tiempo que se sabía que la empresa que controla el ejército de esta zona estaba haciendo experimentos raros. Vuestra historia se contaba como una especie de cuento de terror, pero algunos sabían que era verdad. Hace unos años llegaron por aquí José y Akame, que entonces eran novios y trabajaban en el negocio militar, y me contaron lo que sabían sobre las Sombras. Me acordé en seguida de aquel mito de los tres niños y el monstruo gris, reuní al Consejo y nos pusimos a trabajar María, Ernesto, Trini, Paco, Jonathan, Pedro y un servidor para convencer a más gente de que había que hacer algo.

- Perdón, pero... ¿quién es Pedro? -preguntó Miguel- Es que aquí os conocéis todos, pero nosotros no tenemos ni idea.

- Es verdad. Está muy enfermo. Lo tenemos en el piso de arriba, que hemos convertido en una especie de hospital de campaña. Bueno, la parroquia entera es un hospital de campaña, en el sentido figurado de la palabra, como nos dijo hace ya tantísimos años el papa...

- Se está usted yendo por las ramas, padre Gómez -dijo Trini, dando una palmada al aire.

- Huy, es verdad. Bueno, ahora después lo conoceréis. Total, que desde dentro fuimos haciendo lo posible para que aquellas personas que habían desaparecido y estaban esclavizadas, convirtiéndose en auténticas máquinas de matar, pudieran escapar. Algunas se decidieron, entre ellas Manos Largas, y lo demás ya lo sabéis. Intentó huir

con otros, fueron a por él, algo salió mal en el experimento y se abrió ese agujero. Y apareció en 1989.

- Pues, Manos Largas, ayer por la tarde se te olvidó contar toda esta parte allí en la fábrica de ladrillos, ¿eh? -le dijo Ani, dándole un codazo y sonriéndole.

- No había tiempo. Y... no tenía ganas -le contestó Manos Largas, sacándole la lengua y enseñando los dientes después.

- Pues sí que se ha espabilado, madre mía -comentó María, mirándolo con mucha atención.

- ...Y un trabajo de Ciencias Naturales y un montón de partidas de cartas nos han traído hasta aquí -concluyó Luis, mientras masticaba un trozo de filete empanado-. ¡Buenísimo el filete, de verdad!

Todos rieron de buena gana. Después siguieron hablando de las cosas más variadas. Los tres chavales se sentían más cómodos. Aquellas personas eran como amigos de toda la vida, aunque los acabaran de conocer; al poco tiempo, en vez de querer saber cosas del futuro, se encontraron contándoles cómo se vivía en su barrio. Todos escuchaban asombrados, y Trini, Akame y José no paraban de hacer preguntas. Justo antes del postre se encendió la imagen de detrás del sillón del padre Gómez.

- ¿Alguien por ahí? Aquí Sandra.

José se levantó y dijo:

- Escena al centro de la mesa.

De repente, la cara de la joven se movió hasta allí mientras iba tomando volumen. Quedó suspendida en mitad del grupo.

- ¡Qué guapo! -exclamó Luis, dejando caer el tenedor.

- ¿Qué pasa, Sandra? -preguntó Akame, mirando divertida al jovencito.

- Hay movimiento cerca de las instalaciones de los agentes Spinner. Todavía no se ve salida de tropas, pero en un par de horas deberíamos estar cada uno en nuestro puesto. Si hay algo más urgente vuelvo a llamar. Si no, dos horas y a correr. Por cierto: si Manos Largas está ahí, decidle que se reúna con nosotros y las demás Sombras en treinta minutos, para que le expliquemos el plan y lo que tiene que hacer. Bueno, ánimo. ¿Cómo estáis, niños? ¿Ya os habéis acostumbrado, o todavía pensáis que somos gilipollas?

- ¡Eh! ¡Es que parecíais gilipollas, tú! -gritó Miguel.

- Ya lo sé, chaval, pero había que hacer el papel. Bueno, os dejo y sigo vigilando. Adiós.

- Hasta luego, Sandra. Ten cuidado -terminó la conversación María. Todos se pusieron de pie, menos ella-. ¡Tranquilos! Han dicho que un par de horas, y a nuestro amigo gris le queda todavía media. Él no tiene que coger el coche para ir donde están los suyos.

- Una cosita -intervino Ani.

- Esta niña es demasiado larga -afirmó Ernesto, masticando a dos carrillos-. ¡Quiere saberlo todo!

- Y tú no deberías hablar con la boca llena -le dijo María-. ¡Qué juventud!

- A lo que iba -continuó Ani-. ¿Qué se supone que tenemos que hacer nosotros?

- En principio, nada -contestó Akame-. Cuando sea el momento oportuno os llevaremos cerca del agujero, para que podáis saltar antes de que desaparezca. No queremos que os pase nada, sois demasiado importantes.

- ¿Qué? ¿Hemos venido hasta aquí para quedarnos así? -dijo Miguel, cruzando los brazos- ¡Qué va!

- He dicho “en principio” -le contestó Akame-. Las cosas al final nunca son lo que parecen en principio. Así que atentos a todo lo que pase. Vamos a dividirnos en dos: un grupo, con las Sombras, atacará la central para, desde allí, poder manipular la fuente de energía que se supone que hará que desaparezca el agujero. Una cosa... complicada. Y el otro grupo, en el que entráis vosotros, irá hasta la zona de la brecha espacio-temporal. Por ahora allí no hay nadie, pero llegarán agentes. Montones de agentes, según parece. Habrá que encargarse de ellos. Vosotros, atentos.

- Vale. Tampoco es que me muera por volver a ver a esos mamones. Pero si hay que dar pitonazos, aquí está el tío -respondió Miguel, guiñándole un ojo a Trini, que le sonrió.

- Oídme: vamos a ir a visitar a Pedro -sugirió el padre Gómez-. Si está despierto se va a alegrar mucho de veros.

Subieron las escaleras. Akame pegó en la puerta.

- ¿Pedrito, estás despierto?

Nadie contestó.

- ¡Pedrito, despierta! -gritó la mujer.

- ¿Qué? -se oyó una voz desde dentro- ¡Ah, sí, Pedrito!
¡Pasad!

Akame puso la mano en la pared, y la puerta se retiró hacia la derecha. Se encendió la luz y fueron entrando todos. Era un dormitorio amplio, con dos camas. En una había una mujer de mediana edad, conectada a un respirador. En la otra estaba Pedro, un anciano con la cara llena de cicatrices y un parche en el ojo derecho. Los miró con parsimonia. Trini se dirigió hacia la otra cama, tocó la frente de la mujer, le tomó el pulso y volvió.

- Sigue igual -le susurró a María.

- Aquí estáis, por fin -dijo Pedro, con un hilo de voz, mirando a los tres adolescentes.

- Aquí están, Pedrito. ¿Y tú, cómo sigues? -le preguntó María.

- Pues muy bien. Muriéndome, pero muy bien -contestó Pedro, con media sonrisa-. Supongo que no les habréis contado nada que les joda el futuro, ¿verdad? -dijo, mirando a Paco.

- Nada de nada. Bueno, algo se nos habrá escapado, pero poco- contestó este.

- Miradme, niños -dijo el hombre. Los tres amigos se acercaron. Ani le cogió la mano-. Ahora me puedo morir tranquilo, ¿sabéis? Estaba esperando que llegara este momento desde hace... muchísimo tiempo. Qué historias se han contado siempre por aquí. Y cómo os vais a reír cuando os digan lo que ha pasado realmente. Acordaos de mí ese día, y tomaos una a mi salud, amigos.

- Vale. No se preocupe usted -dijo Miguel-. ¿Qué está diciendo? -le preguntó a María. La anciana miró al jovencito y se puso el dedo índice sobre la boca.

El hombre cerró el ojo, y se durmió. Todos salieron de la habitación en silencio.

- Está ya muy mal, ¿no? -preguntó Luis.

- Está así desde que nos atacaron aquel día los agentes. No los Spinner, otros. Poco a poco se va yendo. Pero es fuerte. Seguro que todavía aguanta un tiempo -les contestó Trini.

- Bueno, niños, vamos a ponernos en marcha. ¡Os vaya a gustar esto, y no queráis volver con vuestras familias! -exclamó el padre Gómez.

- Sí, claro. Qué cosas tienes -le dijo María, dándole un tortazo en un hombro.

- Oiga, María. ¿Le puedo preguntar una cosa, a solas? -le musitó Ani al oído.

- Claro que sí. Ahora vamos, gente -respondió María colocando una mano sobre la melena de la jovencita.

Llegaron al salón. Manos Largas empezó a dar paseos de un lado a otro. Al cabo de unos minutos, mostró su preocupación:

- Tengo que irme. Ya.

- Es la hora -anunció el padre Gómez-. Los que vayáis con Manos Largas, a su lado. Los demás vamos a cargar el coche y a unirnos a los que están en la parte sur del Monte Indemonio.

- Joder, qué nombre -dijo Miguel.

- En realidad el monte se llama como la empresa -explicó María, que bajaba las escaleras acompañada de Ani-, Investigación y Desarrollo Militar, InDeM para los amigos. Lo compraron enterito hace tiempo. Pero todo el mundo lo llama así por estos alrededores: el Monte Indemonio, por las luces, los ruidos y las historias poco tranquilizadoras que llegan desde allí. InDeM quiere hacerse con el poder en todo... En fin, digamos que el dominio de esta parte del mundo se ha convertido en un negocio rentable, y hay que empezar a parar esto como sea. Así que vamos.

- Cuanto más simple, más se entiende. ¡Me encanta cómo explica las cosas, María! -dijo Ernesto, colocándose una chaqueta llena de parches.

- Ani. Figura. Lopo -los llamó Manos Largas-. Cuando esté preparado, os llevo. Para despedirme.

- Y si no nos llevas en un ratito, vamos nosotros. Para algo nos dejaste "la mota gris". ¡No se te ocurra hacer

ninguna tontería! -le advirtió Ani, enseñando la mancha junto al ombligo.

- Hasta luego -dijo la Sombra, desapareciendo y llevándose a Akame, Ernesto, José y Paco.

El rastro de gotas de sangre se extendía hasta el final del corredor frente a la brecha en el espacio-tiempo. Más allá se abría una extensión amplia de terreno excavado en el corazón de la roca que salía a cielo abierto y, a través de la falda del monte y la llanura posterior, abarcaba los límites de la empresa armamentística más importante de aquella zona del mundo.

La agente Nyma se echó contra la pared de la galería. Después, recuperando el aliento, salió a la zona del muelle de carga y descarga, vacía a aquella hora. La sangre le goteaba de la cara y le empapaba la ropa hasta la cintura. Se había arrancado una manga de la camisa y se la había atado, sosteniendo la boca. Respiraba con dificultad. Estaba casi agotada.

Consiguió llegar al exterior. El Sol iluminaba débilmente la tarde detrás de un tenue manto neblinoso. Encontró a un grupo de agentes que construían un hangar. Una de ellas la miró fijamente.

- Identificación. Agente Nyma. Humana. Operación Sombra Pasada. ¿Ha cumplido la misión con éxito, agente Nyma? Detectada herida en dermis, tejido muscular y

óseo, afectando mandíbula y dentadura inferior. ¿Se encuentra bien, agente?

- Es... -murmuró esta- urgente. Necesito hablar... con...

La mujer se desvaneció, cayendo a plomo en tierra. Las agentes que la observaban se miraron y comunicaron con sus puestos de control. Al cabo de unos minutos, un vehículo la recogía.

La agente Nyma despertó y abrió los ojos. Estaba dentro de un tanque de recuperación. Mientras los nanoandroides del líquido que la rodeaba le recomponían el rostro, sanaban las heridas y renovaban y purificaban la sangre, el joven de bata verde que tenía enfrente observaba lascivamente su desnudez. La agente Nyma quiso gritar, pero no podía moverse. El joven tocó el material del tanque, y una descarga de anestesia la volvió a dejar dormida.

- ¿Cómo se encuentra, agente?

Nyma abrió los ojos. Estaba en una celda de reposo. De repente, se acordó de la imagen del enfermero. Miró hacia abajo: vestida. Miró hacia su izquierda. Un hombre de mediana edad, rubio platino, esperaba su respuesta.

- Mejor. Gracias -Contestó, con esfuerzo. Le costaba articular las palabras, aunque no sufría ningún dolor.

- Dígame cuál ha sido el resultado de la misión.

- Fracaso. Fracaso total.

- Vaya. Tenía usted a su cargo once agentes, bien preparados, me permito añadir.

- Bien preparados para la guerra aquí, en este momento y contando con las Sombras. Pero no tuvimos en cuenta la desconexión de la red, que nos ha creado problemas imprevistos, ni la gente de allí, que se ha aliado con nuestro objetivo. Los agentes han caído. Todos -respondió Nyma, incorporándose.

- Tenga cuidado. Todavía está débil. Y hable despacio.

- Me encuentro perfectamente, Control. Gracias. Debemos regresar y eliminar a la Sombra y al grupo de personas que está junto a ella. Esta vez sin contemplaciones.

- Creo que ya habíamos dejado claro que no podemos intervenir en el pasado sin crear consecuencias impredecibles para el presente. La misión era recuperar a la Sombra y traerla de vuelta, o eliminarla si esto no era posible.

- Pero las cosas han cambiado. La Sombra quiere permanecer allí.

- ¿Está segura?

- Me parece muy probable.

- Eso no es una respuesta satisfactoria. No podemos arriesgarlo todo a causa de su incompetencia, agente Nyma. Debió haber estudiado la época con más detenimiento antes de cruzar esa brecha espacio-

temporal. Ahora tenemos problemas mucho más graves: trece Sombras, contando a la suya, han escapado y no sabemos dónde se encuentran. Nuestros expertos están tratando de localizar y analizar el error en su proceso educativo, pero hay algo que se nos escapa. La teoría más razonable es que ha habido injerencias en ciertos estadios del modelo de desarrollo psicosocial de los elementos rebeldes. Si esto es cierto, podemos encontrarnos ante un inesperado e incómodo giro en un experimento que ha supuesto la mayor inversión de esta empresa en años. Mientras tanto, usted ha fracasado en la sencilla tarea de traer de vuelta al cabecilla de la rebelión, destruyendo en el camino once agentes.

- Soy una pieza importante en esta empresa, no lo olvide, Control: trátame con respeto -replicó la agente Nyma.

- Oh, sí. Conocemos sus métodos -le susurró el hombre, acercando su cara a la de la agente-. Hasta ahora le han valido, pero su cuerpo empieza a mostrar signos de fatiga. Incluso hoy día, con nuestros avances, la juventud no es eterna. Aquellos mandos superiores que antes se metían entre sus piernas fácilmente ahora prefieren otros tactos más suaves. Más jóvenes.

- Se arrepentirá de sus palabras, Control -dijo Nyma, roja de ira.

- No lo creo, agente Nyma -respondió él, volviendo a su postura hierática-. Pero vayamos al grano: le queda una oportunidad. Solo una. Decida lo que quiere hacer.

Por un lado, esperar el regreso de la Sombra y sus aliados. Según nuestros perfiles psicológicos, es lo más probable. En caso contrario, es decir, si la Sombra ha decidido quedarse a vivir en el pasado, cerraremos el agujero y, acto seguido, procederemos a su búsqueda y captura en el momento actual, si aún sigue con vida. Decida usted cuál de las dos opciones es más conveniente para, utilizando un lenguaje de otras etapas históricas, su redención.

- ¡No me está entendiendo! ¡Aquellos niños son peligrosos! ¡Hay que atacarlos allí, con todo lo que tenemos!

- Puede que fueran peligrosos, agente Nyma. Hoy es mucho más que probable que se hayan convertido en cadáveres. Atacar el pasado sin evaluar las consecuencias para el presente no es, se lo repito, una opción lógica. No estoy aquí para confortarla, como puede ver. Responda a la pregunta, o prepárese para las consecuencias. Elija una opción.

- ¡Esperaré su regreso! -exclamó Nyma, restregándose las manos nerviosamente- Pero tenemos que actuar con rapidez. Si han decidido volver no tardarán mucho. ¿Qué hora es?

- Entendido: primera opción. Son más de las diez de la noche, agente Nyma.

- ¿Más de las diez? ¡Es imposible! ¡Es tarde! ¡Demasiado tarde!

- Hemos empleado varias horas en purificar su sangre y recomponer medianamente su rostro. Como ya le he dicho, sus tejidos son cada vez más difícilmente...

- ¿Medianamente? ¿Qué significa medianamente?

- Puede comprobarlo usted misma. Aquí tiene un espejo.

La agente Nyma miró su imagen. Un grito de terror se elevó de su garganta, seguido de una risa nerviosa.

- Medianoche. Listos. Llamo a mis amigos -dijo Manos Largas. A su alrededor, una docena de Sombras.

- Amigos. Esperanza -dijo la Sombra de su izquierda, más alta que él, con la piel menos grisácea, las manos más pequeñas y un moño de pelo justo en la coronilla.

El lugar que ocupaban formaba parte de la zona más externa de la red de conductos de saneamiento de la empresa InDeM. Esta se extendía por el subsuelo de la vasta estructura de edificios de la compañía, y a través de ella se podía llegar prácticamente hasta las entrañas del mismo centro en el que se encontraba el sistema experimental que había abierto el vórtice espacio-temporal.

Manos Largas cerró los ojos y abrió las manos. A los pocos segundos comenzaron a aparecer los tres amigos.

- ¡...que sepas que no estoy de acuerdo! -decía Ani. No se había dado cuenta de que estaba cambiando de lugar.

- Esto... Ya no te escuchan, quilla -le dijo Luis, dándole un codazo.

- ¿Y qué? -replicó ella, sin todavía mirar alrededor- ¿Cómo se puede ganar una batalla “sin derramar una gota de sangre”? ¿Los convencemos con besitos?

Las trece Sombras los miraban con estupefacción.

- Buenas noches, Manos Largas. Y buenas noches a todos -dijo Miguel a los trece que observaban, sonriendo-. Está un poquito alterada hoy. En realidad siempre está alterada, pero hoy más.

- ¡Vete al carajo, tonto! -gritó Ani.

- Hola. Ani -saludó Manos Largas.

- Perdonadme, es que me ha dado mucho coraje -se excusó, cruzando los brazos-. Pero bueno, esta no es nuestra guerra según parece.

- Sí es. Tranquila -dijo Manos Largas.

- Ya sé que sí es. Lo sé -dijo Ani, entrecerrando los ojos y fijándolos en Manos Largas-. Pero yo qué sé, soy muy joven para estas mierdas. Al final va a tener razón mi madre.

Se escucharon unos pasos a la carrera. Desde el túnel del fondo llegaron Akame, José y Sandra.

- Las cargas están colocadas -dijo Akame-. Nosotros saldremos por la parte sur, y entretendremos todo lo que

podamos a los agentes que vengan. Con la información de Paco y Ernesto no parece que sea difícil desconectarlos. Hay que evitar que nos den con esas armas nuevas, porque lo que tocan arde como la paja. Eso sí: no sé si podremos distinguir a las personas de los androides. Está muy bonito lo de no matar, pero en medio del lío no sé yo. En fin: intentaremos hacer el mayor daño posible con las menores consecuencias. Lo demás es cuenta vuestra: reducir a los que queden desde la salida del este hasta la cúpula, y hacer que desaparezca el agujero después de que ellos hayan saltado.

- ¿Aquí también estáis con la tontería de no matar gente? Si yo tuviera delante a la agente Nyma esa, le cortaba el cuello. De verdad -siguió en sus trece Ani.

- Vaya con la pacifista -dijo Luis después de lanzar un silbido-. Si la hubierais visto el año pasado recitando frases de Gandhi y soltando una palomita en el día de la Paz...

- Desde entonces han pasado muchas cosas -le respondió Ani-. Además, ya sabes que seguramente al final no la mataría, pero déjame desahogarme.

- Ya os lo he dicho. Alterada a tope -comentó Miguel.

- ¡Me estáis hartando los dos! -gritó ella.

Manos Largas le cogió la cabeza con las manos y la miró a los ojos.

- Nos tenemos que separar, Ani. Ya no nos veremos. Tú saltas, yo quito agujero. Adiós.

- Yo... -Ani se quedó sin palabras. Miró aquellos ojos amarillos, y las lágrimas le brotaron e inundaron las mejillas.

- Y no mates, nunca -le susurró mientras se fundían en un abrazo.

- Siempre me acordaré de ti, ya lo sabes. Llevo tu marca gris -le recordó ella, sollozando.

Luego abrazó a Luis y a Miguel, que también sollozaban.

- Gracias por todo, Figura, Lopo. Sois buenos.

- Más quisiéramos -le dijo Luis.

- Para cuando vuelvas a abrir un agujero, a ver si has aprendido a hablar mejor -bromeó, también entre lágrimas, Miguel-. Y no le vayas a decir a nadie que estoy llorando como una nenaza.

- Chicos, gracias por todo. Portaos bien allí en el siglo XX, que después todo se sabe -les dijo José, guiñándoles un ojo mientras iban desapareciendo y regresando al lugar donde les esperaban los demás. Les dio tiempo a ver todavía cómo las Sombras se volvían y caminaban juntas hacia un túnel, y Sandra, José y Akame salían por el conducto contrario.

Aparecieron justo antes de que una avalancha de decenas de personas casi los aplastara. Era el grupo del padre Gómez, que retrocedía en orden por el corredor frente a la brecha en el espacio-tiempo.

- ¡Eh! ¡Tirad para atrás, vamos, que os pisamos! -les gritó Trini.

- ¿Qué pasa? -preguntó Miguel, haciendo caso a la joven y caminando de espaldas, al fondo del grupo.

- Vuestra amiga la agente Nyma, que llega dispuesta a conquistar la salida hacia vuestra época. Viene con la cara desencajada.

- ¿Nerviosa? -preguntó Luis.

- ¡Qué nerviosa ni nerviosa! Le hicisteis un buen boquete en la boca, y se lo han arreglado con el trasero. Parece un Gremlin -dijo la joven.

- No me jodas que habéis visto esa película -exclamó, admirado, Luis.

- Pues claro. Es todo un clásico en mi casa. La vemos siempre antes de Navidad -respondió Trini-. ¡Venga, seguimos retrocediendo hasta la señal!

Los que iban al frente, en una primera fila en perfecta línea recta, llevaban grandes escudos oscuros que reflejaban una extraña luz ultravioleta. Con ellos apuntaban a la entrada del pasillo, detrás de la que estaban organizándose, en el espacio abierto del muelle de carga y descarga, los agentes comandados por Nyma y otros cinco superiores.

- Esta vez no os escapáis. ¡Vamos, hay que coger a los niños vivos! ¡Los demás dan igual!

- Pero agente Nyma, aquí no hay ninguna Sombra. ¿Qué hace esta gente protegiendo a esos tres adolescentes del pasado? Es absurdo -dijo uno de los agentes humanos que comandaban el bloque de asalto-. Este grupo de humanos solo ha protagonizado escaramuzas sueltas y hurtos sin objetivos claros. Hemos podido localizar a los que forman las primeras filas y, según nuestros archivos, no son peligrosos.

- ¿No son peligrosos? ¿Y entonces qué hacen aquí? ¡Esos archivos no valen para nada! Apuntad y disparad. Apuntad y disparad hasta que hayan caído todos. Me da igual quiénes sean. ¡Apuntad y disparad!

- No tiene autoridad para poner en duda la validez de nuestros sistemas de análisis, agente Nyma -protestó otro de los comandantes.

La agente Nyma cargó su arma, y le pegó un tiro en la cabeza.

- ¿Alguien más duda de mi autoridad? ¡Apuntad y disparad!

- ¡Resistimos, gente! ¡Escudos en pie! -gritaba María, en medio del grupo de rebeldes.

- ¿Pero qué hace esa vieja pegando voces como si fuera Juana de Arco? -dijo Ani, señalando a la anciana y riendo- Si bastante tiene con mantenerse en pie...

- Si tú supieras... -le respondió misteriosamente Trini.

- Pues anda que si tú supieras... -le respondió igual de misteriosamente Ani.

- ¿Tú sabes algo? -preguntó Miguel a Luis.

- Deben ser cosas de mujeres -respondió este-. Lo mismo están enamoradas del mismo tío.

- ¡La señal! ¡Todos quietos! -gritó Trini. Habían llegado a una línea dibujada en la pared.

Se escuchó un golpe sordo. Los agentes habían cargado sus armas. Dispararon. Decenas de luces rojizas se abalanzaron contra el grupo. Los defensores de la primera línea pusieron los hombros contra los escudos, manteniéndolos rectos. La segunda, la tercera y la cuarta línea actuaron como apoyo de los primeros, apretando los espacios con fuerza, formando un bloque: sabían que, si aquello no funcionaba, estaban perdidos.

Los rayos llegaron a los escudos. Estos absorbieron la energía, pasando del ultravioleta al rojo y del rojo a un blanco casi cegador.

- ¡Invertimos! -gritó el padre Gómez.

Los de la última fila pulsaron un botón de un pequeño aparato que sostenían en las manos. Los que aguantaban los escudos los plegaron hasta un ángulo de unos setenta grados, y un extraordinario fogonazo se elevó hacia el techo a cincuenta pasos de distancia. Se escuchó un estallido, y todo el monte retembló. La entrada de la

galería se vino abajo y selló el paso entre los agentes y los defensores.

Un enorme griterío de victoria surgió entre toses y ahogos. La nube de polvo que se formó no pudo impedir que, por un instante, María, Jonathan, el padre Gómez, Trini, Frederick, Miguel, Ani, Luis y los demás prorrumpieran en alaridos, besos y abrazos.

- ¡Si no puedes con tu enemigo, utilízalo! ¡Tomad violencia! -gritaba el padre Gómez, dando golpes en las paredes con el bastón.

- ¡Buenas noches, chavales! -saludó Jonathan- ¿Ya os han dado explicaciones de todas las preguntas que teníais?

- ¡Pocas, amigo! -gritó Miguel- ¡Pero gracias por intentarlo tú!

María convocó a todos en las cercanías de la brecha espacio-temporal.

- ¡Vamos a ver! Un poquito de tranquilidad. Ahora la cosa está así: primero se preguntarán qué demonios ha pasado, y tardarán un tiempo en descubrirlo. Después decidirán qué hacer. Si quieren entrar por ahí deben quitar piedras, o reventarlas, o lo que sea, pero será una opción lenta. Así que seguramente intentarán colarse por la puerta de atrás. Por eso hemos puesto unas bonitas cargas explosivas. Si vemos que va a empezar la invasión por la parte baja de la montaña, boom. De todas formas,

no cuentan con una cosa: justo detrás de este boquete tan raro, que lleva a los ochenta, está la salida del antiguo túnel del tren; pocos se acuerdan de ella. Estaba tapiada con esta galería, pero os apuesto algo a que el agujero la ha vuelto a abrir. Así que, si todo va bien, cuando nuestros tres héroes vuelvan a casa nosotros podremos escapar por ahí. Hasta entonces hay que esperar, y procurar no ahogarse con la zorrera que hemos liado ahí arriba. Eso sí: tenemos que ir hacia abajo, por si Ani, Lopo y Figura necesitan algo de distracción. ¡Vamos! ¡Andando!

Después de despedirse, todos empezaron a hacer el mismo camino que habían corrido los tres amigos al llegar, hacía pocas horas. Con ellos se quedaron solamente el padre Gómez, Jonathan, María y Trini.

- Bueno, niños, hasta aquí hemos llegado. Buen viaje -les dijo el padre Gómez.

- Que no somos niños, padre Gómez -repuso Ani.

- Ya me dirás eso cuando tengas mi edad, bonita. Para mí eres una niña -le respondió él, cogiéndole la barbilla con el pulgar y el índice. Ani se dejó hacer, sonriendo y mirándolo a los ojos.

- Gracias por todo -les dijo María-. Si no hubiera sido por vosotros no sé qué habría sido de nosotros. De verdad.

- ¡Eh! Saludad a los Cero de mi parte si vais al Último Concierto -les pidió Trini-. Será dentro de unos añitos,

me parece. Aunque después volverán... Pero bueno, poco a poco.

- No te preocupes. Iremos si podemos. ¿Verdad?
-preguntó Ani.

- Si lo dice Ani, no te preocupes: iremos -confirmó Miguel-, y les daremos recuerdos de una señorita muy guapa del futuro con... el pelo naranja.

- ¡Eh! -protestó, halagada, Trini.

- Bueno, gente, volved, que Manos Largas debe estar a punto de terminar su trabajo -recordó Jonathan.

- ¡Sed buenos, si podéis! -les gritó María.

- ¡No dejéis nunca de ser libres! ¡Y felices! -añadió el padre Gómez-. Nos vemos, chavales. Con Dios.

Los dos ancianos y los jóvenes se volvieron y comenzaron a caminar rumbo a la salida de atrás. Miguel y Luis se dirigieron hacia el portal que los llevaría de nuevo a casa. Ani se quedó mirando un momento más. Entonces, para sorpresa suya, María agarró la mano del padre Gómez mientras se alejaban, y recostó la cabeza en su hombro.

- ¿Qué haces? ¡Seguro que están mirando todavía!
-dijo este, alarmado.

- A ver -le respondió María-: ¿tú te acuerdas de esta escena? No, ¿verdad? Pues entonces es que no te volviste,

Figura. Yo sí estaba atenta. Como siempre. Recuerdo perfectamente que me vi a mí misma haciendo esto y, un momento después, fíjate...

Dándose la vuelta, María le guiñó un ojo a Ani, que seguía mirando con la boca abierta. Se saludaron una última vez, y luego la pequeña giró en redondo, corrió hacia sus dos amigos, los cogió de la mano y, juntos, saltaron a través del agujero.

- Eres de lo que no hay, Ani -dijo el anciano después de ver desaparecer a los tres chavales-. Recuérdanoslo otra vez, por favor: ¿Cuándo dices que te diste cuenta de que tú no eras María, sino Ani?

- Justo en la habitación de Miguel. Lo que él ha dicho hace un ratito, o lo que dijo entonces, hizo que me surgiera la duda: “y cómo os vais a reír cuando os digan lo que ha pasado realmente”. Qué arte. Hasta muriéndose tiene buen sentido del humor...

- Y estuviste ¡diez años! sin decirnos nada a ninguno de los dos. Casi hasta el día de nuestra boda. Lo dicho: eres de lo que no hay...

- En fin: espero que hayamos actuado bien. Yo he procurado hacer todo lo que recordaba que había hecho aquella vieja llamada María, que no tuvo más remedio que reconocer, cuando le dije que tenía que hablar a solas con ella en el primer piso de casa, que era yo misma con muchas más arrugas...

- Lo habéis bordado -Trini abrazó a los dos ancianos-. Si no, habríamos desaparecido los tres. Y aquí seguimos,

¿verdad? Lo demás ya lo irán descubriendo poquito a poco. Además, no habéis actuado: se os veía que estabais disfrutando un montón.

- Bueno, vamos a asegurarnos de que nadie más usa esa puerta nunca -dijo Luis, apoyándose en Jonathan-. Y que Dios nos ampare a todos. Por cierto, ¿dónde he dejado mi garrote? ¡Qué cabeza!

Epílogo. Feliz cumpleaños, Ani

- ¡Te deseamos todos cumpleaños feliz! ¡Porque es una chica excelente, porque es una chica excelente, porque es una chica excelenteeeeeeeee... Y siempre lo será!

Ani apagó con un fuerte soplido las catorce velas de la tarta de galletas que, como todos los años, Mercedes se encargaba de preparar. Se encendieron las luces del salón. Su padre y su madre prorrumpieron en aplausos, a los que se unieron todos. Juan la abrazó por la espalda, y Pablo le pegó un lametón en la cara.

- ¡Guarro! -gritó ella, limpiándose con la manga de la camisa.

Luis y Miguel la miraban rebosantes de alegría.

- Ya te lo prometí el otro día: te protegeré con mi vida -dijo Luis, con el puño izquierdo cerrado y alzado, y la mano derecha en el pecho-. Eres la más pequeña. Tus amigos mayores siempre pendientes.

- Sois dos cielos. Gracias -dijo Ani, zampándole dos besos a él y otros dos a Miguel.

Habían ido también a la fiesta de cumpleaños Nico, con el brazo en cabestrillo, Lucía, la Cari y el Liso; Susana, la madre de Luis, y Juana, la de Miguel, charlaban entre ellas animadamente, y la pequeña Marina intentaba darle un pedazo de salchichón a la gigantesca vieja muñeca Rosaura de Ani que, con un ojo cerrado y otro abierto, descansaba con las piernas extendidas en una silla de anea.

- Ya nos contarás las aventuras de ayer tarde, Ani, que me han dicho que os lo habéis pasado en grande -dijo Nico, guiñando un ojo de forma poco disimulada.

- Pero si hemos estado toooodo el fin de semana con el dichoso trabajo de Ciencias. Qué rollo. Menos mal que lo hemos terminado después de comer -contestó Miguel, devolviendo el guiño.

- Por cierto, tengo un regalo para ti, niña -dijo Juan, dándole un sobre-. Las tres últimas son una auténtica obra de arte: tienes buena mano para esto. Espero que sirvan como broche final del trabajito.

- ¡No me digas que... Qué bárbaro! ¡Eres un tío grande! -exclamó Ani, abriendo el sobre y enseñando las primeras fotos, en las que se veía la fachada del monumental cortijo abandonado-. En fin, las demás ya las vemos más tranquilamente, no vaya a ser que algún manos largas aparezca por una esquina.

- Nico y yo también te hemos traído algo -dijo Lucía-. Esperamos que te guste.

Le entregaron un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Ani lo agitó.

- ¡No me lo puedo creer! -gritó emocionada, rompiendo el papel.

- Lo hemos hecho nosotros -le dijo Nico-. Es una recopilación. Yo creo que las has escuchado todas, pero no sé si las tienes o no.

Era una cinta de casete. En la portada habían escrito: “Disco *Manos Largas*. Feliz cumpleaños, Ani”. Sonriendo, fue hasta el aparato de música del salón, abrió la pletina, colocó la cinta y le dio al Play. Luego miró con mucho interés la parte de atrás del papel de la carcasa, donde estaban escritos los nombres de todas las canciones.

- ¡Muchas gracias! -dijo, abrazando a los dos, mientras sonaban los primeros acordes de *Insurrección*, de El Último de la Fila- ¡Me encanta!

- Hombre, por lo menos no salen cantando ese chunda chunda inglés que no lo entiende nadie y que tanto os gusta -exclamó Mercedes. Todos prorrumpieron en risas.

- ¿Habéis escuchado lo del Cabeza? -le preguntó la Cari a Miguel.

- ¿Lo del Cabeza? Algo hemos oído, no sé qué de un accidente -respondió él.

- Vaya marronazo -informó el Liso-. Por lo visto estaba haciendo el loco cerca del Carlos Haya, y se ha pegado un piñazo. Pero un piñazo de los gordos.

- Este Cabeza... -suspiró Nico, mirando a Luis, Miguel y Ani con rostro de inquietud- siempre haciendo el lila. A ver si voy a verlo mañana o pasado.

- Pues no sé yo -le dijo la Cari-, porque he escuchado que los padres no quieren visitas. Cosas raras se dicen por ahí.

- ¿Cosas raras? Niña, tú eres una lengüetona -le soltó Luis.

- ¡De lengüetona nada, Figura! Pero he escuchado que alguien le ha escuchado decir que se le ha aparecido el demonio, fijate tú -replicó ella.

- El demonio vestido de gris, seguramente -apostilló Miguel.

Entonces se escuchó un estruendo en el patio, se abrió la ventana de par en par y entró una ráfaga de aire que hizo volar la mitad de las servilletas que había en la mesa.

- ¡Madre mía! ¿Pero qué es esto? ¡Menudo viento, parece que vamos a volar! -dijo Juan, el padre de Ani- Y este calor que sigue dale que te pego... ¡Que estamos ya como aquel que dice a catorce de noviembre! ¡A ver si llueve algo!

- Pues el Telediario ha dicho este mediodía que mañana se esperan lluvias por aquí. Falta hace, desde luego -informó Susana-. Pero que no haga destrozos, que es lo único que nos faltaba ya.

Siguieron un rato charlando: los adultos hablaban de sus cosas; Nico, Lucía, la Cari y el Liso jugaban con la pequeña Marina y con Pablo, y los tres aventureros amigos, un poco aparte, se pusieron a recordar, con Juan, algunas de las mejores escenas de sus horas al otro lado del espejo del tiempo.

- A ver, a ver si se ve bien -decía Luis, nervioso. Ani sacó las últimas tres fotos. En una se atisbaban solo los grandes ojos de Manos Largas, al fondo de la salita a la izquierda de la entrada del cortijo. En otra estaba casi de cuerpo entero, subiendo una pared. En la tercera su mano, como una aparición neblinosa, pasaba delante de la cámara y, en una esquina, se podía adivinar una parte del rostro.

- ¡Increíble! -exclamó Miguel.

- ¿Qué es increíble? -preguntó Pablo, que se había acercado a fisgar.

- Nada, las fotos del cortijo. Buenas de verdad -dijo Juan.

- Ah. Vale -respondió con desinterés, alejándose de nuevo, el niño.

- Lo que más me gustó del otro lado del agujero fueron esas luces que se veían cuando pasamos cerca de la ciudad -dijo Luis-, como si Málaga de repente se hubiera convertido, yo qué sé, en Tokio. Estaría bien haber pasado allí un par de días por lo menos.

- No estaba el horno para bollos -añadió Ani, pensativa-. En fin: ya iremos viendo cómo cambian las cosas poquito a poco y, cuando queramos acordar, será entonces y podremos decir que ya lo conocíamos.

- A mí las casas del barrio del padre Gómez me gustaron tela -dijo Miguel-. Y esa pantalla que aparecía en el aire... ¡Qué flipe! Y... la Trini, no veas tú.

- La Trini. ¡El Lopo se nos ha enamorado! -exclamó Luis- Aunque yo veo la cosa difícil, monstruo. Muy difícil. Imposible, a no ser que te conviertas en vampiro o te metas en formol. Anda, ponme otro vasito de Coca Cola y otro pedazo de tarta -le pidió a Ani.

- Sírvase usted mismo. A ver si te has creído que soy tu esclava -le replicó ella.

- Ay que ver cómo eres -le reprochó Juan, y fue a llenar el vaso y el plato.

- Por cierto, Ani -dijo Miguel-, le he estado dando vueltas toda la tarde: ¿tú crees que estaremos vivos entonces todavía? ¿Cuántos años tendremos? ¡Ochenta y pico!

- Pues no sé, Lopo -le respondió Ani, mirando por la ventana-, pero puede ser. ¿Por qué no? Eso sí: olvídate de la Trini.

- Con amigos así, ¿quién quiere a la agente Nyma? -le dijo Miguel a Juan, que venía con el plato y el vaso de Luis llenos. Los cuatro se echaron a reír.

Tras otro rato de conversación, bromas, juegos y alguna que otra canción, al fin se despidieron. Ani cerró la puerta después de decir adiós a Miguel, el último en irse, y entonces se dio cuenta de lo cansada que estaba.

- Mamá, me voy a ir a la cama ya. Anoche no dormí bien.

- Se te ve en la cara, hija. Bueno, acuéstate, que mañana hay que levantarse tempranito. Felicidades otra vez, Merche -le dijo su madre, dándole un beso en la frente.

Ani llegó al dormitorio, cerró la puerta y se quitó la camisa. Se miró el círculo en la cintura, que todavía seguía ahí.

- Vaya, vaya, Ani. Supongo que ayer tú también tenías la mota gris, ¿verdad? -le dijo a su imagen del espejo- Qué lío más grande. ¡Con el Figura! No te voy a decir que no me caiga bien, pero como para salir con él... ¡Y estar toda la vida juntos! ¡Con el Figura! Bueno, ya pasará lo que tenga que pasar, aunque eso de saberlo antes de que pase es un rollo. ¿Y seguro que le hago tilín? La verdad: reconoce, Ani, que eres una tía guapa, guapa -riendo, se guiñó un ojo-, ¿eh? Lo que no he comprendido es eso de que fuera cura. Tampoco es que entienda mucho de curas, pero yo creo que todavía no se pueden casar... ¡Ya está! Supongo que era parte del teatro que montaremos en el futuro para que no nos enteráramos en el pasado de que estábamos hablando con nosotros mismos... ¡Pero qué lío

más grande! O a lo mejor no fue teatro: a lo mejor tuvimos que cambiarnos los nombres dentro de unos años, como los espías de las películas, y nadie sabe que somos nosotros, solamente nosotros, ¿eh? ¡Qué gente más lista!

Ani suspiró, se puso el pijama y se metió entre las sábanas. El viento golpeaba con fuerza la persiana.

“Bueno, una cosa está clara -pensó-: Manos Largas ha conseguido destruir el boquete del tiempo. Tuvimos que esperar un rato en esta parte, allí enfrente, hasta que desapareció, pero desapareció. Del todo. Se acabó el problema. ¡Buen trabajo, amigo! Y ahora, a vivir todo lo que nos queda de vida sabiendo que no moriremos por lo menos hasta el catorce de noviembre de dos mil sesenta. Tengo que apuntar lo que ha pasado. Punto por punto, para que no se me olvide. Mañana mismo empiezo, que por hoy ya está bien”.

Se dio la vuelta, suspiró profundamente y miró hacia la ventana. Volvió a suspirar, se puso boca abajo, después se abrazó a la almohada: no había forma de que se quedara dormida.

- ¡Joder! Se me olvidó recoger la cinta de los Cure del loro del Figura. Si la tuviera aquí, me la ponía para tranquilizarme un poco. Pero, claro... ¿Y si...?

Ani se volvió hacia arriba, cerró los ojos y los apretó. Imaginó que tenía el poder de Manos Largas sin estar cerca de él, que desaparecía y navegaba a toda velocidad

hacia el garaje de la casa de Luis. Por un momento, una extraña luz violácea iluminó débilmente su cuerpo. Luego, poco a poco, sus manos fueron perdiendo color, hasta que las sábanas, después de arremolinarse, cayeron lentamente sobre el colchón. La cama estaba vacía.

*Publicada en Roma, el 13 de noviembre de 2016,
41º cumpleaños de Ani.*

Una noche, a finales de los años 80, a las afueras de una ciudad del sur de España, tres adolescentes se ven en las cercanías de un cortijo abandonado para terminar un trabajo de Ciencias Naturales. Lo que comienza siendo una idea genial para aprobar una asignatura sin demasiado esfuerzo se convierte en la mayor aventura de sus vidas.

He escrito esta pequeña novela de ciencia-ficción como homenaje a aquella ya lejana infancia de la Bola de Cristal, el rock post-punk, la crisis industrial, la E.G.B. y el B.U.P., los Vespinos y las bicis, el final de la educación tradicional y de la vida sin Internet...

Espero que disfrutéis recordando aquella etapa, o saboreándola un poco, si entonces no fuisteis niños.

Llamas, J.M.